

# Revista medellín

---

teología y pastoral para américa latina  
vol. XXXIV - nº 135 / Septiembre 2008 - ISSN 0121-4977

---

Hacia una Iglesia  
en estado permanente  
de misión



**Consejo Episcopal Latinoamericano - CELAM**  
**Instituto Teológico-Pastoral para América Latina - ITEPAL**

# medellín

Teología y Pastoral para América Latina  
Revista Trimestral Fundada en 1975

La revista Medlelín, fundada en 1975, es una publicación trimestral del ITEPAL, especializada en temas teológicos y pastorales. Busca ser una expresión profética y sapiencial del continuo redescubrimiento que la Iglesia Latinoamericana y Caribeña hace de sí misma, iluminando nuestra realidad desde la fe.

Está dirigida a: estudiosos, investigadores, docentes de teología y pastoral, agentes pastorales en general, así como a alumnos y exalumnos del ITEPAL

Director	P. SALVADOR VALADEZ FUENTES Rector del Itepal
Equipo Editorial	Mons. BALTAZAR PORRAS CARDOZO Arzobispo Responsable del ITEPAL Mons. VÍCTOR SÁNCHEZ ESPINOSA Obispo Secretario General del CELAM P. SALVADOR VALADEZ FUENTES Rector del ITEPAL Mons. GUILLERMO MELGUIZO YEPES Vice-rector Pastoral del ITEPAL P. PAULO CROZERA Vice-rector Académico del ITEPAL
Colaboradores	P. Luis Álvez de Lima, sdb (Brasil) P. Carlos María Galli (Argentina) Dra. Olga Consuelo Vélez (Colombia) P. Leonidas Ortiz Lozada (Colombia) P. Roberto Russo (Uruguay) P. Fidel Oñoro (Colombia) Dr. Pedro Morandé (Chile) P. Álvaro Cadavid Duque (Colombia)
Distribución y suscripciones Pago On-line (Internet)	Luis Guillermo Pineda Moreno (ITEPAL) Enviar solicitud a: <a href="mailto:editorial@celam.org">editorial@celam.org</a>

Dirección: Avenida Boyacá No. 169D-75 Tels.: (57-1) 667 0050 - 667 0110 - 667 0120  
Fax: (57-1) 677 6521 Bogotá, Colombia  
E-mail: [revistamedellin@celam.org](mailto:revistamedellin@celam.org)

Impresión: EDITORIAL KIMPRES LTDA.  
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

**E**l título del presente número de la revista Medellín sugiere el espíritu que late en todo su contenido, así como el deseo y la propuesta más genuina que subyace en Aparecida: lograr que la Iglesia, que peregrina en América Latina y el Caribe, llegue verdaderamente a ser “una Iglesia en estado permanente de misión”.

A un año de haberse celebrado la V Conferencia es posible vislumbrar un escenario variopinto en cuanto a la acogida del mandato que esta nos planteó: “Al terminar la Conferencia de Aparecida, en el vigor del Espíritu Santo, convocamos a todos nuestros hermanos y hermanas, para que, unidos, con entusiasmo realicemos la *Gran Misión Continental* [...]. Misión que debe llegar a todos, ser permanente y profunda” (*Mensaje final*).

Nos encontramos en un buen momento para preguntarnos, tanto a nivel personal como comunitario: ¿Qué ha significado para mí / para nosotros, la Misión Continental? ¿Qué hemos realizado hasta ahora? ¿Qué signos de acogida podemos encontrar? ¿En qué forma el espíritu y el proyecto de Aparecida están influyendo en nuestra vida personal y en el proceso pastoral de nuestras comunidades eclesiales? ¿Verdaderamente nos sentimos unidos a toda la Iglesia Latinoamericana y Caribeña en esta magna empresa? ¿Con qué ánimo estamos haciendo nuestro propio itinerario discipular-misionero? ¿Qué perspectivas vislumbramos en y desde nuestra realidad específica en orden a la Gran Misión?

Una peligrosa tentación es perder el entusiasmo y continuar como si nada hubiese sucedido. En este sentido, ha sido muy oportuno el “lanzamiento oficial” de la Misión Continental, en Quito, Ecuador, el pasado 17 de agosto, en el marco de la clausura del Tercer Congreso Americano Misionero (CAM 3) y el Octavo Congreso Misionero Latinoamericano (COMLA 8).

El presente número de Medellín, en cada uno de sus artículos, sugiere pautas de reflexión, así como elementos motivacionales y perspectivas de acción, que apuntan a seguir impulsando un ambiente favorable



para la eficaz realización de la Misión Continental y la respuesta a los desafíos que esta implica.

La Misión de la Iglesia encierra una tridimensionalidad temporal, es decir, un pasado, un presente y un futuro; por consiguiente, al mismo tiempo, es memoria histórica (pasado), desafío (presente) y proyecto (futuro). Los artículos que aquí se ofrecen se ubican en alguno de esos ámbitos, a saber: "Actualidad de Medellín para la Iglesia latinoamericana y del Caribe y su proyección en Aparecida", del P. Álvaro Cadavid y "Homenaje a una vida y una obra: Segundo Galilea, Discípulo y Misionero", de Patricio Merino, miran más hacia la memoria histórica de nuestra Iglesia, cuyo presente no podría ser entendido sin mirar a su pasado; un pasado en el que personas como el P. Galilea y acontecimientos relevantes como Medellín, han contribuido significativamente en su configuración y en el cumplimiento de su misión. Por su parte, los artículos "El gran desafío de la misión continental", de Mons. Víctor Sánchez y "Espiritualidad para acción misionera", del P. Salvador Valadez, nos ayudan a profundizar en la naturaleza de la Misión Continental, tal como ha sido planteada en Aparecida. Y, finalmente, los artículos "Missão no documento de Aparecida", del P. Luis Mosconi, "La pedagogía de Jesús, un camino para la misión continental", de Frei Carlos Rockembach, así como "Gestión y liderazgo eclesial: Un desafío para la misión de la Iglesia", del Dr. J. Luis Pérez, sugieren pautas en orden a la realización del "proyecto Aparecida".

Deseamos que esta nueva entrega de nuestra revista estimule la búsqueda de caminos creativos e innovadores para comprender y llevar a cabo la Misión Continental, según el espíritu de la V Conferencia.

Salvador Valadez Fuentes  
**Director**

## Missão no documento de Aparecida

P. Luis Mosconi\*

### Sumario

El autor, resaltando aquellos elementos que propiciaron la acción eficaz y sorprendente del Espíritu en el Evento de Aparecida, nos presenta la clave principal de este documento que es la misión. Destaca las principales frases que buscan provocar un gran “vendaval del Espíritu”, un nuevo Pentecostés en todo el Continente, como una tarea “gigantesca y apasionante”. Pero, para que no caigamos en el riesgo de “hacer misión” de cualquier modo, señala, a partir del documento, las verdaderas motivaciones, los contenidos, los objetivos y los agentes de esta misión. Finalmente, propone las Santas Misiones Populares como uno de los instrumentos que, mediante sus contenidos, motivaciones, objetivos, metodología y espiritualidad, podría dar una hu-

---

\* Sacerdote diocesano. Radicado en Brasil, desde 1989 acompañando, con especial dedicación las SMP. Estudiante de la Biblia y de la antropología existencial. Autor de varios libros. Profesor en el Itepal.  
mosconi@amazon.com.br



milde y preciosa contribución al crecimiento de la misión de Jesús en todo el Continente.

**Palabras clave:** Misión, Misión Continental, Santas Misiones Populares.

**Sumário:**

O autor, ressaltando os vários elementos que facilitaram a ação eficaz e surpreendente do Espírito no Evento de Aparecida, apresenta-nos a chave principal deste documento que é a missão. Destaca as principais frases que pretendem provocar um grande “vendaval do Espírito”, um novo Pentecostes em todo o Continente, como uma tarefa “gigantesca e apaixonante”. Mas, para não cairmos no risco de “fazer missão” de qualquer jeito, apresenta-nos, a partir do documento, as verdadeiras motivações, os conteúdos, os objetivos e os agentes desta missão. Finalmente, apresenta-nos as Santas Missões Populares como um dos instrumentos que, mediante seus conteúdos, motivações, objetivos, metodologia e espiritualidade, poderá dar uma humilde e preciosa contribuição ao crescimento da missão de Jesus em todo o Continente.

**Palavras chave:** Missão, Missão Continental, Santas Missões Populares.



## 1. O evento de Aparecida

O acontecimento da quinta Conferência Episcopal da América Latina (CELAM) em Aparecida (SP), maio de 2007, foi -e continua sendo- um grande presente de Deus à Igreja latino-americana. O resultado superou as expectativas. Vários fatores contribuíram.

Antes de tudo a presença do papa Bento XVI. Ele foi recebido carinhosamente pelo povo, tanto em São Paulo como em Aparecida, e o papa ficou muito sensibilizado. Criou-se assim um clima de confiança recíproca, de abertura que repercutiu positivamente na assembléia. Outro fato positivo foi a local, o santuário de Aparecida. A presença animada no santuário de milhares de fiéis fervorosos, cada dia e de todas as idades, impressionou os participantes da Conferência. A convivência dos bispos com o povo nas celebrações, a tenda dos mártires, a romaria alegre e esperançosa das CEBs, junto com a juventude e a pastoral operária, o clima orante e participativo da assembléia, a preocupação mais pastoral do que doutrinal, permitiram que a ação do Espírito Santo fosse eficaz e surpreendente, para alegria geral.

O documento de Aparecida (DA) é o resultado de todo este grande evento. Nas entrelinhas percebe-se a variedade pastoral dos participantes. Notam-se diferenças, limites, algumas falhas, mas o conjunto é animador, revela um forte desejo de comunhão eclesial e de missão. O documento não é chegada, é ponto de partida, é luz para a caminhada; convida a ser criativos e fecundos, a dar corajosos passos para frente.



## 2. MISSÃO: palavra chave do Documento de Aparecida (DA)

Ao ler o documento, é bom se perguntar: onde mais bate o coração do texto? Onde está a marca mais significativa? Também as Conferências anteriores tiveram suas marcas registradas. A primeira foi no Rio de Janeiro, em 1955, onde se deram os primeiros passos para uma Igreja latino-americana mais autóctone e unida. A segunda foi em Medellín (1968), onde explodiu forte o grito bíblico de libertação, de opção pelos pobres, com uma Igreja a serviço do Reino. Foi aí que deslanchou a caminhada das CEBs. A terceira foi em Puebla (1979) com os apelos à comunhão, à participação co-responsável na Igreja, e à defesa da dignidade humana. A quarta foi em Santo Domingo (1992), onde muito se insistiu sobre inculturação e protagonismo dos leigos.

É opinião comum que a palavra chave de Aparecida é MISSÃO. Já o lema da Conferência o diz: “Discípulos e missionários de Jesus Cristo, para que n’ Ele nossos povos tenham vida”. O método VER-JULGAR-AGIR atravessa o documento inteiro, mesmo que seja de maneira leve. O julgar é marcado por três eixos que explicitam a experiência cristã: a) O encontro pessoal com Jesus Cristo que nos torna discípulos missionários, fonte de grande alegria e paz (capítulos III-IV); b) A vivência eclesial, onde todos se sintam acolhidos e valorizados como sujeitos eclesiais (capítulo V); c) O processo formativo permanente, capaz de gerar convicção forte e corajosa (capítulo VI). O agir que segue é missão pra valer, fecunda e permanente; ela atinge de cheio a realidade sócio-econômica, política, cultural, religiosa do Continente (capítulos VII-X).

Missão e missionários marcam o texto inteiro. O documento está organizado em 554 parágrafos. A palavra Missão aparece explicitamente em cerca de 100 parágrafos, as palavras ‘discípulos missionários’ e ‘missionários’ aparecem mais de trezentas vezes. Estas palavras iluminam também todos os outros parágrafos do documento. Elas são o paradigma, a referência, o fio condutor do documento.

Vale a pena saborear, meditar, interiorizar essas palavras, não somente de vez em quando, mas no cotidiano da vida; e partilhá-las nas comunidades, entre animadores (as) e agentes pastorais. Elas estão



espalhadas ao longo de todo o documento, quais pérolas preciosas, que é preciso saber cuidar e guardar. Elas são portadoras de esperança, de energias novas, de transformação e libertação em todos os níveis. Ao meditar frase por frase é bom se perguntar, pessoalmente e/ ou em grupos: o que está me/ nos dizendo? Quais luzes e recados? Como vivenciá-las na minha/nossa comunidade eclesial e na sociedade em que vivemos?

A seguir algumas frases do Documento que falam de Missão:

### 3. MISSÃO em sentido amplo

- 1) “Assumimos o compromisso de uma grande missão em todo o Continente” (DA 362).
- 2) “A missão continental procurará colocar a Igreja em estado permanente de missão” (DA 551).
- 3) “Hoje, toda a Igreja na América Latina e no Caribe quer colocar-se em estado de missão” (DA 213).
- 4) “A Igreja necessita de forte comoção que a impeça de se instalar na comodidade” (DA 362).
- 5) “Esperamos em novo Pentecostes, uma vinda do Espírito que renove nossa alegria e nossa esperança” (DA 362).
- 6) “A conversão pastoral de nossas comunidades exige que se vá além de uma pastoral de mera conservação para uma pastoral decididamente missionária” (DA 370).
- 7) “Precisamos de uma evangelização muito mais missionária, em diálogo com todos os cristãos e a serviço de todos os homens” (DA 13).
- 8) “Missão não é tarefa opcional, mas parte integrante da identidade cristã” (DA 144).
- 9) “A Igreja peregrina é missionária por natureza, porque tem sua origem na missão do Filho e do Espírito Santo, segundo o desígnio do Pai” (DA 347).
- 10) “A missão é a razão de ser da Igreja, define sua identidade mais profunda” (DA 373).
- 11) “A missão não se limita a um programa ou projeto, mas é compartilhar a experiência do acontecimento do encontro com Cristo, testemunhá-lo e anunciá-lo de pessoa a pessoa, de comunidade a comunidade e da Igreja a todos os confins do mundo” (DA 145).



- 12) "A Igreja é chamada a repensar profundamente e a relançar com fidelidade e audácia sua missão nas novas circunstâncias latino-americanas e mundiais" (DA 11).
- 13) "A Igreja deve cumprir sua missão seguindo os passos de Jesus e adotando suas atitudes" (DA 31, cita Mt 9,35-36).

#### **4. PARÓQUIAS em missão**

- 1) "As paróquias são células vivas da Igreja... São chamadas a ser casas e escolas de comunhão" (DA 170).
- 2) "Todas as nossas paróquias se tornem missionárias" (DA 173).
- 3) "A renovação missionária das paróquias se impõe tanto nas cidades como no mundo rural" (DA 173).
- 4) "A renovação missionária das paróquias exige de nós imaginação e criatividade para chegar às multidões" (DA 173).
- 5) "Os melhores esforços das paróquias devem estar na convocação e na formação de leigos missionários" (DA 174).
- 6) "Todos os membros da comunidade paroquial são responsáveis pela evangelização dos homens e mulheres em cada ambiente" (DA 171).
- 7) "A renovação das paróquias exige a reformulação de suas estruturas, para que ela seja uma rede de comunidades e grupos, capazes de se articular, conseguindo que seus membros se sintam realmente discípulos e missionários de Jesus Cristo em comunhão" (DA 172).
- 8) "A imensa maioria dos católicos de nosso continente vive sob o flagelo da pobreza... A paróquia tem a maravilhosa ocasião de responder às grandes necessidades de nossos povos. Para isso tem que seguir o caminho de Jesus e chegar a ser a boa samaritana como Ele. Cada paróquia deve chegar a concretizar em sinais solidários seu compromisso social nos diversos meios em que se move, com toda a 'imaginação da caridade'" (DA 176).
- 9) "A paróquia chegará a ser comunidade de comunidades" (DA 309, citando Santo Domingo 58).
- 10) "Uma paróquia, comunidade de discípulos missionários, requer organismos que superem qualquer tipo de burocracia. Os Conselhos Pastorais Paroquiais terão de estar formados por discípulos missionários constantemente preocupados em chegar a todos" (DA 203).



## 5. COMUNIDADES em missão

- 1) “As CEBs têm sido escolas que têm ajudado a formar cristãos comprometidos com sua fé, discípulos e missionários do Senhor”. (DA 178).
- 2) “As CEBs são expressão visível da opção preferencial pelos pobres. São fonte e semente de variados serviços e ministérios a favor da vida na sociedade e na Igreja” (DA 179).
- 3) “É preciso reanimar os processos de formação de pequenas comunidades no Continente” (DA 310).
- 4) “A conversão pastoral requer que as comunidades eclesiais sejam comunidades de discípulos missionários ao redor de Jesus Cristo, Mestre e Pastor. Daí nasce a atitude de abertura, diálogo e disponibilidade para promover a co-responsabilidade e participação efetiva de todos os fiéis na vida das comunidades cristãs” (DA 368).
- 5) “Enraizadas no coração do mundo, as CEBs são espaços privilegiados para a vivência comunitária da fé, mananciais de fraternidade e de solidariedade, alternativa à sociedade atual fundada no egoísmo e na concorrência brutal” (texto aprovado pela assembléia, tirado do documento oficial).
- 6) “Queremos decididamente reafirmar e dar novo impulso à vida e à missão profética e santificadora das CEBs, no seguimento missionário de Jesus. Elas têm sido uma das grandes manifestações do Espírito na América Latina e no Caribe depois do Vaticano II”(texto aprovado pela assembléia, tirado do documento oficial).
- 7) “Depois do caminho feito até agora, com avanços e dificuldades, é o momento de uma profunda renovação desta rica experiência eclesial em nosso Continente, para que não percam sua eficácia missionária e sim a melhorem e a aumentem diante das contínuas novas exigências da época” (texto aprovado pela assembléia, tirado do documento oficial).

## 6. TODOS OS CRISTÃOS: discípulos missionários de Jesus Cristo

- 1) “Somos missionários para proclamar o Evangelho de Jesus Cristo e, nele, a boa nova da dignidade humana, da vida, da família, do trabalho, da ciência e da solidariedade com a criação” (DA 103).



- 2) “Todo discípulo de Jesus Cristo é missionário” (DA 144).
- 3) “Os discípulos por essência são também missionários, em virtude do Batismo e da Confirmação” (DA 377).
- 4) “O discípulo missionário torna visível o amor misericordioso do Pai, especialmente para com os pobres e pecadores” (DA 147).
- 5) “Os discípulos missionários de Jesus Cristo devem iluminar com a luz do Evangelho todos os âmbitos da vida social. A opção preferencial pelos pobres, de raiz evangélica, exige atenção pastoral voltada aos construtores da sociedade” (DA 501).

## 7. PRESBÍTEROS E PÁROCOS em Missão

- 1) “O presbítero, à imagem do Bom Pastor, é chamado a ser homem de misericórdia e compaixão, próximo a seu povo e servidor de todos, particularmente dos que sofrem grandes necessidades” (DA 198).
- 2) “O povo de Deus sente necessidade de presbíteros –discípulos: que tenham profunda experiência de Deus, configurados com o coração do Bom Pastor; de presbíteros – missionários: movidos pela caridade pastoral que os leve a cuidar do rebanho a eles confiado e a procurar os mais distantes, atentos às necessidades dos mais pobres, comprometidos na defesa dos direitos dos mais fracos, e promotores da cultura da solidariedade”. Também de presbíteros cheios de misericórdia”(DA 199).
- 3) “A renovação da paróquia exige atitudes novas dos párocos e dos sacerdotes que estão a serviço dela” (DA 201).
- 4) “A primeira exigência é que o pároco seja autêntico discípulo de Jesus Cristo... Mas, ao mesmo tempo, deve ser ardoroso missionário que vive o constante desejo de buscar os afastados e não se contenta com a simples administração” (DA 201).
- 5) “Os párocos sejam promotores e animadores da diversidade missionária... Requer-se imaginação, exigindo novos serviços e ministérios” (DA 202).

São frases que mexem e sacodem, destinadas a provocar um grande ‘vendaval do Espírito’, como aconteceu na primeira comunidade cristã de Jerusalém, no dia de Pentecostes (At 2,1-13). Não há mais dúvida: Aparecida convida toda a Igreja do Continente a orientar-se, com decisão e urgência, para a missão. Tudo mesmo: bens, estruturas,

recursos, pessoas, pastorais, grupos, comunidades, paróquias, dioceses, movimentos eclesiais, centros de formação, seminários, cursos, institutos de teologia; padres, bispos, leigos, seminaristas, religiosos. É uma tarefa gigantesca e apaixonante.

## 8. Missão verdadeira

Com tanta insistência sobre ‘missão’, o perigo é ‘fazer missão’ de qualquer jeito, é cair numa missão vaga, genérica, dispersiva, sem objetivos claros e verdadeiros. O documento quer evitar esses perigos e aponta orientações. Vamos ao texto com as seguintes perguntas: Por quais motivos ir à Missão? Quais os conteúdos? Quais os objetivos? Quem vai assumir a Missão?

**Os porquês da Missão.** A motivação principal está na comunhão trinitária: “A Igreja peregrina é missionária por natureza, porque tem sua origem na missão do Filho e do Espírito Santo, segundo o desígnio do Pai” (DA 347, citando o documento *Ad Gentes*, capítulo 2, do Concílio Vaticano II). O Deus revelado na Bíblia é Deus-Amor (1Jo 4,8.16), e onde há amor, há missão; portanto, Deus é Missão. Nós participamos da natureza divina (2Pd 1,4), somos filhos e filhas da Trindade Santa; herdamos a missão da Trindade. Um segundo motivo da missão é a situação do mundo, do planeta Terra. O mal está no mundo, destruindo relações de fraternidade e de paz, trazendo divisão e opressão, ferindo e destruindo o Planeta. O Documento faz uma análise detalhada dos males do mundo (DA 43-97). Diante de tudo isso, não podemos ficar indiferentes; enquanto houver algo errado em qualquer parte do mundo, é a hora da missão. Um terceiro motivo que Aparecida lembra é a vida interna da Igreja: enfraquecimento da vida cristã, escasso acompanhamento aos fiéis leigos em suas tarefas de serviço à sociedade, despreparo da Igreja frente aos desafios da pós-modernidade, migração de católicos para outras Igrejas e grupos religiosos, católicos batizados não suficientemente evangelizados, vítimas de um mundo secularizado, onde a tendência é relativizar valores e fazer o que mais satisfaz no momento (DA 100, 293, 185, 177, 479).

Portanto, a Missão “não é uma tarefa opcional, mas parte integrante da identidade cristã” (DA 144). Ela é uma necessidade, uma urgência permanente: “Ai de mim se eu não anunciar o Evangelho” (1Cor 9,16).



**Os conteúdos e objetivos da Missão.** Nós não os inventamos, nós os herdamos da Missão de Deus, plenamente revelada na vida e na prática de Jesus de Nazaré. Eles estão presentes também nos anseios mais profundos e mais verdadeiros da natureza humana. Devemos saber redescobri-los e atualizá-los. O documento de Aparecida lembra-os com insistência:

- a) participar da vida trinitária através do seguimento a Jesus de Nazaré (DA 129, 131).
- b) fazer discípulos de Jesus todos os povos (DA 364); é converter cada cristão em discípulo missionário (DA 362).
- c) proclamar o Evangelho de Jesus Cristo e, n'Ele, a boa nova da dignidade humana, da vida, da família, do trabalho, da ciência e da solidariedade com a criação (DA 103).
- d) anunciar o Evangelho do Reino a todas as nações (DA 144).

Isso significa trabalhar pela justiça social (DA 384), pela dignidade humana (DA 387). É fazer decididamente a opção preferencial pelos pobres e excluídos (DA 391). É compromisso pela promoção humana integral (DA 399-405), pela globalização da solidariedade e justiça internacional (DA 406). É promover uma valiosa ação renovadora das paróquias e das dioceses, para que sejam missionárias, e se transformem em uma rede de pequenas comunidades eclesiais (DA 170, 172, 173). Que sejam “comunidades de discípulos missionários ao redor de Jesus Cristo, Mestre e Pastor” (DA 368). O modelo referencial está nas primeiras comunidades cristãs (DA 369).

**Os sujeitos da missão.** São todos os batizados. De fato, ser batizado é ser cristão e ser cristão significa tornar-se discípulo de Jesus Cristo: “Todo discípulo é missionário” (DA 144). O ser missionário faz parte da natureza do ser cristão: “Discipulado e missão são como as duas faces da mesma moeda” (DA 146). Não dá pra ser discípulo sem ser missionário e vice-versa. O discipulado e a missão são a marca registrada do documento de Aparecida.

**Os destinatários da missão.** Todos os povos, desde as pessoas que moram perto até os que vivem nos países mais distantes: “A missão do anúncio da Boa Nova de Jesus Cristo tem destinação universal” (DA 380). A questão não é só geográfica, a missão “quer atingir todos

os campos sócio-culturais, sobretudo os corações” (DA 375). “A renovação missionária das paróquias está exigindo de nós imaginação e criatividade para chegar às multidões que desejam o Evangelho de Jesus Cristo. Particularmente no mundo urbano” (DA 173). Para isso é preciso que haja “discípulos missionários sem fronteiras, dispostos a ir ‘à outra margem’” (DA 376). “Somos Igrejas pobres, mas ‘devemos dar a partir de nossa pobreza e a partir da alegria de nossa fé’”(DA 379, citando Puebla).

## 9. Como viabilizar a Missão

Que fazer para que, de verdade, a Missão seja o fio condutor de toda a pastoral latino-americana? Está aí o grande desafio. O documento revela um grande entusiasmo pela missão, será preciso, porém, muita decisão e clareza, mudanças estruturais na vida da Igreja, para que ela aconteça, de verdade, no meio e a serviço das multidões. Há experiências significativas em andamento que ajudam a dar passos. Mas é bom lembrar: missão não é estacionamento, é trilhar caminhos capazes de responder aos grandes anseios da humanidade. Missão não é toque de mágica, não é mercadoria que se compra no supermercado, nem remédio que alguma farmácia vende.

Missão é dom, é graça, é tarefa. Ela necessita de convicções firmes, de motivações audaciosas, que brotam de uma profunda experiência mística com a Trindade Santa. Mística e Missão são inseparáveis. Mística gera liberdade, criatividade, fecundidade, ousadia. É de tudo isso que a Missão precisa para ela acontecer.

## 10. Missão Continental e Santas Missões Populares (SMP)

A Conferência de Aparecida assumiu “o compromisso de uma grande missão em todo o Continente, que de nós exigirá aprofundar e enriquecer todas as razões e motivações que permitam converter cada cristão em discípulo missionário” (DA 362). Missão Continental não quer dizer proselitismo, e nem concorrência com outras Igrejas e grupos religiosos. É testemunhar hoje a única missão de Jesus de Nazaré.

É bom insistir: o que vale é a Missão de Jesus (DA 143). Ela está em primeiro lugar, o resto é instrumento, serviço. A razão de existir



da Igreja é concretizar a missão de Jesus nas situações e desafios de hoje. A Igreja existe em função da missão de Jesus, ela é algo relativo, um relativo necessário, mas sempre relativo. Tudo o que é instrumento deve sempre estar em processo de revisão, de avaliação, de conversão permanente.

A Missão Continental exige fidelidade e criatividade, unidade na diversidade, um amor compassivo e solidário com os pobres do Continente, uma consciência crítica e ativa, uma grande capacidade ao diálogo e ao serviço fraterno. Convida as Igrejas locais a se colocarem em estado de missão permanente. Necessita de instrumentos capazes, de objetivos claros, de metodologia eficaz e envolvente. Deverá fazer crescer entre todos os católicos a espiritualidade do seguimento de Jesus, deverá transformar cada vez mais as dioceses e paróquias latino-americanas em “comunidade de comunidades”, que sejam ministeriais, participativas, solidárias, missionárias, assumidas e conduzidas por missionários leigos (as).

Entre os instrumentos eficazes indicamos as Santas Missões Populares (SMP). Há várias experiências de SMP, sinal positivo de fecundidade pastoral. Aqui sugerimos uma determinada experiência, que nasceu entre leigos e agentes pastorais, 20 anos atrás, no Estado do Pará (Brasil). A experiência foi crescendo, se espalhando e se firmando cada vez mais. Já envolveu dezenas de milhares de missionários (as) leigos (as). Inúmeras comunidades renasceram, tantas outras surgiram. O compromisso em favor da ética, da cidadania, da justiça e da solidariedade ao lado dos mais pobres e excluídos avançou. A espiritualidade do seguimento de Jesus Cristo está mudando a vida de muitas e muitas pessoas<sup>1</sup>.

Nós das SMP ficamos muito alegres com as propostas de Aparecida. Elas vieram confirmar e reforçar uma caminhada missionária de

<sup>1</sup> Para um maior conhecimento desta experiência, ver: Santas Missões Populares, Luis Mosconi. 19ª edição. Paulinas, São Paulo, Brasil, 2008; Santas Misiones Populares, Luis Mosconi. Paulinas, Bogotá, Colômbia, 2008; Las Santas Misiones Populares, Luis Mosconi. Ediciones DABAR, México, 2008.



20 anos. Pelas experiências, cremos que estas SMP, se bem vividas nos seus conteúdos, motivações, objetivos, metodologia e espiritualidade, podem dar uma humilde e preciosa contribuição ao crescimento da missão de Jesus em todo o Continente, razão principal de todo trabalho pastoral. As SMP querem fazer parte deste grande mutirão missionário no Continente.

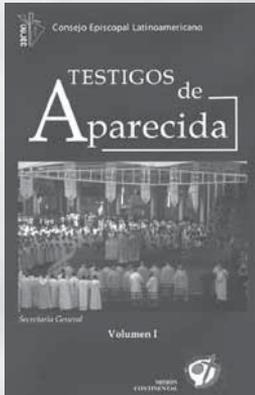
Terão que ser SMP enraizadas na Missão de Jesus de Nazaré e das primeiras equipes missionárias, como as do apóstolo Paulo. Terão que estar imbuídas de profunda espiritualidade, de forte consciência crítica sobre os desafios do mundo de hoje; de fidelidade e criatividade; de obediência à vontade do Pai e de liberdade frente às estruturas do mundo; de paciência impaciente e de impaciência paciente (Paulo Freire); de ternura e coragem profética; de participação e comunhão.

Terão que ser assumidas por leigos e leigas, reconhecidos como sujeitos eclesiais co-responsáveis, preparados, amados e enviados pela Igreja. Para testemunhar a missão de Jesus de Nazaré em todo o Continente, nas grandes periferias, nos centros urbanos, nas aldeias indígenas, nos povos afro, na beira dos rios, nas florestas, nos povoados das montanhas, nos interiores extensos, nos centros de decisão, nas universidades, a experiência sugere a presença, dinâmica e urgente, de *três milhões de missionários e missionárias, para os próximos cinco anos*. Terão que ser missionários (as) possuídos pelo mesmo espírito de Jesus de Nazaré.

Somente sonho? Cremos que não. Trata-se de fazer renascer, continuamente, a esperança concreta de uma sociedade mais justa, mais fraterna, mais humana, sinal visível, ainda que pequeno, da glória do Reino de Deus. Esta é a razão de ser e de existir da Igreja.

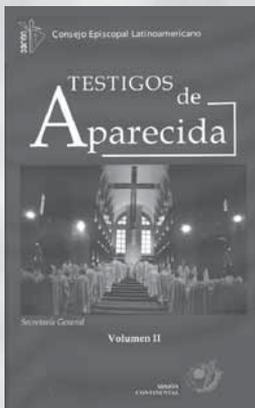
Portanto, mãos à obra! Sem esquecer a recomendação de Jesus dirigida aos primeiros discípulos missionários: “Quando vocês tiverem feito tudo o que vos mandaram, digei: ‘Somos simples servos; fizemos o que devíamos fazer’” (Lc 17,10).

# TESTIGOS DE APARECIDA



432 páginas

480 gramos



448 páginas

500 gramos

La Secretaría General del CELAM para conmemorar el primer aniversario de la V Conferencia General, ha invitado a 22 participantes en este evento, para que desde su conocimiento y experiencia profundicen temas clave del Documento conclusivo.

## Contenido:

### Volumen I

1. El espíritu de Aparecida. *Card. Francisco J. Errázuriz.*
2. La “Palabra de Dios” en la V Conferencia de Aparecida. *Mons. Santiago Silva.*
3. Líneas cristológicas. *P. Carlos M. Galli.*
4. Alcance eclesiológico. *Mons. Octavio Ruiz A.*
5. La misión de la Iglesia. *Mons. Luis Augusto Castro.*
6. La misión como comunicación de vida. *P. Victor M. Fernández.*
7. A espiritualidade de Aparecida. *Dom Filippo Santoro.*
8. Una conversión pastoral: el desafío. *Card. Oscar Rodríguez M.*

### Volumen II

9. María, madre y formadora. *P. Francesco Pettillo.*
10. La Doctrina Social de la Iglesia. *Lic. Manuel Granados.*
11. Los rostros sufrientes. *Mons. Alvaro Ramazzini.*
12. El método ver – juzgar – actuar. *Mons. Andrés Stanovnik.*
13. Comprensión cristiana de lo humano. *Dr. Rodrigo Guerra.*
14. Familia e sociedade. *Dom João Carlos Petrini.*
15. Constructores de nueva sociedad. *Prof. Guillermo L. Escobar.*
16. Los presbíteros, discípulos misioneros. *Card. Cláudio Hummes.*
17. La transversalidad de la comunicación. *Mons. Baltzar Porras.*
18. Hacia una nueva educación. *Mons. Ricardo Ezzati.*
19. Religiosidad popular, como inculturación. *Card. Jorge M. Bergoglio.*
20. El ecumenismo. *Pastor Harold Segura.*
21. Viver e transmitir a fé no mundo urbano. *Dom. Dimas Lara y Pe. Joel Portella.*
22. Los movimientos eclesiales y nuevas comunidades. *Prof. Guzmán Carriquiry.*

Precio de cada volumen \$ 35.000 USD 19

No incluye los gastos de envío

Solicítelos a: Centro de Publicaciones del CELAM

Tel. 571-6680900 Fax 571-6711213

[editora@celam.org](mailto:editora@celam.org)



## La pedagogía de Jesús, un camino para la misión continental

Frei Carlos Raimundo Rockenbach\*

### Sumario

Partiendo del presupuesto de que en nuestro itinerario discipular-misionero todos debemos “recomenzar desde Cristo”, Frei Carlos muestra en el presente artículo los principales aspectos de la experiencia discipular así como de la “pedagogía de Jesús” en el desempeño de la misión que el Padre Dios le confió y que, a su vez, Él encomendó a su Iglesia; y sugiere dicha pedagogía como paradigma para el desarrollo de la Misión Continental a la que nos ha lanzado Aparecida.

**Palabras clave:** Misión Continental, Pedagogía, Pedagogía de Jesús, Jesús discípulo.

\* OFMCap - Maestro en Liturgia y Teología Sacramentaria. Secretario Ejecutivo del Departamento de Misión y Espiritualidad - CELAM.



**Sumário:**

Partindo do pressuposto de que em nosso itinerário discipular-missionário todos devemos “recomeçar a partir de Cristo”, Frei Carlos demonstra em seu artigo os principais aspectos da experiência discipular, assim como da “pedagogia de Jesus” no desempenho da missão que Deus Pai lhe confiou e que, por sua vez, Ele recomendou à sua Igreja; e sugere esta pedagogia como paradigma para o desenvolvimento da Missão Continental à qual Aparecida nos enviou.

**Palavras chave:** Missão Continental, Pedagogia, Pedagogia de Jesus, Jesus discípulo



**T**odos los bautizados -Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y laicas- estamos llamados a *recomenzar desde Cristo*, a reconocer y seguir su presencia con la misma realidad y novedad, el mismo poder de afecto, persuasión y esperanza, que tuvo su encuentro con los primeros discípulos a las orillas del Jordán, hace 2000 años, y con los *Juan Diego* del Nuevo Mundo. Sólo gracias a ese encuentro y seguimiento, que se convierte en familiaridad y comunión, por desborde de gratitud y alegría, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y salimos a comunicar a todos la vida verdadera, la felicidad y esperanza que nos ha sido dado experimentar y gozar" (DA 549). Este puede ser considerado el número clave del Documento de Aparecida que impulsa el gran sueño y desafío de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña que es "hacer de todos sus miembros discípulos misioneros de Cristo, Camino, Verdad y Vida, para que nuestros pueblos tengan vida en Él" (DA 1). Pues los pueblos latinoamericanos y caribeños tienen derecho, no solamente a sobrevivir, sino a vivir como hijos de Dios, con condiciones más humanas, con toda su dignidad y deseo de plenitud, de amor, verdad, justicia y belleza que nadie puede desechar.

Dentro de una realidad llena de belleza y fecundidad, de riqueza de humanidad que se expresa en las personas, familias, pueblos y culturas, no podemos ignorar el otro lado de la medalla, donde constatamos el grave deterioro de la vida social por el crecimiento de la violencia causada por la idolatría del dinero, el avance de una ideología individualista y utilitarista, el irrespeto a la dignidad de cada persona, el deterioro del tejido social, la corrupción, incluso en las fuerzas del orden, y la falta de políticas públicas de equidad social



(DA 78). Es lo que Eduardo Galeano llama: “el mundo sin alma que se nos obliga a aceptar como único mundo posible, no hay pueblos, sino mercados; no hay ciudadanos, sino consumidores; no hay naciones, sino empresas; no hay ciudades, sino aglomeraciones; no hay relaciones humanas, sino competencias mercantiles”<sup>1</sup>. En este mundo regido por las leyes del mercado, de “la globalización que convierte el lucro en valor supremo”<sup>2</sup>, los no-nacidos, los enfermos, los ancianos, los miserables, los hambrientos, los analfabetos, los marginados y los excluidos en general pierden su valor intrínseco, pues se construye una cultura de muerte que amenaza y sacrifica a los más desfavorecidos de la sociedad. Es un sistema que mata: *mata físicamente* millones de seres humanos de la “población sobrante”; *mata culturalmente* por la homogenización de “cultura universal” del pensamiento y sentir único; *mata socialmente* al negar los derechos fundamentales de una vida digna para la mayoría de la población mundial; *mata ecológicamente* con la destrucción irracional de la naturaleza considerada únicamente como objeto de explotación y ganancia<sup>3</sup>.

Para que la VIDA, gran Sacramento de Dios, sea restaurada en su belleza y valor original, es necesario que cultivemos la sensibilidad sacramental de San Francisco de Asís, reconociendo a Dios presente en todas sus criaturas, tratándolas como hermanos y hermanas, y nos sintamos convocados como discípulos misioneros a ponernos en estado de Misión permanente y llevar adelante esta tarea de construir un “nuevo cielo y una nueva tierra” (Ap 21,1), signo de la restauración del paraíso original, signo real de la presencia del Reino de Dios.

La eficacia de la misión depende, en gran medida, de nuestra docilidad al Espíritu de Dios, de nuestra disponibilidad y fidelidad en el seguimiento (discipulado) al único Maestro, que nos llama por nuestro nombre. La garantía del éxito de la Misión Continental, de la

<sup>1</sup> Citado por PERESSON, Mario L., *La Pedagogía de Jesús – maestro carismático popular*. Librería Salesiana, Bogotá, 2006, p. 16.

<sup>2</sup> DI 2.

<sup>3</sup> Cf. PERESSON, Mario L., op. cit., p. 17.

realización del deseo de Dios y del sueño de nuestros pueblos, estará en adoptar la “Pedagogía<sup>4</sup> de Jesús” en nuestro actuar misionero.

## 1. LA PEDAGOGÍA DE LA ENCARNACIÓN – Kénosis

En el misterio de la Encarnación encontramos el principio y el fundamento de la pedagogía de Jesús. Ante la humanidad que busca, por todos los medios posibles, subir, estar arriba de todo y de todos, Dios baja lo más posible, toma la forma humana, para humanizar y divinizar la humanidad. Así la kénosis y humanización de Dios es al mismo tiempo la ascensión y divinización de la humanidad. Jesús de Nazaret, el Verbo Encarnado, es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre. “El Verbo (Jesucristo), en virtud de su inmenso amor (a la humanidad) se hizo lo que somos nosotros, para obtener que fuéramos lo que es él”<sup>5</sup>. “Humano así, solo puede ser Dios mismo”<sup>6</sup>.

La Encarnación es también la expresión de la *solidaridad de Dios con los excluidos y los pobres de la tierra*. El lugar y la forma de su nacimiento ya es una profecía, expresión de esta solidaridad. Nace en una familia pobre y trabajadora, vive en la región desprestigiada y marginada de Galilea, en un villorrio sin reconocimiento alguno, Nazaret; fue rechazado en Belén, no teniendo donde nacer, fue perseguido por el tirano Herodes; para salvarlo sus padres tuvieron que huir al exilio, fue acosado por los grupos sociales poderosos de su época, y finalmente fue crucificado como insurrecto contra el imperio<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Pedagogía: ciencia que trata de la educación y de la enseñanza. Diccionario Enciclopédico Ilustrado Integral. Lexus Editores, Bogotá, Colombia, 2004. “La pedagogía, como ciencia de la acción educativa, es una disciplina no simplemente descriptiva, es una realidad existente, una reflexión crítica, prioritariamente proyectiva, tendiente a dar sentido, redefinir y ofrecer una refundamentación permanente al conjunto de prácticas educativas. Es una ciencia dinámica que evoluciona constantemente, pues siempre tiene que dar una respuesta inédita y eficaz a las aspiraciones crecientes y emergentes de humanización de las personas y a las exigencias de transformación del medio social dentro del cual se inserta y realiza”. In PERESSON, Mario, op. cit., p. 113.

<sup>5</sup> San Ireneo, *Adversus Haereses V praef. In fine: “Verbum Dei... qui propter inmensam sumam dilectionem factus est quod sumus nos, uti nos perficeret esse quod est Ipse”*.

<sup>6</sup> BOFF, Leonardo, *Jesús Cristo libertador: ensaio de cristología crítica para o nosso tempo*, Petrópolis: Vozes, 1980.

<sup>7</sup> PERESSON,| Mario L., op. cit. p. 252.



Él no se hizo genéricamente hombre sino concretamente pobre: se hizo historia, pueblo, cultura, artesano, exilado, perseguido, condenado a muerte, crucificado fuera de la ciudad. Se apropió de la condición de los pobres, sufrió con ellos, tuvo compasión por ellos, les reveló la misericordia del Dios del Reino, del Dios de la vida, y se comprometió con su causa liberadora. *“El, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a si mismo, tomando la condición de servidor, haciéndose semejante a los hombres...”* (Flp 2,6-7). Él no sólo se encarna en el mundo de los pobres, buscando su liberación integral de una manera consciente y activa, sino que se identifica con ellos: *“En verdad les digo, cuando lo hicieron con alguno de estos más pequeños, que son mis hermanos, lo hicieron conmigo...; les digo que siempre que no lo hicieron con alguno de estos más pequeños, que son mis hermanos, conmigo no lo hicieron”* (Mt 25, 40.45). Por la Encarnación, Dios fijó su tienda entre los pobres de la tierra, entró en la *historia de los pueblos* y la asumió como propia. Se dio en un momento particular de la historia del pueblo judío, bajo la ocupación romana; en medio de las contradicciones económicas, sociales, políticas, culturales y religiosas; y ahí, implicándose en ellas, Jesús proclamó e inauguró la utopía del Reino. Dios se revela en y desde los acontecimientos históricos, desde ellos y en ellos Dios llama, interpela y manifiesta su voluntad; de esta forma, los acontecimientos se vuelven sacramentales, reveladores del actuar de Dios.

Jesús, *el Hijo de Dios*, para hacerse entender, habló el lenguaje humano de los sencillos de la tierra, para sentir lo que ellos sentían: *“trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre; nacido de la Virgen María se hizo verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo a nosotros excepto en el pecado”* (GS 22b). *“No podía expresarse de manera más incisiva y comprensible para los hombres y mujeres de hoy lo que significa la ley de la encarnación. Los cuatro verbos usados: trabajar, pensar, obrar, amar; acompañados con la mención de las respectivas facultades o instrumentos de actuación –manos, inteligencia, voluntad, corazón-, y seguidos cada vez por el adjetivo “humano/a/as”, confieren a la afirmación una marcada*

densidad encarnatoria. Y la frase final: “se hizo verdaderamente uno de nosotros” – lleva dicha densidad a su más alto grado<sup>8</sup>.

## 2. JESÚS DISCÍPULO – Sacramento del Padre

Jesús de Nazaret, el Verbo Encarnado, es la *revelación histórica de Dios*, el sacramento primordial de la solidaridad de Dios-Amor para con nosotros, el signo de la cercanía de Dios, Dios-con-nosotros, el lugar de su presencia y del encuentro con él, la imagen del Dios invisible (Col 1,15). Es el sacramento del encuentro con Dios: por él y en él Dios llega a nosotros y por él y en él llegamos al Padre. Jesús, ya en las profecías del Antiguo Testamento que se refieren a Él, provocaba asombro. El profeta Isaías en su anuncio hace una presentación minuciosa y sorprendente de Jesús, diciendo que *una virgen embarazada dará a luz un varón a quien le pondrá el nombre de Emmanuel* (Is 7,14). *“Sobre él reposará el Espíritu de Yahvé, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de prudencia y valentía, espíritu para conocer a Yahvé y para respetarlo y para gobernar según sus preceptos. No juzgará por las apariencias ni se decidirá por lo que se dice, sino hará justicia a los débiles y dictará sentencias justas a favor del pobre”* (Is 11,2-4). *“No clamará, ni gritará, ni alzará su voz en las calles. No romperá la caña quebrada ni aplastará la mecha que está por apagarse”* (Is 42,2-3). Este asombro tomó aires de realidad en su encarnación, pues este hombre nace y se desarrolla en una familia campesina sin tierra, obligado a trabajar de artesano para lograr un mínimo de bienestar o al menos la subsistencia, viviendo en un pueblito subyugado bajo el Imperio romano dominador y cruel, llamado Nazaret, de “Galilea de los gentiles” (Mt 4,15), también conocida como “Galilea de los paganos”, región marginada del auténtico judaísmo e influenciada por el paganismo, pues estaba rodeada de pueblos paganos. No se creía que de esta región podía venir la salvación de Dios: “Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta” (Jn 7,52). “¿De Nazaret puede salir cosa buena?” (Jn 1,45-46). El asombro se convirtió en admiración y estupefacción ante sus respuestas y enseñanzas a los doctores de la Ley y a sus padres, en el templo a los doce años de edad. Como

<sup>8</sup> GALLO, Luiz, *El misterio de la Encarnación en el año jubilar y en la Espiritualidad Salesiana*. Ponencia presentada en el Encuentro de espiritualidad Salesiana, Quito, 5-6 de Mayo del 2000. Citado por PERESSON, Mario L, p. 257.



consagrado por la unción, colmado del Espíritu Santo, enviado para llevar la Buena Noticia a los pobres, a liberar a los oprimidos, a abrir los ojos de los ciegos, el asombro, el encantamiento, la admiración tomó forma de preguntas: ¿Dónde aprendió Jesús todo lo que sabía y enseñaba? La multitud, al oírle, quedaba maravillada, y decía, “¿De dónde le viene todo esto?” ¿Qué pensar de este don de sabiduría? ¿Y cómo explicar este poder milagroso que tiene en sus manos? “¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón? Y sus hermanas, ¿no viven aquí entre nosotros?” (Mc 6,2-3) ¿Cómo conoce las Escrituras sin haber estudiado? (Jn 7,12-16). Y se escandalizaban a causa de él”.

Hoy día muchos tienen y difunden la falsa idea de que Jesús es una “enciclopedia divina” que cayó del cielo en la tierra, y que en el día de su nacimiento ya sabía todo y apenas reproducía como una grabadora lo que traía del Padre. Son los que no reconocen ni aceptan la humanidad de Jesús, porque un Dios encarnado en la historia, que la asumió plenamente, los cuestiona y los compromete. Pero Jesús, siendo igual a nosotros en todo menos en el pecado, como todo niño, como todo joven, como todo ser humano fue un aprendiz y pasó por un proceso normal de formación. El profeta Isaías presenta a Jesús como un fiel discípulo a quien el Señor toda mañana despierta el oído para que escuche la voz y la enseñanza de Yahvé: *“El mismo Señor me ha dado una lengua de discípulo... Cada mañana él despierta mi oído...”* (Is 50,4-5). Dios habla y enseña de muchas maneras, tiene muchos y sorprendentes interlocutores. Al discípulo le corresponde desarrollar la sensibilidad de percibir las muchas formas de instrucción del Padre.

*¿Dónde aprendió Jesús todo lo que sabía y enseñaba?* He aquí sus principales ámbitos de aprendizaje.

#### **a) La escuela del hogar**

Los primeros maestros de Jesús fueron, sin duda alguna, José y María, en la escuela del hogar de Nazaret, pues el ambiente y actitud religiosa de ellos, propia de los “pobres de Yahvé” que vivían esperando la llegada de los tiempos mesiánicos, era un terreno favorable de formación religiosa. Además, la familia era, en efecto, la institu-



ción educativa por excelencia en todo el Antiguo Testamento. Una buena parte de la educación religiosa de los niños se realizaba en las propias casas, en familia, sobre la base de la curiosidad infantil, que pedían la explicación de cuanto vivían y veían realizar a sus padres y acontecía en el pueblo. Así, los padres, asumían la misión de maestros y buscaban responder a la recomendación del libro de Deuteronomio: “Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: ‘¿qué son estos preceptos, mandamientos y normas que Yahvé les ha ordenado?’” Tu responderás a tu hijo: “Nosotros éramos esclavos de Faraón en Egipto, y Yahvé nos hizo salir de Egipto con mano firme. Y lo vimos hacer milagros grandes, y terribles prodigios contra el Faraón y toda su gente, y a nosotros nos sacó de allí para conducirnos a la tierra que prometió a nuestros padres...” (Dt 6, 20-25). La enseñanza básica en la familia contenía los *elementos de la fe judía*. Era una enseñanza tanto moral, como histórica y litúrgica. Así, en la escuela de José y María, “Jesús progresaba en sabiduría, en estatura, y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2,52).

### **b) La Sinagoga**

La participación en la liturgia sinagoga, a lo largo de toda su vida, fue el lugar y mediación para conocer la Torá y los profetas, aprender a recitar los salmos e interpretar y aplicar las Escrituras a las circunstancias de la Asamblea. Jesús tenía la costumbre de frecuentar asiduamente la Sinagoga (cf. Lc 4,16). Esta, Además de ser el lugar del culto sabático, tenía, normalmente, una escuela anexa que se ocupaba de la educación de los varones, y es probable que Jesús completara la educación familiar con la instrucción recibida en la Sinagoga local de Nazaret. Dicha educación, más o menos formal, giraba en torno a la Biblia hebrea. En su confrontación con los escribas y fariseos, Jesús demuestra un conocimiento amplio de la Escritura, a la vez que asume una actitud crítica de cuestionamiento y condena, de las tradiciones e interpretaciones de la ley.

### **c) La Escuela da la vida**

Pero fue en la “Escuela de la vida” y en la “Universidad de lo cotidiano” donde Jesús aprendió mucho. Jesús participó de la vida cotidiana del pueblo sencillo al que pertenecía y de su cultura. Los



relatos de los evangelios demuestran que Jesús tenía un profundo conocimiento de la vida y de la realidad del pueblo; estaba familiarizado con todo lo referente al trabajo (Mt 20,1-15; Lc 16,1-8; Mt 24,45-51...), con el trabajo agrícola y campesino (Lc 9,62; 17,7; Jn 4,35-38; Mt 13,3-8), del pastoreo (Jn 10,1-18), conocía sobretodo el sufrimiento de su gente (Mt 14,14; 15,32; Mc 6,34; 8,2), miraba con los ojos de los “pobres de la tierra”, que cargaban de forma dolorosa todo género de angustias y fracasos, con una singular opción por ellos, compartiendo sus sufrimientos y también sus anhelos de justicia y esperanzas de liberación. Conocía la vida de la sociedad y de las estructuras del poder opresor que masacraba y agobiaba a los pobres de la tierra (Mt 20, 25-28). Ante esta realidad, Jesús, con su corazón compasivo, sensible y misericordioso escucha en el clamor del pueblo una clara enseñanza para su misión, profetizada por Isaías (Is 61,1-2; Lc 4,21).

#### **d) Discípulo del Padre**

Sin embargo, sería una tremenda distorsión y un enorme vacío pensar que la sabiduría de Jesús tuviese sus raíces e inspiración en condiciones y mediaciones puramente humanas, desconociendo la sabiduría que viene de Dios. Encontramos numerosos textos en los cuales se destaca esta particular e intensa relación (Jn 7,16-18; 15,15; Lc 10,21-22). La sabiduría que proviene de una profunda experiencia de Dios como Padre, incluso Jesús se atrevió a utilizar para mostrar su íntima relación con Dios, el término “*Abba*”, vocablo que expresa un particular afecto, familiaridad y ternura que se puede traducir como “mi querido Papá”, o Papito. Para Jesús esta familiaridad refleja el cariño, la sencillez, la ternura y la seguridad que tiene su relación con Dios, como Padre. “... *les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre*” (Jn 15,15). Jesucristo es el Sacramento del Padre: “*la imagen visible del Dios invisible*” (Col 1,15). Ante el deseo manifestado por Felipe de ver a Dios, Jesús responde: “*El que me ha visto, ha visto al Padre*” (Jn 14,7-9). Jesucristo es la revelación del Padre, la Palabra de Dios que se hizo carne. Su fidelidad a la voluntad del Padre es tan radical que hace de ella su alimento: “*Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra*” (Jn 4,34). El origen y fundamento de la enseñanza de Jesús como Maestro, está en su íntima y profunda experiencia de Dios. Jesús enseña lo que ha oído

de su Padre, lo que él le ha dado a conocer. Antes de ser Maestro, fue un fiel discípulo. *“A vosotros os llamo no siervos sino amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”* (Jn 15,15); *“las palabras que yo hablo las hablo como el Padre me lo ha dicho a mí”* (Jn 12,49-50; 14,10); *“mi enseñanza no es mía, sino de aquel que me envió...”*. No son solamente sus palabras que revelan al Padre sino su acción que las confirma como verdaderas: *“El Hijo no puede hacer nada por sí mismo sino solamente lo que ve hacer el Padre”* (Jn 5,19ss); *“créanme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Créanlo, al menos, por las obras”* (Jn 14,11).

La experiencia cotidiana de comunión con el Padre, las frecuentes y largas horas de oración, de soledad en lugares apartados y en el monte, permiten a Jesús discernir la voluntad del Padre y sentir su presencia íntima y profunda en su vida. La oración se convierte para Jesús en el lugar y el momento específicos, particularmente intensos, de relación con su Padre, cualitativamente diferentes de los tiempos y espacios ordinarios y cotidianos. La condición para acoger la enseñanza del Padre es la sencillez y la escucha de su Palabra con el corazón. Jesús, al constatar quiénes acogían la Palabra, lleno de júbilo en el Espíritu Santo exclama: *“Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños...”* (Mt 11,25s).

### 3. JESÚS MAESTRO – Camino, Verdad y Vida

Nadie enseña lo que no aprendió y nadie puede dar lo que no tiene. Para ser un buen Maestro, es necesario antes ser un buen discípulo. Y ser un buen Maestro no es meramente una cuestión de contenido, es sobre todo un modo de ser, una forma de vivir. En la Sagrada Escritura encontramos muchos modelos de maestros. En el tiempo de Jesús tenemos los rabinos, maestros de la ley que enseñaban en las sinagogas. Jesús se distingue de todos ellos. Él no forma parte de la clase rabínica oficial del judaísmo, por eso es rechazado, perseguido y desconocido como maestro por los escribas y los fariseos, los maestros de la ley, los sumos sacerdotes, los herodianos, los saduceos, en una palabra, es rechazado por los grupos y clases en el poder; por el contrario es reconocido, acogido y llamado “Maestro” por los sencillos, los pobres que esperaban los tiempos mesiánicos



portadores de justicia, los excluidos y marginados en la sociedad, los arrinconados, los “malditos que no conocen la ley” (Jn 7,49). Jesús, distanciándose de la tradición judía, escoge a sus discípulos (Mc 3,13; Lc 6,13; 10,1). Éstos no lo siguen por propia iniciativa, sino porque son elegidos: “*Ustedes no me escogieron a mí. Soy yo quien los escogí a ustedes...*” (Jn 15,16). Jesús “llamó a los que él quiso... para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,13-14). Ellos no fueron convocados para *algo*, para seguir meramente una doctrina, para adherirse estrictamente a una ley, sino para *Alguien*, elegidos para *vincularse* íntimamente a una persona (cf. Mc 1,17; 2,14). Pero Jesús no quiere una vinculación como “siervos” (cf. Jn 8, 33-36), porque “el siervo no conoce lo que hace su señor” (Jn 15,15), sino como “amigos” y como “hermanos”. El “amigo” ingresa a su vida, haciéndola propia. El amigo escucha a Jesús, conoce al Padre y hace fluir la vida de Jesucristo en su propia existencia (cf. Jn 15,14) marcando la relación con todos (cf. Jn 15,12). El “hermano” de Jesús (cf. Jn 20,17) participa de la vida del Resucitado, Hijo del Padre celestial, por lo que Jesús y su discípulo comparten la misma vida que viene del Padre, aunque de modo diferente, Jesús por naturaleza (cf. Jn 5,26; 10,30) y el discípulo por participación (cf. Jn 10,10). Jesús, a aquellos que llama los hace familiares suyos, porque comparte la misma vida que viene del Padre y les pide, como discípulos, una unión íntima con Él, obediencia a la palabra del Padre, para producir en abundancia frutos de amor<sup>9</sup>. Más que *vincularse* a Él, el discípulo es llamado a *configurarse* con Él, asumiendo la centralidad del Mandamiento del amor: “*Ámense los unos a los otros, como yo los he amado*” (Jn 15,12), “*así reconocerán todos que son discípulos míos*” (Jn 13,35)<sup>10</sup>.

La adhesión a Jesús y su seguimiento, nacen del encuentro entre la inquietud y las aspiraciones de las personas que se acercan a él y el proyecto que él propone. Con ellos Jesús formó una comunidad educativa y educadora. Los apóstoles siguieron a Jesús porque él los llamó, pero también porque ellos reconocieron en él al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29.37), al Mesías, el Cristo (Jn 1,41), al Maestro (Jn 1,38); a aquel de quien habían escrito

<sup>9</sup> DA 131-132.

<sup>10</sup> DA 136.138.

Moisés en la Ley y los profetas (Jn 1,45), al Hijo de Dios, al Rey de Israel (Jn 1,49). Jesús también se distingue de los Rabinos y doctores de la ley por su enseñanza. Jesús enseña con autoridad: *“La gente quedó asombrada de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”* (Mc 1,21-21), que *“dicen y no hacen”* (Mt 23,2). La originalidad de la autoridad de Jesús se fundamenta en la libertad y autonomía frente a la Ley, las tradiciones y las instituciones, y sobretodo en la coherencia entre lo que Jesús dice y enseña y lo que vive y actúa. Él *“ha venido a dar testimonio de la verdad”* (Jn 18,37) y a proclamar la Buena Nueva del Reino de Dios, expresión de la vivencia del Mandamiento nuevo del Amor. Jesús no se limita a pronunciar una doctrina, a proclamar un mensaje, sino que acompaña y reafirma su enseñanza con *signos de misericordia y gestos emancipatorios*, con los cuales no sólo cuestiona la doctrina de los escribas y fariseos, sino que prácticamente la deshace, rompiendo el legalismo que imponían, particularmente el criterio que ellos establecían de lo puro e impuro, como norma y medida de santidad. Jesús muestra que es la misericordia lo que nos hace verdaderamente santos a imagen de Dios: *“Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”* (Lc 6,36)<sup>11</sup>. Jesús enseña con su ejemplo. Distinto de los maestros y doctores de la ley, él, siendo Maestro y Señor, se hace servidor de todos: *“el Hijo del Hombre no vino para que lo sirvieran, sino para servir y dar su vida como rescate de una muchedumbre”* (Mc 10,45). Jesús se acerca a los pobres, enfermos, a los que están fuera de la ley, a los “impuros”, y con su ternura, compasión y hechos, tocándolos, abrazándolos, sanándolos, no sólo infringe leyes y criterios farisaicos, sino que, al hacerlo, reincorpora a la comunidad a los que habían sido excluidos, segregados y les volvía a dar el sentido de su propia vida. Al tocarlos, sanarlos y liberarlos Jesús, de hecho, los acogía en una nueva comunidad que él inaugura, la comunidad fraternal, mediante la comunión en la mesa, compartiendo el pan con los transgresores y los impuros (Mt 9,11.14). La mesa es el lugar familiar del encuentro, del reencuentro, donde se comparte el afecto y la alegría. La comida compartida es un gesto y un signo de amistad, de cercanía, de misericordia y de la inclusión en el Reino de Dios a los que eran considerados pecadores y excluidos.

<sup>11</sup> PERESSON, Mario, op. cit., p. 98.



## Jesús el Maestro – Profeta

*“El temor se apoderó de todos, y alababan a Dios diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo”* (Lc 7,16). En la Sinagoga de Nazaret, al pronunciar su discurso inaugural, Jesús se siente consagrado por el Espíritu del Señor, Espíritu de fortaleza, de misericordia, de compasión, de solidaridad, para evangelizar a los pobres, sanar los corazones destrozados, liberar a los cautivos, dar vista a los ciegos, pregonar un año de gracia da parte de Dios y consolar a los sumergidos en la aflicción (cf. Lc 4,18-19). Ante sus palabras, postura y gestos, la Samaritana exclamó con júbilo: *“Señor, veo que eres un profeta”* (Jn 4,19), y el ciego de nacimiento curado por Jesús, contestando a la interrogación de los fariseos, dice convencido: *“es un profeta”* (Jn 9,17). Después de la multiplicación de los panes, la gente al ver la señal que había realizado, decía: *“Este es sin duda el profeta que iba a venir al mundo”* (Jn 6,14), el profeta absoluto a quien debemos escuchar (Lc 9,35; Mt 17,5; Ms 9,7). Como profeta Jesús está *“lleno del Espíritu Santo”* (Lc 4,1), y anuncia la Utopía de Dios, su Reino, y la va manifestando y haciendo presente mediante signos de misericordia, de solidaridad, de vida y de paz, y denuncia el anti-Reino que se opone al proyecto de Dios. Combate la idolatría de la riqueza y del poder que suplanta y excluye al Dios vivo y verdadero en el corazón del hombre y además sacrifica al ser humano y toda la naturaleza (Lc 16,13). Reprueba la riqueza injusta que genera las desigualdades en la sociedad (Lc 6,24-25; 18,24-25), censura el poder opresor que discrimina (Lc 22,24-27; Mt 20,25-27; Mc 10, 42-44); cuestiona la observancia religiosa hipócrita (Mt 7,17-23) y descalifica la ley que abrumba y esclaviza (Mc 2,18-28; 3,1-6). Como profeta de Dios, Jesús se constituye en el defensor de los pobres y excluidos de la sociedad. Su compromiso liberador y su solidaridad lo llevan a compartir la misma suerte de los pobres y excluidos. En la línea de los profetas, Jesús denuncia y condena el legalismo hipócrita y el ritualismo vacío, cuando la ley y el culto, además de desconectados de la vida, son puestos por encima de la persona y son utilizados para dominar las conciencias y encubrir la injusticia. En contraposición, Jesús afirma que el culto en espíritu y verdad, agradable a Dios, es el amor al prójimo y la práctica de la justicia.

Jesús, el Maestro – profeta, tenía muy claramente definida su misión y también su plan educativo: la implantación del Reino de



Dios, la irrupción de un mundo y de una humanidad renovada según el proyecto original nacido del corazón de Dios. La pedagogía de Jesús es evangelizadora: mediación, signo e instrumento de la Buena Nueva de la liberación, de la comunión y de la vida en plenitud para la humanidad.

## Principios fundamentales de la pedagogía de Jesús

### a) *El valor absoluto de la persona*

Frente a la persona todo debe ser relativizado y en función de cuya realización todo debe orientarse “Todo, absolutamente todo, debe supeditarse al bien y la vida de las personas, máxime si son los pobres y excluidos. Lo más sagrado para Jesús es la persona humana, particularmente los empobrecidos, los que lloran, los que tienen hambre [...]. Lo primero, lo absoluto, es salvar a las personas. Por esta razón Jesús se enfrenta permanentemente con las autoridades religiosas, jurídicas, políticas y económicas del judaísmo, pues ellos ponían las leyes, el templo y las tradiciones por encima de la vida”<sup>12</sup>. “Gloria Dei vivens homo”, escribió San Ireneo<sup>13</sup>: “La gloria de Dios es el hombre viviente”; la realización del hombre y de la mujer en su plenitud, es la vida humana plenamente lograda. Jesús reivindica la dignidad y el valor absoluto de toda persona, comenzando por aquellos que dentro de la sociedad no tienen el mínimo reconocimiento y, por eso, son marginados y despreciados, como: las mujeres reivindicando su igualdad frente a la prepotencia masculina (Mt 19,5-9; Mc 1,29-31; 5,25-34); los enfermos, los leprosos, curándolos, incorporándolos e integrándolos en la comunidad (Mt 8,1-3; Mc 1,40-45); los publicanos, considerados pecadores públicos brindándoles una oportunidad de cambio y vida nueva, compartiendo con ellos la mesa (Mt 9,10-13). Para Jesús, la dignificación de la vida y de la persona incluía la amistad y la fraternidad que crecen alrededor del pan, fuente de vida, y del vino, generador de alegría, símbolos de las bases materiales de la vida, de la salud y de la amistad.

<sup>12</sup> Cf. PERESSON, op. cit., p., 217s.

<sup>13</sup> *Adversus Haereses*. Lib. IV, cap. XX, 7, PG 7, 1037.



## **b) La pedagogía del Amor**

*“Les doy este mandamiento nuevo: que se amen unos a otros. Ustedes se amarán unos a otros como yo los he amado. Así reconocerán todos que ustedes son mis discípulos, si se tienen amor unos a otros”* (Jn 13,34-35). El amor es para Jesús el parámetro relacional y el principio pedagógico fundamental. Amor que es sinónimo de cercanía, afecto, confianza, confidencia, donación de sí: *“no hay amor más grande que este: dar la vida por sus amigos”* (Jn 15,13). Para con los niños manifiesta afecto y ternura acogiéndolos, abrazándolos, imponiéndoles las manos (Mt 19,13-15); Para con los abatidos, enfermos y necesitados, el amor se hace compasión entrañable y misericordiosa (Mc 6,34). Para Jesús, el amor, la amistad, la ternura, la misericordia son el principio que inspira toda su acción. Sin embargo, Él va más allá de la normalidad, superando la antigua ley, expresando su amor, ternura, compasión y misericordia, incluso por aquellos que no aceptan su propuesta, como el joven rico (Mc 10,17-21) y aún por sus propios enemigos (Lc 23,34). Para manifestar el sentido más profundo de su pedagogía como pedagogía del amor, Jesús mismo plasmó el hermoso *icono de la parábola del Buen Pastor*.

Entre los muchos títulos que Jesús recibe, y entre las muchas formas de cómo Él mismo se presenta, hay una que merece especial atención: *“Yo soy el Buen Pastor”* (Jn 10,11), que libera y sana, que busca a la oveja perdida y no descansa hasta encontrarla. Y, al encontrarla, se llena de gozo (cf. Lc 15,4-7). En Él la oveja herida, cansada y agobiada puede encontrar seguridad y descanso, como Él mismo lo prometió: *“Vengan a mí los que se sienten cargados y agobiados, porque yo los aliviare”* (Mt 11,28). Jesús es el Pastor que no tiene como preocupación exclusiva la dimensión espiritual del pueblo, sino que se preocupa por todas las dimensiones de la persona, incluso la dimensión política. Sin embargo, la figura del Pastor ya está presente en el Antiguo Testamento, designando también con este título a quienes tenían responsabilidad política y social, como los Reyes. El profeta Ezequiel nos ofrece un espléndido cuadro sobre los reyes pastores y sobre Dios, el verdadero Pastor de Israel (cf. Ez 34, 1-31). Denuncia que el rebaño anda disperso por el descuido de los malos pastores (v. 1-6); advierte que Yahvé les quitará el oficio de apacentar a las ovejas del rebaño (v. 7-10): que Dios será el inmediato pastor

de Israel (v. 11-16) y promete que suscitará un príncipe-pastor (v. 23-24), que los apacentará en la paz y la justicia. “*Viendo la multitud se compadeció porque estaban cansados y decaídos, como ovejas sin pastor*” (Mt 9,36). Jesús no se queda insensible ante la situación del pueblo. Él siente una profunda compasión, una preocupación que viene de lo más profundo de su ser. Viene de las entrañas, lugar donde están localizadas las emociones más íntimas y más intensas. Cuando los Evangelios hablan de la compasión de Jesús como siendo movido en sus entrañas, ellos expresan algo muy profundo y muy misterioso. La compasión que Jesús sentía era muy diferente de los sentimientos superficiales o pasajeros de pesar o de simpatía. Es una realidad que se refiere a las entrañas de Dios. Jesús tiene dolor en las entrañas. Sufre con la situación del pueblo. Se deja tocar por sus necesidades. Su práctica rompe con lo que es convencional. Él mira la vida a partir de los últimos y procura orientar sus discípulos a comprender que Dios quiere la vida en abundancia para todos. Jesús muestra que el compartir es la actitud fundamental para que la vida sea posible para todos (cf. Mc 6,30-44), que la conversión exige el establecimiento de la justicia en las relaciones entre las personas (cf. Lc 19,1-10), que el verdadero cumplimiento de la ley se establece en el compartir de los bienes con los pobres (cf. Mc 10,17-27). En la parábola del Lázaro y del rico (Lc 16,19-31), en el pasaje del juicio final (Mt 25,31-46), Jesús revela que la salvación escatológica depende de la actitud que las personas tienen en su vida en relación con los pobres. Jesús muestra que es profundamente humano, porque es plenamente divino. Con esta forma de actuar, los Evangelios nos señalan el camino a seguir, que es quitar de nuestro pecho el corazón de piedra y poner en él un corazón de carne, sensible como el de Jesús a los problemas de los hermanos y hermanas<sup>14</sup>.

La compasión y la misericordia, manifestaciones de la solidaridad del Dios, las expresó Jesús Buen Pastor liberando y sanando del pueblo todo mal, toda enfermedad y toda dolencia: de la enfermedad física (Lc 4,39-40; 5,13.15.25); del pecado (Lc 5.20.25); del

<sup>14</sup> Cf. FERRARO, Benedito, *Jesús, formador de adultos*. “Com adultos, catequese adulta”. Segunda Semana Brasileira de Catequese. Estudos da CNBB 84. Paulus. São Paulo, 2002.



demonio (Lc 4,33-37.41); de la incredulidad y del temor (Lc 5,5.10; 8,25); del apego a los bienes terrenos (Lc 5.11.28; 12,13-21); del fundamentalismo de la Ley (Lc 5,13); de esclavitudes legalistas (Lc 5.30-32.33-35.36-39); del desprecio por motivos raciales, políticos o de trabajo (Lc 5,27-28; 7,1-10); de la ignorancia religiosa (Lc 6,20-49); de la muerte (Lc 7,11-17; 8, 49-56); de la discriminación femenina (Lc 8,1-30); de la discriminación religiosa (Lc 7,1-10; 8,26-37); del exceso de preocupaciones (Lc 10, 41-42: 12,22-31); de la angustia por haber pecado (Lc 22,61-62)<sup>15</sup>. “*El tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades*” (Mt 8,16-17; Is 53,5)<sup>16</sup>.

Jesús, Buen Pastor, es modelo en el trato a las personas. Dedicó tiempo para atenderlas (Mt 14,14), aun cuando busca soledad (Lc 9,10s). Se aleja oportunamente de la multitud (Mt 8,18). Recibe al que se le acerca (Mt 17,14-18) o cuando va de camino (Mt 8,15) o está retirado de noche (Jn 3,1s). Atiende bien a familiares de amigos (Lc 4,38s), a personajes importantes (Mt 9,18), a mendigos (Mt 9,27-29), a extranjeros (Mt 8,5-13; 15,21-28), a niños (Mt 19,13-15), a marginados que otros acallan (Mt 20,29-34). Se alegra (Lc 10,21s) y da alegría (Jn 13,17, 15,11; 16,24; 17,13). Deja todo para atender una petición urgente (Mt 9,18s). Despide con calma a las personas (Mt 14,22s; 15,39).

### **c) La pedagogía de la praxis**

El proyecto pedagógico hacia el cual Jesús orienta la totalidad de su vida y centra todo su mensaje es *la irrupción y realización del Reino de Dios*. Todo lo que Jesús dice, vive y hace, tiene una intencionalidad absolutamente definida: la instauración aquí y ahora del Reinado de Dios. En el centro de su misión evangelizadora está su propia práctica, sus obras como signos históricos de vida y misericordia que liberan, que curan, que dignifican a las personas (cf. Lc 7,18-23; Mt 11,2-6)<sup>17</sup>. Jesús presenta, además, las obras que

<sup>15</sup> CARRILLO ALDAY, Salvador, *El Señor es mi Pastor. Cristología bíblico-pastoral*. Dabar, México, 1996. Citado por VALADEZ FUENTES, Salvador, *Espiritualidad Pastoral. ¿Cómo superar una pastoral sin alma?* Paulinas, Bogotá, 2005.

<sup>16</sup> Idem, p. 140.

<sup>17</sup> Cf. PERESSON, Mario L, op. cit. p. 237s.

realiza como el criterio fundamental de la verdad y autenticidad de su enseñanza: *“Estas obras que yo hago, prueban en mi favor que el Padre me ha enviado”* (Jn 5,36). La autoridad de Jesús se fundamenta en la plena coherencia entre lo que enseña y lo que hace, en la inseparable relación entre palabra-vida, palabra-testimonio, o en lo que de manera tan original Paulo Freire definió la Pedagogía de Jesús: como la “palavração”, la “palabra-acción”, porque en él su palabra era inseparable de la práctica. Su práctica era el punto de partida de su palabra y sus palabras eran la explicación de su práctica; por eso Jesús puede decir con toda autoridad: *Aprendan de mí*” (Mt 11,29), y puede afirmar que él mismo en persona es *“el Camino, la Verdad y la Vida”* (Jn 14,10).

Porque enseña lo que vive y hace, Jesús puede decir con toda razón: *“Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá luz y vida”* (Jn 8,12). La pedagogía de Jesús sólo tiene sentido en la perspectiva del horizonte histórico del Reino de Dios. Es un enseñar a vivir y buscar la vida abundante en la existencia histórica hacia el Reino definitivo. Las señales que realiza son una forma de comprometer a sus discípulos en la lucha contra todos los sufrimientos y males que afectan la humanidad: tanto físicos, como las enfermedades, como sociales, de exclusión y excomunión, como también psíquicos. Los discípulos, como testigos directos de las actitudes y del obrar de Jesús, se dan cuenta de cuánto sufrimiento y abandono, de cuánta exclusión y depravación existen en la sociedad, y son educados para adquirir, ante esta realidad, un corazón compasivo, una sensibilidad, una actitud de misericordia, y a responder mediante la acción liberadora a estas necesidades y sufrimientos. Para Jesús la práctica de la misericordia y el amor eficaz son el criterio definitivo y universal para entrar e formar parte del Proyecto salvífico de Dios (Mt 25,31-46; Lc 10,25-37)<sup>18</sup>.

El hecho que de forma maravillosa presenta la pedagogía de Jesús, su postura de Maestro, es su encuentro con la Samaritana (Jn 4,6-30). Los samaritanos eran duramente discriminados por los judíos, que se consideraban a sí mismos como los puros, fieles cumplidores

<sup>18</sup> Idem, op., cit. 237-244.



de la leyes, superiores a los demás, mientras que los samaritanos eran una mezcla de pueblos, culturas, creencias, por tanto, según el concepto judío, “impuros”. Los judíos no hablaban con los samaritanos, ni se imaginaba la posibilidad de que un judío, y menos todavía que un “Rabino”, hablara en público con una mujer samaritana. Jesús, reconocido como Maestro, llegando con sus discípulos al borde del pozo de Jacob, se encuentra con una mujer samaritana de mala fama; además de hablar con ella, lo que era inconcebible para la tradición judía, Jesús se hace necesitado ante ella, le pide agua para beber. A la propia mujer le extraña la actitud de Jesús: “¿Cómo tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?”. La postura de Jesús no es de superioridad, de imposición, de discriminación, ni de prejuicio, sino de humildad, de cercanía, de ternura, de misericordia. Esta postura abre un canal de diálogo, una actitud de acogida de parte de la mujer y, para Jesús, una posibilidad de proponer la novedad, de ofrecer el “agua viva” y hacer de ella, además de una discípula, una misionera.

#### 4. IGLESIA – Sacramento de Cristo y del Reino

“La Iglesia es un misterio, o sea, un sacramento. ‘Lugar total de los sacramentos cristianos’, ella misma es el gran sacramento que contiene y vivifica todos los otros. Ella es aquí en la tierra el sacramento de Jesucristo, como Jesucristo es para nosotros, en su humanidad, el sacramento de Dios” (H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*). El Concilio Vaticano II rescató tanto la imagen de “Jesucristo, Sacramento del Padre”, como de la “Iglesia, Sacramento de Cristo”<sup>19</sup>. “La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo género humano, ella se propone presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal”<sup>20</sup>. Con el Vaticano II se abren perspectivas nuevas sobre la naturaleza y la misión de la Iglesia. Ella no se presenta primeramente como una sociedad perfecta, sino como un misterio y un sacramento. A ejemplo de Cristo y de las

<sup>19</sup> Cf. LG 1, 8, 38, 48; SC 5-6; AG 1, 5; GS 12, 14, 36.

<sup>20</sup> LG 1.

primeras comunidades de fieles, ella toma el camino de la señal, de la parábola. Más que imponer, ella propone.

La Iglesia viene de Cristo y actúa en nombre de él; no existe por ella misma, sino que procede de Cristo crucificado y resucitado, de la sangre y del agua salidas del corazón traspasado (Jn 19,34-35), de la sangre de la eucaristía derramada por la multitud en remisión de los pecados y del agua del bautismo de donde renace la nueva humanidad. En ella se realiza la unión íntima entre los fieles y Dios por la oración, por los sacramentos y por la acción en favor de la vida. En ella se vive también la comunión fraterna instaurada por Jesucristo.

La Iglesia es sacramento del Reino: ella anticipa su realización y anuncia su venida. La imagen más usada en la Biblia para evocar la realidad nueva de la germinación del mundo de Dios en el mundo de los hombres, es de un Reino, es decir, un pueblo socialmente organizado y fraterno, viviendo en paz alrededor de un Rey justo y bueno. Este Reino es por excelencia la comunicación feliz entre todos: es el horizonte de felicidad para la humanidad. Es la esperanza tenaz que parece dilatarse a medida que avanza la historia, pero también resiste y renace sin cesar contra todos los fracasos y todas las regresiones. Del Reino nosotros sólo tenemos señales y trazos. Su presencia es una gestación lenta y paciente, de una promesa de cosecha cuando la semilla cae en la tierra, de una germinación subterránea anunciadora de nuevas primaveras que están para venir, de partos de una paz frágil siempre en curso de realización.

Durante varios siglos vivimos en la Iglesia un cierto reduccionismo sacramental, o sea, cuando se hablaba de los sacramentos, se tenía presente solo los siete sacramentos, y se había perdido de vista toda una existencia sacramental, de un Dios que se revela en sus criaturas, y sobre todo en su Hijo Jesucristo, en su Palabra y en su Iglesia. Es lo que el Papa Pablo VI en la Encíclica *Ecclesiam Suam* (1964) llama: “*El ofuscamiento de la sacramentalidad de la Iglesia*”. Este tema se deduce de la teología de la sacramentalidad: Cristo es el sacramento del Padre; la Iglesia es el sacramento de Cristo; nosotros somos los sacramentos de Cristo y de la Iglesia. Es decir, actuamos *in persona Christi et Ecclesiae*. Somos señales, signos, sacramentos de



Cristo<sup>21</sup>. Como sus discípulos misioneros, miembros de su cuerpo, movidos por el mismo Espíritu que lo movió a hacer solamente el bien, fieles a su palabra y a su ejemplo de amor, misericordia y compasión, configurados con Él, la humanidad debería reconocer en nosotros la presencia viva de Jesucristo, y llamarnos cristianos, no en razón de un recuerdo bautismal o del registro en los archivos parroquiales, sino a partir de nuestro modo de vivir (cf. Hch 11, 26; Jn 13,35). “Ustedes son una carta de Cristo redactada por ministerio nuestro y escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios” (2Co 3,3).

La imagen más sugestiva de la Iglesia como Sacramento de Cristo, es la que San Pablo nos presenta: “Ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno en particular es un miembro de él” (1Co 12,27). Y lo que es decisivo para la sacramentalidad de este cuerpo es la unidad entre sus miembros entre sí y con la cabeza del cuerpo, Jesucristo. La imagen de la vid y de las ramas (Jn 15,1-8), la súplica hecha al Padre por Jesucristo en el momento más dramático de su vida, para que “*que todos sean uno...*” (Jn 17,21-26), son expresiones de la sacramentalidad de la Iglesia en su máxima densidad. “Del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros, aun siendo muchos, forman un solo cuerpo, así también Cristo. Todos nosotros, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres, hemos sido bautizados en un mismo espíritu, para formar un único cuerpo. Y a todos se nos ha dado a beber del único Espíritu”<sup>22</sup>.

Pero, este cuerpo no puede ser un cuerpo deformado, desordenado, sin identidad ni coordinación. El coordinador es el Espíritu Santo, que lo reviste de dones. “Hay diferentes dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo; hay diversos ministerios, pero el Señor es el mismo; hay diversidad de obras, pero es el mismo Dios quien obra todo en todos” (1Co 12,4-6). A partir de Pentecostés, la Iglesia experimenta de inmediato fecundas irrupciones del Espíritu, vitalidad divina que se expresa en diversos dones y carismas y variados oficios que edifican la Iglesia y sirven a la evangelización (DA 150).

<sup>21</sup> Cf. MELGUIZOYEPES, Guillermo, *La Conversión pastoral en el Magisterio*. In. Revista Medellín, vol. XXXIV – nº 134 / Junio 2008, p. 235.

<sup>22</sup> 1Co 12,12-13; Rm 12,4-7

La diversidad de carismas, ministerios y servicios, abre el horizonte para el ejercicio cotidiano de comunión, a través de la cual los dones del Espíritu son puestos a disposición de los demás para que circule la caridad (DA 162).

En el contexto actual, es de vital importancia la docilidad al Espíritu, considerar y valorar todos sus dones, pero hay que tener en cuenta que el primer don, según San Pablo, es el don del “apostolado” (1Co 12,28). Cuando Pablo habla de los apóstoles no se refiere a los Doce, sino a aquellos discípulos que, como él, se hicieron misioneros porque fueron enviados por el Espíritu Santo. Es importante señalar que el don del gobierno, que muchas veces es lo que más ocupa a los obispos, párrocos, los agentes de pastoral, viene en séptimo lugar. En segundo lugar aparecen los profetas, que son considerados con mucha insistencia (1Co 14). Pero, la fuerza y el sentido último de todos los dones está en el don mayor: el Amor (1Co 13,1-13; 14,1). Los dones del Espíritu están esparcidos y de repente aparecen de modo imprevisto. Nadie preparó ni formó a Pablo como misionero. Él recibió un don del Espíritu Santo y mostró un camino verdadero y seguro para el pueblo de los discípulos que pudo reunir<sup>23</sup>. Nadie planeó el nacimiento y la vida de San Francisco, él simplemente se instaló en medio del pueblo y fue misionero itinerante, siempre en búsqueda del pueblo, dócil a la voz del Espíritu y solícito al clamor de los pobres. Una Iglesia rígidamente estructurada puede perder vigor y dinamismo, así como la libertad de la acción del Espíritu, de su fuerza creadora y renovadora. Por eso, además de abandonar las estructuras caducas que no favorecen la transmisión de la fe (DA 365), se exige un abandono de la concepción monárquica piramidal del ejercicio de la autoridad y cultivar el espíritu de colegialidad comunitaria.

El amor a Dios y al prójimo nos da la identidad cristiana, es la garantía de la veracidad de nuestra fe y es el indicativo sacramental de la Iglesia. Estas exigencias nos interpelan a vivir como Iglesia samaritana (cf. Lc 10,25-37), recordando que “la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica libera-

<sup>23</sup> Cf. COMBLIN, José, *El proyecto de Aparecida*. In Revista Spiritus, Año 48/4, n° 189, Diciembre de 2007. Quito, Ecuador. p. 114.



ción cristiana”<sup>24</sup>. La respuesta al llamado de Cristo exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano (cf. Lc 10,29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos, siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (cf. Lc 5,29-32), que acoge a los pequeños y a los niños (cf. Mc 10,13-16), que sana a los leprosos (cf. Mc 1,40-45), que perdona y libera a la mujer pecadora (cf. Lc 7,36-49; Jn 8,1-11), que habla con la Samaritana (cf. Jn 4,1-26). Al legista que le pregunta qué tiene que hacer para obtener la vida eterna, Jesús le propone como ejemplo de la vivencia del mandamiento del amor, la actitud del Samaritano, quien, a diferencia del sacerdote y del levita que pasaron de largo ante el hombre que había caído en manos de los bandidos y yacía botado al borde del camino, llegó junto a él (1), y al verle tuvo compasión (2), se acercó (3), vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino (4), lo montó sobre su propia cabalgadura (5), le llevó a una posada, y cuidó de él (6), y sacando dos denarios se los dio al posadero (7). Son 7 acciones que expresan la plenitud y radicalidad del cumplimiento del mandamiento del amor (Lc 10,25-37). La medida del amor es la medida de la gratuidad, la donación y el servicio<sup>25</sup>. Pero no siempre somos señales claras, nítidas, transparentes, y contribuimos al “*ofuscamiento*”, al trastorno, al oscurecimiento de la sacramentalidad de la Iglesia, no hay otra respuesta que la *conversión pastoral y personal*<sup>26</sup>.

## 5. Conversión personal, comunitaria y pastoral

San Pablo pide a los romanos que “*no sigan la corriente del mundo en que vivimos, más bien transfórmense por la renovación de su mente. Así sabrán ver cual es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto*” (Rm 12,2). Una conversión comunitaria y pastoral exige antes una conversión personal, un cambio de mentalidad, un cambio de vida. La conversión personal puede empezar a partir de distintos factores, pero lo más común es el descubrimiento de Dios, de su amor, de su ternura, de su cercanía,

<sup>24</sup> DI 3, DA 26

<sup>25</sup> PERESSON, Mario I., op. cit. p. 230.

<sup>26</sup> Cf. MELGUIZO Y., op. cit., p. 235.



de su infinita misericordia, a través de la escucha de su Palabra liberadora. He aquí la importancia de la acción misionera. En la Sagrada Escritura y en la historia encontramos muchos ejemplos de procesos de conversión, pues la conversión es un proceso constante. Un sábado, en el pueblo de Cafarnaúm, Jesús entró en una casa de oración, y entre las personas encontró a un hombre que estaba en poder de un espíritu malo (cf. Mc 8,33); Jesús expulsó dicho espíritu, pero no de forma mágica (milagrera), sino con una enseñanza nueva, un anuncio diferente, hecho con autoridad (cf. Mc 1,21-27). La mentalidad corrompida fue desplazada, substituida en la mente y en el corazón del hombre por el proyecto liberador de Dios. Para que haya conversión, es necesario permitir que Jesús, a través del anuncio y el testimonio de la Iglesia, sacramento de Cristo, expulse de nuestra mente y de nuestro corazón, la mentalidad corrompida y diabólica (Rm 12,2), que se expresa por una alienación, conformismo y pasividad con la situación, relativismo, subjetivismo y el falso concepto de libertad, individualismo, consumismo, materialismo, absolutismo, mezquindad... Es preciso permitir que Dios derrame sobre nosotros el agua purificadora, nos dé un corazón nuevo y ponga dentro de nosotros un espíritu nuevo; es preciso permitir que Él quite del cuerpo el corazón de piedra y ponga un corazón de carne... (Ez 11,19; 36,25-26).

Hay quienes nos acusan de realizar una pastoral desencarnada, desequilibrada, desorganizada, individualista, empírica (sin reflexión teológica), utilitaria e inmediateista, rígida y uniforme, centralista (poco participativa, marcadamente clericalista), desenfocada (no centrada, no esencial), fragmentaria (no integradora), improvisada, discontinua (de sucesos, no desata procesos), dispersa (no centrada en prioridades), de conservación (no misionera), sacramentalista, alienante (no libertadora), repetitiva (no creativa), cuantitativa (importa más la cantidad que la calidad), no contextualizada, anacrónica (no actualizada), activista, afincada en el dogma (mas que en la Palabra de Dios), poco eficaz (no transformadora de las personas y estructuras), moralista (no misericordiosa), etc. ¿Tienen razón?<sup>27</sup>. De hecho, constatamos en el escenario actual de la Iglesia una acción pastoral ineficaz y agotadora, en razón de un cierto activismo, cuyos síntomas

<sup>27</sup> Cf. VALADEZ FUENTES, Salvador, op. cit. p. 96.



más claros son el cansancio que agobia, la ansiedad, las frustraciones, el aburrimiento, el desaliento, que produce lo que en la área de la psicología se llama el síndrome del “buen Samaritano” desilusionado, desencantando que, en no pocos casos, lleva a la desertión. Constatamos una débil vivencia de la opción preferencial por los pobres, un escaso acompañamiento dado a los fieles laicos en sus tareas de servicio a la sociedad. Percibimos una evangelización con poco ardor y sin nuevos métodos y expresiones, un énfasis en el ritualismo sin el conveniente itinerario formativo, descuidando otras tareas pastorales. Algunos movimientos eclesiales no siempre se integran adecuadamente en la pastoral parroquial y diocesana; a su vez, algunas estructuras eclesiales no son suficientemente abiertas para acogerlos. Percibimos no pocas caídas secularizantes en la vida consagrada, y numerosas personas pierden el sentido trascendente de sus vidas y abandonan las prácticas religiosas... (DA 100). Todo eso puede ser definido con palabras del P. Salvador Valadez como “una pastoral ‘sin alma’”. Es decir, carente de una adecuada reflexión que dé sustento teológico y orientación evangélica a lo que se realiza y, sobre todo, vacía de una *mística*, vida interior, que le inyecte vida y dinamismo. Además, se constata en muchas circunstancias la incoherencia entre fe y vida, un divorcio ente la praxis y la propia experiencia de fe<sup>28</sup>.

Ante estas situaciones constatamos y “lamentamos, algunos intentos de volver a un cierto tipo de eclesiología y espiritualidad contrarias a la renovación del Concilio Vaticano II” (DA 100). La Conferencia de Aparecida, movida por el Espíritu renovador, creativo y transformador, los lanza hacia adelante, reafirma, asume y radicaliza la opción preferencial por los pobres, asume la herencia de los mártires de la fe y de las causas sociales, denominándolos nuestros santos aún no canonizados (DA 98). Es a partir del contacto con el mundo como la Iglesia se rehace, se modifica, se convierte y aprende, y no en la “fuga mundi” entendida como una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas sociales. Al contrario, una espiritualidad y mística de conversión lleva al discípulo misionero al corazón del mundo y lo vuelve comprometido con los reclamos de la realidad.

<sup>28</sup> Cf. Idem. p. 26 y 28

La conversión pastoral pide y se expresa, sobre todo, por la osadía y el coraje “de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe” (DA365), y de “ser testigos del derrumbamiento de muchas estructuras que hacían de la Iglesia una institución imponente, y presentimos que ese cuerpo inmenso solamente recobrará vida por el florecimiento y la multiplicación de comunidades cristianas auténticas”, animadas y conducidas por Agentes-pastores, discípulos misioneros, con una sólida Espiritualidad Pastoral, impregnada por el dinamismo del Espíritu Santo y generadora de “vida divina”<sup>29</sup>. El proceso de conversión pastoral es movido por una espiritualidad o mística, que constituye el “alma de la pastoral”, el motor que impulsa y dinamiza todo el ministerio eclesial. Es el conjunto de convicciones de fe (lo que se cree), motivaciones (lo que se espera), opciones (lo que se quiere), actitudes (lo que se vive) y valores que animan a todo Agente de pastoral (discípulo misionero) en el desempeño de su trabajo y lo capacitan para vivirlo como experiencia de Dios y llevarlo a cabo “en el Espíritu de Jesús Buen Pastor”<sup>30</sup>. Todo Agente de Pastoral que quiera ser verdadero evangelizador ha de ser: fiel testigo/a de Cristo; lleno del Espíritu Santo; Amigo/a de Dios (orante) y amigo de todos los hombres y mujeres (signo y instrumento de comunión), que transmita el Evangelio con parresia: libertad de espíritu, valentía, confianza, alegría y entusiasmo incontenible. Esperamos un nuevo Pentecostés que renueve nuestra esperanza y alegría que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios.

## 6. Vida Eucarística

“¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y El Caribe para que, además de ser el continente de la esperanza, sea también el continente del Amor!”<sup>31</sup>. La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este Sacramento Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un

<sup>29</sup> Idem. p. 61.

<sup>30</sup> Idem. p. 24.

<sup>31</sup> DI 4 y DA 128.



estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo que la existencia cristiana adquiriera verdaderamente una forma eucarística. La Eucaristía, fuente inagotable de la vocación cristiana es al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero (DA 251). Cada gran reforma en la Iglesia está vinculada al redescubrimiento de la fe en la Eucaristía<sup>32</sup>. Casi durante mil años vivimos en la Iglesia un cierto empobrecimiento en cuanto a la comprensión y vivencia eucarística. El alejamiento de la fuente, la Palabra de Dios, el olvido de los santos Padres de la Iglesia y sus preciosas catequesis y sabios sermones, han reducido la Eucaristía a un mero “objeto de adoración”, y el rigorismo moral legalista, la “pecado manía” (vivir en función del pecado y no de la misericordia divina) ha hecho de la Eucaristía un “premio para los puros”, y no el alimento de los pecadores.

El término Eucaristía procede de la conjunción de dos palabras: “*eulogein*” (del griego), que significa alabar, enaltecer, expresando más el aspecto de la persona, el bien-decir, el atribuir el bien a quien lo ha hecho; y “*Eucharistein*” (del latín), que significa agradecer, dar gracias, acentúa más los dones, la *charis* recibida. En síntesis, Eucaristía es dar gracias a Dios por todos los dones recibidos. La “Cena del Señor”, o la Eucaristía, es “fuente y culmen de toda la vida cristiana” (LG 11), es el “sacramento del amor, señal de unidad, vínculo de la caridad, banquete pascual en que Cristo es recibido como alimento, el espíritu es lleno de gracia y a nosotros es dado la garantía de la gloria futura” (PO 5). “Sin embargo, ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la santísima Eucaristía” (PO 6).

La cuestión es: ¿Qué sacrificio eucarístico agrada a Dios? ¿Qué tipo de eucaristía puede transformar el Continente de la Esperanza en el Continente del Amor? La cuestión tiene sentido y razón de ser, pues en la Sagrada Escritura, ya en el Antiguo Testamento, encontramos muchos reproches y condenaciones a ciertos tipos de celebraciones de acción de gracias: (Is 1,10-17; 29,13-14; Jr 7,1-10; Am 5,21-24; Sir 34,18-22). En el Nuevo Testamento el propio Jesucristo reprueba

<sup>32</sup> Cf. SC 6.

ciertos tipos de sacrificios: *“No es el que me dice: ¡Señor! ¡Señor!, el que entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre del Cielo”* (Mt 7,21); Los fariseos excluyen a los pecadores e impuros de sus mesas y de sus celebraciones de acción de gracias. Ellos reprochan a Jesús por qué come con los publicanos y pecadores. Y Él les contesta: *“Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos. Aprendan lo que significa esta palabra de Dios: Yo no les pido ofrendas, sino que tengan compasión. Pues no vine llamar a hombres perfectos sino a pecadores”* (Mt 9, 10- 13); Ante la incoherencia e hipocresía de los fariseos y doctores de la ley Jesús recuerda y hace suyas las palabras del profeta Isaías: *“Este pueblo me honra con la boca, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me rinden no sirve de nada, y sus enseñanzas no son más que mandatos de hombres”* (Mt 15,7-9).

Uno de los reproches más duros lo encontramos en la carta de San Pablo a los Corintios. Ante el egoísmo, discriminación, división, acumulación de bienes, incapacidad de compartir con los más pobres, San Pablo advierte a los cristianos de Corinto: “su reunión ya no es la Cena del Señor, pues cada uno se adelanta a tomar su propia comida y, mientras uno pasa hambre, otro se embriaga. ¿No tienen ustedes casa para comer y beber? ¿O es que desprecian a la Iglesia de Dios y quieren avergonzar a los que no tienen? ¿Qué les diré? ¿Los aprobaré? En esto no”. Así, el que no sabe compartir, el que no vive la comunión eclesial, el que no comulga el “Cristo total”, es decir la cabeza y los miembros, que son las hermanas y los hermanos, de una manera particular los más pobres (cf. DA 65), come y bebe la copa del Señor indignamente y peca contra el cuerpo y la sangre del Señor... come y bebe su propia condenación al no reconocer el cuerpo (cf. 1Cor 11,17-34). Por tanto, la Eucaristía, el sacrificio, la acción de gracias que agrada al Señor, que puede hacer del Continente de la Esperanza el Continente del Amor, es la alabanza sincera a Dios, fruto de labios que celebran su Nombre. Pero es, sobre todo, la generosidad y la capacidad de servir, de donarse, de compartir con los demás, de manera particular con los más pobres de nuestra sociedad (cf. Heb 13, 15-16).

Jesús instituyó la Eucaristía durante la celebración de la Pascua. Encontramos en la Biblia cuatro relatos: 1Cor 11,23-25; Lc 22,15-20;



Mc 14,22-24; Mt 26,26-28, que son en su esencia concordes entre sí. Cuando Jesús tomó el pan y la copa de vino dirigió su oración de acción de gracias a Dios y dijo “tomen y beban, esto es mi cuerpo, esta es mi sangre”, expresa lo que fue su vida, una donación total por la vida de la humanidad. Esta es la perfecta acción de gracias, la perfecta Eucaristía. Juan, por su parte, omite la narración de la institución de la Eucaristía, y no lo hace por acaso. En el lugar del relato de la institución de la Eucaristía, él nos presenta la narración del lavatorio de los pies (Jn 13,1-17). De esta forma, él coloca en evidencia la relación entre Eucaristía y servicio a los hermanos. Substituyendo el relato de la acción litúrgica de la eucaristía, por la acción afectiva del servicio, Juan substituye el sacramento por la realidad que éste significa, a saber, el servicio de la caridad fraterna. El gesto de lavar los pies es una especie de explicación o de un comentario simbólico del sentido más profundo de la eucaristía. Lo que es todavía, más significativo es que Juan concluye el relato del lavatorio de los pies con esta orden dada por Jesús: *“Les he dado un ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes”* (Jn 13,15), que hace eco al mandamiento eucarístico: *“Hagan esto en conmemoración mía”* (Lc 22,19). Es igualmente instructivo el hecho que Juan termina este capítulo particular de su Evangelio, recordando el gran mandamiento en el contexto de esta acción dramática y simbólica que es el lavatorio de los pies: *“Les doy este mandamiento nuevo: que se amen unos a otros. Ustedes se amarán unos a otros, como yo los he amado. Así reconocerán todos que ustedes son mis discípulos: si se tienen amor unos a otros”* (Jn 13,34-35).

La pedagogía de Jesús no es meramente teórica, abstracta, ritual, es sobre todo el servicio y el donarse sin reservas (cf. Mt 20,28) por la vida en abundancia para todos (cf. Jn 10,10). Por tanto, es el vivir eucarísticamente, o sea, hacer del servicio gratuito, generoso, solidario a favor de la vida, la acción de gracias a Dios, que contribuye con la transformación de nuestro continente en el Continente del Amor.

### Conclusión

El proyecto de la Misión Continental propuesto por la Conferencia de Aparecida es ambicioso, pues poner a toda la Iglesia Latinoamericana y Caribeña en estado de misión es una tarea gigan-

tesca y exige una inversión del sistema eclesiástico, pues todo debe orientarse hacia la misión<sup>33</sup>. Solamente una auténtica conversión a nivel personal, comunitario y pastoral, un cambio de mentalidad y comportamiento, movida por el Espíritu Santo, pueden tornar exitosa esta iniciativa de la Iglesia. El camino más seguro es volver a las fuentes del cristianismo, a Jesucristo, su enseñanza, su manera de ser, de vivir, de relacionarse con el Padre, con las personas, su actuar, asumir su pedagogía; recuperar las preciosas catequesis e instructivos sermones de los santos padres y santas madres de la Iglesia; tomar como modelos e inspiración a los grandes santos y santas, mártires, testigos de la fe. Podríamos citar una lista interminable de nombres de misioneros y misioneras inspiradores para nuestro discipulado misionero, pero bástenos señalar a tres de nuestros tiempos, además de San Pablo, San Juan Crisóstomo, San Francisco de Asís, que para mi personalmente, y con certeza para muchos, son inspiración y modelo de discípulos misioneros: Dom Helder Câmara, Mons. Oscar Romero y Madre Teresa de Calcuta. Dom Helder Câmara, modelo de obispo para el siglo XXI, fue un misionero, hombre de contacto personal, capaz de atraer y de transformar a las personas con las cuales entraba en comunicación, de modo que ellas sentían la necesidad de cambiar de vida. Un hombre de intensa vida de oración, dócil al Espíritu Santo, de un amor sin medida por la Iglesia, un hombre de una profunda sensibilidad y compasión para con los pobres, él se hizo pobre con y por los pobres. Su coraje y perspicacia profética imponía respeto y sus palabras, expresión de su vida, calaban profundamente en el corazón de quien tenía la gracia de escucharlo. Cuando ayudaba y defendía a los pobres era llamado santo, cuando denunciaba las causas de la pobreza, sus oponente lo llamaban comunista u “obispo rojo”. Pero él seguía haciendo resonar su voz en todos los “areópagos” del mundo. Mons. Oscar Romero, como obispo de El Salvador, vivió en un contexto de durísima opresión, violencia, persecución, tortura, de confusiones y contradicciones políticas y religiosas, se manifiesta su amor radical a Jesucristo presente en los pobres y oprimidos, su coraje profético haciéndose la voz de los sin voz. Las constantes amenazas de muerte lo fortalecían más y le daban la convicción de estar

<sup>33</sup> Cf. COMBLIN, José, op. cit. p.189



cumpliendo con su misión de luchar por la libertad y la vida de su pueblo. Decía: “si me mataren yo resucitaré en la vida de mi pueblo”. El día 24 de marzo de 1980, cuando estaba celebrando la Eucaristía fue violentamente martirizado por personas que no toleraban su manera de “servir”. Él se hizo, voluntariamente o no, la perfecta unión de dos tipos de memorias: la cultural, durante la cual, él proclamaba sin cesar las exigencias del Evangelio; la memoria existencial, por la cual él no temía la muerte, donación plena su vida como servicio fraternal. La Madre Teresa de Calcuta es la mujer que, tal vez en los últimos tiempos, mejor comprendió y encarnó de una forma radical y valiente la imagen de una Iglesia Samaritana que el Documento de Aparecida nos propone insistentemente: “Iluminados por Cristo, el sufrimiento, la injusticia y la cruz nos interpelan a vivir como Iglesia Samaritana (cf. Lc 10,25-37), recordando que la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana”(DA 26).

Estos son algunos de los muchos de “nuestros santos y santas, y de quienes, aún sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo” (DA 98).



## El gran reto de la misión continental “Promover y formar discípulos y misioneros”

Mons. Víctor Sánchez Espinosa\*

### Sumario

Teniendo como telón de fondo la pregunta ¿cuál es el gran reto de la Misión Continental?, Mons. Sánchez, con palabras del mismo documento conclusivo sugiere una respuesta: “*promover y formar discípulos y misioneros*” (DA 14). Y, a partir de ahí, señala tres presupuestos básicos para llevar a cabo dicho Misión: La experiencia de Dios como punto de partida y de llegada de la misión evangelizadora de la Iglesia; la centralidad de Cristo y su proyecto del Reino; y la primacía de la Palabra de Dios. Al mismo tiempo advierte sobre el gran desafío de la conversión pastoral de la Iglesia, la cual implica, entre otras cosas, una renovación personal y comunitaria, un cambio de paradigmas, una renovación

439

medellín 135 / Septiembre (2008)

\* Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México. Actual Secretario General del CELAM.  
general@celam.org



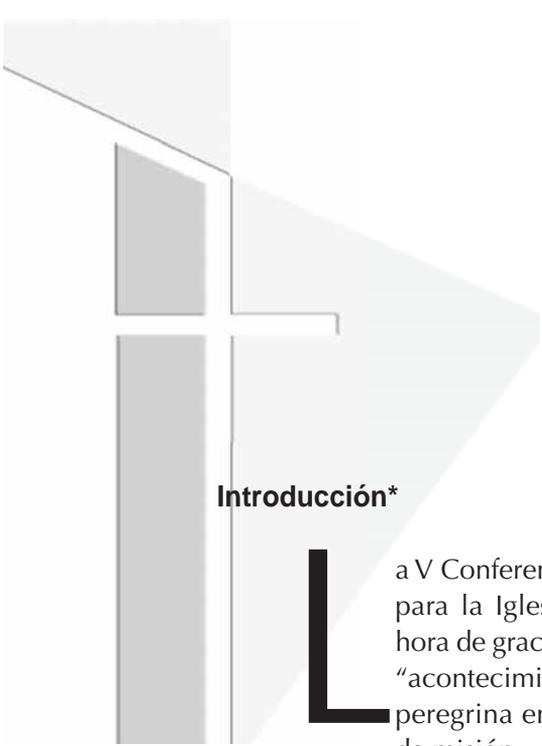
de estructuras, métodos y lenguajes y la creación de un nuevo modelo de Iglesia.

**Palabras clave:** Misión Continental, Conversión pastoral, Experiencia de Dios, Cambio de estructuras.

**Sumário:**

Tendo como pano de fundo a pergunta: qual é o grande desafio da Missão Continental?, Dom Sanchez, com palavras do mesmo documento conclusivo, sugere uma resposta: “*promover e formar discípulos e missionários*” (DA 14). E, a partir daí, indica três pressupostos básicos para realizar esta missão: A experiência de Deus como ponto de partida e de chegada da missão evangelizadora da Igreja; a centralidade de Cristo e seu projeto do Reino; e a primazia da Palavra de Deus. Ao mesmo tempo adverte sobre o grande desafio da conversão pastoral da Igreja, o qual implica, entre outras coisas, uma renovação pessoal e comunitária, uma mudança de paradigmas, uma mudança das estruturas, métodos e linguagens e a criação de um novo modelo de Igreja.

**Palavras chave:** Missão Continental, Conversão pastoral, Experiência de Deus, Mudança de estruturas.



## Introducción\*

**L**a V Conferencia Episcopal Latinoamericana<sup>1</sup> significa para la Iglesia de América Latina y el Caribe “una hora de gracia”, un “nuevo Pentecostés”, un auténtico “acontecimiento salvífico” que ha puesto a la Iglesia, peregrina en estas tierras, en un estado permanente de misión:

*Al terminar la Conferencia de Aparecida, en el vigor del Espíritu Santo, convocamos a todos nuestros hermanos y hermanas, para que, unidos, con entusiasmo realicemos la Gran Misión Continental. Será un nuevo Pentecostés que nos impulse a ir, de manera especial, en búsqueda de los católicos alejados y de los que poco o nada conocen a Jesucristo, para que formemos con alegría la comunidad de amor de nuestro Padre Dios. Misión que debe llegar a todos, ser permanente y profunda<sup>2</sup>.*

Pero cabe preguntarse: ¿Para qué esta misión? ¿Se trata de una reacción desesperada de la Iglesia ante el “éxodo” de católicos hacia los nuevos grupos y movimientos religiosos emergentes? ¿O será acaso un embate proselitista, en aras de ganar adeptos para la Iglesia?

---

Este artículo ya ha sido publicado en el libro *Aparecida 2007-Luces para América Latina*, Edritrice Vaticana 2008, publicado por la Pontificia Comisión para América Latina, con motivo del 50 aniversario de su fundación. También se publicó en el Boletín del CELAM del mes de junio de 2008. No obstante, hemos querido publicarlo aquí con el fin de que este valioso aporte de Mons. Víctor Sánchez pueda llegar también a todos los lectores de Medellín que no tienen acceso a las fuentes antes citadas.

<sup>1</sup> Celebrada del 13 al 31 de mayo de 2008, en Aparecida, Brasil.

<sup>2</sup> Cf. Celam, Documento Conclusivo autorizado de la Conferencia, CELAM / Paulinas, Bogotá 2007, n. 547. En adelante lo citaremos en el mismo cuerpo del texto con la sigla DA.



Concebir así la misión sería distorsionar su naturaleza más profunda, aunque no se descarta la tentación de entenderla de esa manera. ¿Cuál es entonces el gran *desafío*<sup>3</sup> de la Misión Continental? El Documento Conclusivo lo señala de manera clara y contundente:

*Aquí está el reto [desafío] fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo [...]. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos (DA 14)<sup>4</sup>.*

Así pues, la Misión Continental constituye, en sí misma, un desafío de la Iglesia hacia el mundo, pero es también un desafío para la Iglesia, pues le exige revisar el modo de entenderse, así como su modo de ser, de pensar y de actuar. Más aún, la obliga a redefinir su identidad, a reubicarse ante la realidad concreta y a reorientar su misión. Esto significa que la Misión Continental, antes que un programa de acción pastoral por parte de la Iglesia, es un llamado de Dios a la Iglesia a que recupere su identidad de Discípula Misionera de Jesucristo. Hacer vida este llamado divino le plantea el gran desafío de entrar en un proceso radical de Conversión Pastoral<sup>5</sup>. Dicha conversión no

<sup>3</sup> Considerado desde el punto de vista humano, el desafío es una provocación, duelo, confrontación o cuestionamiento, que invita a la lucha, al debate; es una realidad que nos exige revisar y, a veces, modificar nuestro modo de ser, de pensar y de actuar; es algo que nos obliga a tomar decisiones inaplazables y a dar respuestas inmediatas, así como a redefinirnos en nuestra identidad más profunda y a reubicarnos ante la realidad concreta que estamos viviendo. Los hay de diversa índole, todos con un denominador común: son realidades o situaciones que afectan los centros vitales de los individuos y comunidades, su identidad y el sentido más profundo de su existencia. Cf. F. Merlos, Pastoral en crecimiento, Palabra Ediciones, México 2002, p. 128-131; Cf. Id., Pastoral del futuro, Palabra Ediciones, México 2001, p. 19-22. Los desafíos encierran “una fuerte carga de provocación y de cuestionamiento”, que exige poner en juego los mejores talentos y recursos “para dar respuestas inaplazables, revisar actitudes y reformular proyectos”. F. Merlos, Pastoral en crecimiento, o.c., p. 128.

<sup>4</sup> Cf. EN 1.

<sup>5</sup> Sobre el tema “*Conversión pastoral*” puede verse: Valadez Fuentes Salvador, *Espiritualidad Pastoral ¿Cómo superar una pastoral “sin alma”?*, Paulinas, Bogotá 2005, p. 112-126.

solo es una exigencia, sino una condición sin la cual no será posible llevar a cabo con eficacia la Misión Continental. Ya en la Conferencia de Santo Domingo se había señalado esto al afirmar que:

*La Nueva Evangelización exige la conversión pastoral de la Iglesia. Tal conversión debe ser coherente con el Concilio. Lo toca todo y a todos: en la conciencia y en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y de autoridad; con estructuras y dinamismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, en cuanto signo eficaz, sacramento de salvación universal (SD, 30).*

En el Documento de Aparecida este tema aparece en diferentes lugares, si bien es abordado principalmente en el capítulo séptimo<sup>6</sup>. Se afirma que “todas las auténticas transformaciones se fraguan y forjan en el corazón de las personas”. De manera que no podrá haber “nuevas estructuras si no hay hombres nuevos y mujeres nuevas que movilicen y hagan converger en los pueblos ideales y poderosas energías morales y religiosas”. La Iglesia dará respuesta a la exigencia del cambio de estructuras “formando discípulos y misioneros” (DA 538).

Con lo antes dicho, es fácil deducir que la conversión pastoral de la Iglesia es una realidad compleja en la cual subyacen otros muchos desafíos que deben ser afrontados de manera inaplazable. Esta es nuestra hipótesis: El mayor desafío de la Misión Continental es promover y formar discípulos misioneros de Jesucristo. Pero este desafío implica otro de fundamental importancia: la conversión pastoral de la Iglesia, conversión que, a su vez, encierra otra gran variedad de desafíos, los cuales deben ser afrontados con inteligencia creativa, bajo pena de convertir la Misión Continental en un discurso demagógico, en un idealismo ingenuo, en un proyecto estéril. ¿Cuáles son esos desafíos? Nos referiremos sólo a algunos, que consideramos esenciales y que, tomados en su conjunto, constituyen el núcleo básico de la “espiritualidad para la acción misionera”, de la cual habla el Documento

<sup>6</sup> “Conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades” (DA 365-372).



Conclusivo<sup>7</sup>: “Es necesario formar a los discípulos en una espiritualidad de la acción misionera, que se basa en la docilidad al impulso del Espíritu [...]. El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, aprende a expresarlo en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana” (DA 284).

## I. Tres presupuestos básicos para la misión continental

### 1. **La experiencia de Dios: punto de partida y de llegada de la misión evangelizadora de la Iglesia<sup>8</sup>**

*Ante una labor pastoral, a menudo pragmática y carente de vida, la Iglesia tiene el desafío de entender y vivir su labor pastoral-misionera como una experiencia de Dios.*

La Experiencia de Dios constituye el fundamento último del ministerio pastoral y de la espiritualidad que lo sustenta. En consecuencia, dicho ministerio sólo será auténtico si tiene su fuente en la experiencia de Dios, se vive como experiencia de Dios y está orientado a fomentar dicha experiencia, tanto en la Iglesia –sujeto de la acción pastoral– como en los diversos interlocutores. Dicha experiencia implica la aceptación vital de Jesucristo y la apertura a la acción del Espíritu Santo, pues en la tarea evangelizadora, lo más importante no es transmitir una doctrina, sino dar un testimonio, nacido de la experiencia.

Es necesario entender que el ministerio pastoral de la Iglesia, por su misma naturaleza, es una experiencia de Dios Trinidad<sup>9</sup> y también una experiencia de la vida teológica. Es experiencia de Dios Trinidad en cuanto que en ella se experimenta al Padre, que es quien nos llama

<sup>7</sup> Al hablar de “espiritualidad de la acción misionera” nos referimos al conjunto de convicciones de fe, motivaciones profundas, opciones fundamentales, actitudes, valores y comportamientos que deben vivir los Discípulos y Misioneros de Jesús, para llevar a cabo la Misión Continental.

<sup>8</sup> Cf. Valadez Salvador, *Espiritualidad Pastoral*, o. c., p. 33-38.

<sup>9</sup> “La evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria”(DA 157); “La Iglesia ‘atrae’ cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó (cf. Rm 12, 4-13; Jn 13, 34)” (DA 159).

a colaborar en la obra de salvación; se experimenta al Hijo, cuya presencia y praxis actualizamos con nuestra acción pastoral-misionera; y se experimenta al Espíritu Santo, bajo cuyo impulso actuamos. Pero es también una experiencia de la vida teologal en cuanto que la acción misionera de la Iglesia, para ser auténtica, necesariamente debe estar cimentado en la fe, orientada por la esperanza y consumado en el amor (caridad pastoral)<sup>10</sup>.

La experiencia de Dios es señalada en el Documento Conclusivo de Aparecida como el eje fundamental de la misión de la Iglesia y de todo discípulo y discípula de Jesús: “sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano”. Por tanto, “si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad”<sup>11</sup>. Pero también se reconoce que en la realidad concreta el discípulo puede hacer “la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo”, madurar su vocación cristiana y descubrir la riqueza y la gracia de ser misionero (cf. DA 167).

La experiencia de Dios tiene dos lugares fundamentales: la persona de Jesús, a quien escuchamos en su palabra, contemplamos en la oración y recibimos en los sacramentos<sup>12</sup>; y el prójimo, “sacramento” vivo de Cristo, cuyo servicio por amor es un camino para amar y servir al mismo Cristo (cf. Mt 25,40)<sup>13</sup>.

Jesucristo es el camino para la experiencia de Dios: Él “es el camino que nos permite descubrir la verdad y lograr la plena realización de nuestra vida!”<sup>14</sup>. Por tanto, “ser discípulos y misioneros de Jesucristo y buscar la vida ‘en Él’ supone estar profundamente

<sup>10</sup> Cf. Valadez Salvador, *Espiritualidad Pastoral*, o.c., 33-38.

<sup>11</sup> *Discurso Inaugural*; cf. DA 7-8.

<sup>12</sup> Cf. *Lugares del Encuentro con Cristo* (DA 246-257).

<sup>13</sup> Sobre este punto decía san Juan Crisóstomo: “Tú que honras el altar sobre el que se posa el cuerpo de Cristo, ultrajas y desprecias después en su indignancia al que es el mismo cuerpo de Cristo. Este altar lo puedes encontrar por todas partes, en todas las calles, en todas las plazas, y puedes en todo momento ofrecer sobre el mismo un verdadero sacrificio. Lo mismo que el sacerdote, de pie ante el altar, invoca al Espíritu Santo, así tu también inclinado ante el altar, no con palabras, sino con hechos, porque no hay nada que atraiga y alimente el fuego del Espíritu como la abundante efusión del óleo de la caridad”. S. J. Crisóstomo, *In Ep. 2 ad Cor.*, Hom. 20, 3.

<sup>14</sup> *Mensaje final* de la V Conferencia.



enraizados en Él<sup>15</sup>. De hecho, el seguimiento de Cristo es fruto de de una “fascinación” por Él, de manera que “el discípulo es alguien apasionado por Cristo a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña” (DA 277). Y será esa experiencia de adhesión a Jesucristo la que nos hará capaces de ser amigos de los pobres y de hacernos solidarios con su destino (cf. DA 257).

Es de esa experiencia profunda de donde puede brotar el manantial de un ministerio pastoral fecundo, pues “cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva” (cf. Hch 4,12). La experiencia de Dios es una fuente de donde “podrán surgir nuevos caminos y proyectos pastorales creativos, que infundan una firme esperanza para vivir de manera responsable y gozosa la fe e irradiarla así en el propio ambiente”<sup>16</sup>. Por tanto, es desde ese encuentro con Jesucristo, de donde se ha de “expresar la alegría de ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio” (DA 28).

## 2. Centralidad de Cristo y su proyecto del Reino

*Ante una peligrosa tendencia a polarizar la acción pastoral hacia la Iglesia misma (pastoral de conservación)<sup>17</sup>, la Misión Continental nos plantea el desafío de volver la mirada a Jesucristo como el paradigma absoluto de toda pastoral y a orientar la misión desde el horizonte del Reino, con un énfasis muy importante en el valor de la “vida plena” en Cristo.*

Además de la experiencia de Dios, como principio y fin de toda la acción evangelizadora, otro aspecto que el Documento Conclusivo de Aparecida deja bien asentado es la centralidad absoluta de Jesús, como paradigma de todo el ministerio pastoral de la Iglesia<sup>18</sup>, así como la referencia obligada a su proyecto del Reino. Esto significa que “¡lo más decisivo en la Iglesia es siempre la acción santa de su Señor” (DA 5), e implica el firme reconocimiento por parte de los discípulos de Jesús que

<sup>15</sup> *Discurso inaugural.*

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> Cf. DA 370.

<sup>18</sup> Cf. S. Valadez Fuentes, *Espiritualidad Pastoral*, o. c., p. 73-107.

“Él es el primer y más grande evangelizador enviado por Dios (cf. Lc 4, 44) y, al mismo tiempo, el Evangelio de Dios (cf. Rm 1,3) (DA 103). Pero también significa que “la Iglesia debe cumplir su misión siguiendo los pasos de Jesús y adoptando sus actitudes (cf. Mt 9, 35-36) (DA 31).

El nuevo estilo de vida pastoral que la misión continental requiere no se podrá dar sin una profunda inmersión en el misterio de Cristo. En efecto, Él es la luz para ver, el criterio para juzgar y la norma para actuar, en el ministerio eclesial. Por tanto, si quiere ser fiel y no perder el rumbo, la Iglesia debe preguntarse constantemente: ¿Qué hizo Jesús (principales ejes de su ministerio)? ¿Por qué lo hizo (motivaciones profundas)? ¿Para qué lo hizo (intencionalidad)? ¿Cómo lo hizo (actitudes)? Y confrontar si hay coherencia en su actuar con el de Jesús, pues el gran cometido de la Iglesia no es otro que actualizar, en el aquí y ahora, bajo el impulso del Espíritu Santo, la praxis evangelizadora de Jesús, en orden a la propia autoedificación y a la extensión del Reino de Dios en el mundo<sup>19</sup>.

Aparecida nos recuerda que la participación en el ministerio pastoral de la Iglesia por parte de cada uno de sus miembros, brota de su participación en el ser sacerdotal, profético y regio de Jesucristo, gracias al bautismo<sup>20</sup>. Es decir que “todo bautizado recibe de Cristo, como los Apóstoles, el mandato de la misión: ‘Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará’ (Mc 16,15)”.<sup>21</sup> Por tanto, cada bautizado, “es portador de dones que debe desarrollar en unidad y complementariedad con los de los otros, a fin de formar el único Cuerpo de Cristo, entregado para la vida del mundo” (DA 162).

En cuanto al planteamiento de la Misión Continental, desde la perspectiva del Reino, Aparecida no podría ser más contundente<sup>22</sup>.

<sup>19</sup> Cf. Valadez Salvador, *Espiritualidad Pastoral*, o. c., p. 22-23.

<sup>20</sup> Cf. DA 209.

<sup>21</sup> *Discurso inaugural*.

<sup>22</sup> Ya el Vaticano II había dejado bien claro que la Iglesia no existe para sí misma sino que, a través de su acción evangelizadora, debe estar al servicio del Reino, como lo estuvo Cristo. Su misión es “anunciarlo e instaurarlo en todos los pueblos” (LG 5). La Iglesia es “germen y comienzo de este Reino en la tierra”, a la vez que “anhela la plena realización del Reino” (LG 5).



En principio, toda la misión está orientada a hacer realidad la “Vida plena en Cristo” en los Discípulos de Jesús y, a través de ellos, en nuestros pueblos<sup>23</sup>. Y la vida es uno de los valores y signos fundamentales del Reino del Dios de la Vida: “Esta es la vida eterna: ‘que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y a Jesucristo tu enviado’ (Jn 17, 3). La fe en Jesús como el Hijo del Padre es la puerta de entrada a la Vida (DA 101). En efecto, “Jesús quiere la vida plena para todos; para ello nos da su vida. Y llama a sus discípulos a hacer lo mismo” (cf. DA 106-113).

La brújula orientadora de la Misión Continental debe ser el gran proyecto de la instauración del Reino (reinado) de Dios en el corazón de cada persona, de cada familia y de la familia humana en su totalidad. Ese fue el proyecto de Jesús y ese debe ser también el proyecto de sus discípulos: “Jesús con palabras y acciones, con su muerte y resurrección inaugura en medio de nosotros el Reino de vida del Padre” (DA 143); “Al llamar a los suyos para que lo sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar el evangelio del Reino a todas las naciones (cf. Mt 28, 19; Lc 24, 46-48) [...]. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma (DA 144)”. En consecuencia, “los seguidores de Jesús deben dejarse guiar constantemente por el Espíritu (cf. Gal 5, 25), y hacer propia la pasión por el Padre y el Reino: anunciar la Buena Nueva a los pobres, curar a los enfermos, consolar a los tristes, liberar a los cautivos y anunciar a todos el año de gracia del Señor (cf. Lc 4, 18-19)” (DA 152)<sup>24</sup>.

En el contexto de una globalización capitaneada por la ideología capitalista neoliberal, cuyos efectos más notorios en los pueblos de América Latina y el Caribe son la pobreza creciente, la exclusión social y el deterioro de la vida en todas sus manifestaciones se hace más urgente que nunca luchar a favor de la “cultura de la vida” ya que:

*Las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y su dolor, contradicen este proyecto*

<sup>23</sup> Este es precisamente el contenido de toda la tercera parte del Documento Conclusivo, cuyo título es: “La vida de Jesucristo para nuestros pueblos”.

<sup>24</sup> Cf. DA 149-151.

*del Padre e interpelan a los creyentes a un mayor compromiso a favor de la cultura de la vida. El Reino de vida que Cristo vino a traer es incompatible con esas situaciones inhumanas. Si pretendemos cerrar los ojos ante estas realidades no somos defensores de la vida del Reino y nos situamos en el camino de la muerte [...]. Tanto la preocupación por desarrollar estructuras más justas como por transmitir los valores sociales del Evangelio, se sitúan en este contexto de servicio fraterno a la vida digna (DA 358)<sup>25</sup>.*

Aparecida nos recuerda que el Reino instaurado por Jesús es el Reino de la vida, que “la propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos” (DA 361)<sup>26</sup>. También señala que “la vida nueva de Jesucristo toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana en su dimensión personal, familiar, social y cultural” (DA 356). Asimismo, indica los signos que expresan la presencia del Reino, entre otros: la vivencia personal y comunitaria de las bienaventuranzas, la evangelización de los pobres, el conocimiento y cumplimiento de la voluntad del Padre, el martirio por la fe, el acceso de todos a los bienes de la creación, el perdón mutuo, sincero y fraterno, aceptando y respetando la riqueza de la pluralidad, y la lucha para no sucumbir a la tentación y no ser esclavos del mal (cf. DA 383).

### **3. La primacía de la Palabra de Dios, “alma de la acción evangelizadora” de la Iglesia**

Ante una acción pastoral, con frecuencia desencarnada y vacía, Aparecida plantea a la Iglesia el desafío de vivir su identidad discipular mediante la escucha atenta de la Palabra de Dios escrita y “acontecida”.

<sup>25</sup> También se denuncia “el consumismo hedonista e individualista”, el cual “pone la vida humana en función de un placer inmediato y sin límites” y “oscurece el sentido de la vida y la degrada” (DA 357).

<sup>26</sup> “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). Con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural (Discurso inaugural).



Otro de los grandes aportes de Aparecida es rescatar el papel fundamental de la Palabra de Dios, en su doble manifestación: escrita y acontecida. Haciéndose eco del Vaticano II, nos recuerda que “La Sagrada Escritura, ‘Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo’<sup>27</sup>, es, con la Tradición, fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora” (DA 247). Consciente de esto, el Papa Benedicto XVI en su discurso inaugural advirtió que: “Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y El Caribe se dispone a emprender [...], es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios”. Y señaló la urgente necesidad de “fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios”<sup>28</sup>.

Pero, además de la escucha de la palabra de Dios en la Sagrada Escritura, también se enfatiza la necesidad de que la Iglesia sepa escuchar la voz de Dios expresa en la realidad<sup>29</sup>: “Como discípulos de Jesucristo, nos sentimos interpelados a discernir los ‘signos de los tiempos’, a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino” (DA 33). Se insiste en que “la pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros” ya que su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos. “Estas transformaciones sociales y culturales representan naturalmente nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios. De allí nace la necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo que la conduce, de una renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales” (DA 367). En consecuencia, no escuchar las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos<sup>30</sup> es tan grave como desconocer su palabra en la Sagrada Escritura. Por tanto: “Obispos, sacerdotes, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos, y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente

<sup>27</sup> *Dei Verbum* 9.

<sup>28</sup> *Discurso inaugural*.

<sup>29</sup> “La realidad nos interpela como discípulos y misioneros” es el título del capítulo segundo (DA 33-100).

<sup>30</sup> Los signos de los tiempos son aquellos acontecimientos que expresan las necesidades y las aspiraciones más profundas del ser humano, en una época y lugar determinados, y en los cuales se puede reconocer la presencia de Dios actuante en la historia y su plan de salvación. Cf. GS, 4<sup>a</sup>; 11<sup>a</sup>; 44b; PO, 6b; PO, 9b AA, 14c; UR 4<sup>a</sup>; SC, 43; DH, 15.

conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir ‘lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias’ (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta” (DA 366).

## II. El desafío de la *conversión pastoral* de la Iglesia

La expresión “conversión pastoral de la Iglesia” hace referencia a una realidad compleja, que afectad la vida eclesial en su totalidad: modos de pensar, relaciones, estructuras, métodos pastorales, lenguajes, etc.<sup>31</sup> En esta segunda parte nos referiremos a cuatro aspectos que consideramos especialmente relevantes y que constituyen desafíos para la Iglesia, de cara a la Misión Continental.

### 1. *La renovación personal y comunitaria*

*Ante una tendencia praxisista de la pastoral, que genera un clima de cansancio psicológico, vaciamiento interior y hasta deserción de muchos agentes, la Iglesia y cada agente de pastoral deben enfrentar el desafío de una profunda renovación personal y comunitaria, la cual tiene como punto de partida el reconocimiento y vivencia de la acción-pastoral-misionera como un don de Dios y, al mismo tiempo, como un camino de santidad.*

La Misión Continental exige un nuevo estilo de vida de cada Agentes de Pastoral<sup>32</sup> y un nuevo perfil de Iglesia, que sólo puede brotar de una radical inmersión en el Misterio de Jesucristo<sup>33</sup>. Pero es necesario advertir que la misión evangelizadora de la Iglesia no sólo exige una vida de santidad, sino que al mismo tiempo constituye un modo de seguimiento de Cristo y un camino de plenitud<sup>34</sup>. Es decir, que trabajar por el Señor es un don y un camino de santidad.

<sup>31</sup> El número 30 del Documento de Santo Domingo es el que mejor expresa el tema.

<sup>32</sup> En su mensaje final, los Pastores de participantes en Aparecida, señalan que la conversión de cada persona es el “*punto de partida para la transformación de la sociedad*”.

<sup>33</sup> El Documento de Santo Domingo nos recuerda que una renovación de nuestro ardor apostólico sólo puede brotar de “*una radical conformación con Jesucristo, el primer evangelizador*”, y que “*el mejor evangelizador es el santo*” (SD, 28).

<sup>34</sup> En el caso del Presbítero diocesano la santificación, en y a través del ministerio, es esencial a su vocación específica (cf. *Dir 8; PO, 14*) pero esa exigencia también es extensiva a todo Agente de pastoral. Cf. F. Couto Texeira, *La espiritualidad del seguimiento*, Dabar, México 1996, p. 31-61.



El Agente de pastoral ha de ser ante todo un discípulo, un seguidor de Cristo, un testigo fiel. Es en ese sentido que el Papa Juan Pablo II advertía que “la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la de la santidad” (NMI, 30). Dando por supuesto que el Espíritu Santo es el protagonista de la evangelización<sup>35</sup>, no debemos olvidar que la calidad y eficacia de la acción pastoral-misionera dependerá, en gran medida, de la calidad humana y cristiana del Agente, es decir, de su grado de santidad. Dicho en otras palabras: la eficacia del ministerio “no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu” (DA 11).

El primer paso para una renovación personal está en el reconocimiento de la absoluta gratuidad del llamado a ser discípulos y misioneros de Jesucristo. Se trata de reconocer que “¡Nuestra mayor alegría es ser discípulos suyos! Él nos llama a cada uno por nuestro nombre, conociendo a fondo nuestra historia (cf. Jn 10,3), para convivir con Él y enviarnos a continuar su misión (cf. Mc 3,14-15)<sup>36</sup>. Así expresan la gratuidad del llamado y de la misión los pastores participantes en Aparecida:

*Bendecimos a Dios con ánimo agradecido, porque nos ha llamado a ser instrumentos de su Reino de amor y de vida, de justicia y de paz, por el cual tantos se sacrificaron. El mismo nos ha encomendado la obra de sus manos para que la cuidemos y la pongamos al servicio de todos. Agradecemos a Dios por habernos hecho sus colaboradores para que seamos solidarios con su creación con responsabilidad ecológica. Bendecimos a Dios que nos ha dado la naturaleza creada que es su primer libro para poder conocerlo y vivir nosotros en ella como en nuestra casa (DA 25).*

<sup>35</sup> Cf. EN 75.

<sup>36</sup> Mensaje final. “La condición del discípulo brota de Jesucristo como de su fuente por la fe y el bautismo y crece en la Iglesia, comunidad donde todos sus miembros adquieren igual dignidad y participan de diversos ministerios y carismas. De este modo se realiza en la Iglesia la forma propia y específica de vivir la santidad bautismal al servicio del Reino de Dios” (DA 184).



El discípulo debe estar convencido de que seguir a Jesús, antes que una exigencia, es una gracia y “trasmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado” (DA 18). Pero también debe creer con firmeza que “en la generosidad de los misioneros se manifiesta la generosidad de Dios”, y “en la gratuidad de los apóstoles aparece la gratuidad del Evangelio” (DA 31). Por otra parte, cabe advertir que la renovación comunitaria, en gran medida, está supeditada a la renovación personal. De ahí que la primera exigencia para lograr la renovación de la parroquia es el cambio de actitudes en los párrocos y en los sacerdotes que están al servicio de ella. A decir de Aparecida “la primera exigencia es que el párroco sea un auténtico discípulo de Jesucristo, porque sólo un sacerdote enamorado del Señor puede renovar una parroquia” (DA 201).

Pero, en cuanto camino de santidad, el ministerio pastoral es también una experiencia ascética<sup>37</sup>, pues nos exige una conversión permanente, que implica la lucha constante contra una serie de “tentaciones, pecados y vicios” propios del ministerio pastoral<sup>38</sup>. Se trata de situaciones que obstaculizan u opacan la presencia del Reino de Dios y que, por ende, exigen nuevas actitudes, nuevos modos de pensar y de hacer las cosas. En el Documento Conclusivo de Aparecida se señalan algunas de esas situaciones que exigen conversión.

- *Pragmatismo / mezquindad*: “Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad”<sup>39</sup>. A todos nos toca “recomenzar desde Cristo” (DA 12).
- *Aislamiento / sectarismo*: “Algunos movimientos eclesiales no siempre se integran adecuadamente en la pastoral parroquial y diocesana; a su vez, algunas estructuras eclesiales no son suficientemente abiertas para acogerlos” (DA 100e). El secta-

<sup>37</sup> Por eso se advierte: “Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas” (DA 552; Cf. EN 80).

<sup>38</sup> Cf. Valadez Salvador, *Espiritualidad Pastoral*, o. c., p. 142-153.

<sup>39</sup> RATZINGER, J. a los Obispos latinoamericanos responsables de las comisiones de Doctrina de la Fe en sus respectivas Conferencias Episcopales, Guadalajara (1996).



rismo consiste en encerrarse en el propio campo de trabajo, en las propias ideas o modos de hacer las cosas, en su grupo, asociación o movimiento. Se manifiesta en la falta de inserción en la Iglesia particular así como en el desprecio de otras formas de vida cristiana. Ante esta situación, Aparecida nos recuerda que “la conversión pastoral requiere que la Iglesia se constituya en comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo Maestro y Pastor. De allí nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy más que nunca el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral” (DA 368).

- *Administrativismo / burocracia*: Consiste en actuar como si la primera responsabilidad fuera la buena gestión de los bienes materiales de la comunidad, o polarizar la labor pastoral a una administración burocrática de la diócesis o parroquia, descuidando lo esencial, que es la edificación del Reino. Por el contrario, la misión continental nos exige poner todos los medios para que cada discípulo llegue a ser “un ardoroso misionero que vive el constante anhelo de buscar a los alejados y no se contenta con la simple administración” (DA 201). Por otra parte, “una parroquia, comunidad de discípulos misioneros, requiere organismos que superen cualquier clase de burocracia” (DA 203).
- *Instalación / inmovilismo*: “Falta espíritu misionero en miembros del clero” (DA 100e). La instalación o inmovilismo pastoral es la rutina y el desgano en el trabajo; sólo es válido lo “más seguro”, “lo que se ha hecho siempre”. Se hacen las cosas por inercia. Es la pastoral de los “mínimos”, caracterizada por la mediocridad y el desgano en todo.
- *Insolidaridad / individualismo*: “Falta solidaridad en la comunión de bienes al interior de las Iglesias locales y entre ellas” (DA 100 e). Cada agrupación eclesial, cada Iglesia particular, viven tan centradas en si mismas, que se olvidan de los demás. Ante esta realidad, Aparecida señala la urgencia de crear “un fondo de solidaridad entre las iglesias de América Latina y El Caribe que esté al servicio de las iniciativas pastorales propias” (DA 545).

Y señala también que “de nuestra fe en Cristo brota también la solidaridad como actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio, que ha de manifestarse en opciones y gestos visibles, principalmente en la defensa de la vida y de los derechos de los más vulnerables y excluidos, y en el permanente acompañamiento en sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación” (DA 394).

- *Machismo y discriminación*: “Lamentamos que innumerables mujeres de toda condición no son valoradas en su dignidad [...], no se les reconoce suficientemente su abnegado sacrificio e incluso heroica generosidad en el cuidado y educación de los hijos ni en la transmisión de la fe en la familia, no se valora ni promueve adecuadamente su indispensable y peculiar participación en la construcción de una vida social más humana y en la edificación de la Iglesia” (DA 453). Por tanto, “es necesario en América Latina superar una mentalidad machista que ignora la novedad del cristianismo, donde se reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre” (DA 453).
- *Clericalismo*: Haciéndose eco de la exhortación pastoral *Eclesia in America* Aparecida reconoce que la evangelización del continente y la renovación de la Iglesia no puede realizarse hoy sin la colaboración de los fieles laicos<sup>40</sup>. Señala que “ellos han de ser parte activa y creativa en la elaboración y ejecución de proyectos pastorales a favor de la comunidad. Esto exige, de parte de los pastores, una mayor apertura de mentalidad para que entiendan y acojan el ‘ser’ y el ‘hacer’ del laico en la Iglesia, quien por su bautismo y su confirmación, es discípulo y misionero de Jesucristo” (DA 213).

<sup>40</sup> Cf. “La renovación de la Iglesia en América no será posible sin la presencia activa de los laicos. Por eso, en gran medida, recae en ellos la responsabilidad del futuro de la Iglesia” (EA 44).



## 2. **El cambio de paradigmas**

*Ante la persistencia de modos de pensar y de actuar inadecuados, la Iglesia tiene el gran desafío de revisar y renovar sus paradigmas, en aras de una misión efectiva.*

Los paradigmas son patrones o modelos; son modos de pensar, normas o reglamentos que rigen el modo de actuar de las personas e instituciones. Cuando estos paradigmas se vuelven estables e inflexibles ante los nuevos cambios, se corre el peligro de ir al fracaso, pues cuando se dan cambios profundos en la realidad y no cambiamos los paradigmas que nos rigen, éstos pueden ser el motivo de nuestra propia destrucción. Un paradigma que en un tiempo fue ocasión de éxito, en otras circunstancias puede ser el motivo del fracaso. De ahí la necesidad de revisarlos y, de ser necesario, recrearlos. A veces nuestros viejos paradigmas se convierten en obstáculos para responder a los retos del presente y anticipar con éxito el futuro; se establecen estereotipos que creen permanentes y esto impide aceptar las nuevas ideas<sup>41</sup>.

En el Documento conclusivo de Aparecida se señalan varios de esos paradigmas obsoletos respecto al modo de entender y realizar la pastoral. Y se sugieren nuevos paradigmas, que sean más coherentes y favorables para la realización de la Misión Continental. Señala la necesidad de pasar:

- De una pastoral *inmediatista, desarticulada, dispersa e improvisada* a una pastoral *orgánica, planificada*: “El proyecto pastoral de la Diócesis, camino de pastoral orgánica, debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias del mundo de hoy con ‘indicaciones programáticas concretas, objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios, que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida

<sup>41</sup> El Documento Conclusivo de Aparecida señala al respecto: “lamentamos, sea algunos intentos de volver a un cierto tipo de eclesiología y espiritualidad contrarias a la renovación del Concilio Vaticano II, sea algunas lecturas y aplicaciones reduccionistas de la renovación conciliar” (DA 100b).

profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura. Los laicos deben participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución. Este Proyecto diocesano exige un seguimiento constante por parte del obispo, los sacerdotes y los agentes pastorales, con una actitud flexible que les permita mantenerse atentos a los reclamos de la realidad siempre cambiante” (DA 371).

- De una pastoral *de conservación a una pastoral misionera*: “La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera [...] con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera (DA 370).
- De una pastoral *discontinua y de sucesos*, a una pastoral *de procesos*: “Sentimos la urgencia de desarrollar en nuestras comunidades un proceso de iniciación en la vida cristiana que comience por el kerygma, guiado por la Palabra de Dios, que conduzca a un encuentro personal, cada vez mayor, con Jesucristo [...], y que lleve a la conversión, al seguimiento en una comunidad eclesial y a una maduración de fe en la práctica de los sacramentos, el servicio y la misión” (DA 287)<sup>42</sup>.
- De una *pastoral centralista y clerical*, a una *pastoral participativa y ministerial*: “Una parroquia renovada multiplica las personas que prestan servicios y acrecienta los ministerios. Igualmente en este campo se requiere imaginación para encontrar respuesta a los muchos y siempre cambiantes desafíos que plantea la realidad, exigiendo nuevos servicios y ministerios. La integración de todos ellos en la unidad de un único proyecto evangelizador es esencial para asegurar una comunión misionera” (DA 202)<sup>43</sup>.

<sup>42</sup> Sobre este punto de los procesos puede verse: DA 281, 288, 293, 298, 319, 334, 356. En relación al proceso de la formación puede verse: DA 276-285.

<sup>43</sup> De una *pastoral monótona e indefinida*, a *pastoral diversificada*: familia, matrimonio (DA, 432-437); niños (438-441); adolescentes y jóvenes (DA 442-446); Ancianos (DA 447-450); Mujeres (451-458).



### 3. *La renovación de estructuras, métodos y lenguajes*

Una conversión pastoral en el ámbito de las estructuras, métodos y lenguajes, exige desechar aquellos que no sirven, modificar los que no están funcionando bien y, si fuera el caso, crear propuestas nuevas, que cumplan mejor con su cometido.

#### a) *Las estructuras*

Las estructuras son formas concretas de organizarse con miras a realizar actividades con orden y eficacia. Son imprescindibles en toda institución, tanto social como eclesial. En el ámbito eclesial, su función primordial es facilitarle el camino al Espíritu, servir a la comunión y promover una participación activa y eficaz de los miembros de la Iglesia. Existen diversos tipos de estructuras<sup>44</sup>. Pero todas con un denominador común: deben de estar al servicio de las personas. De ahí la necesidad de someterlas a una constante revisión, para evitar que se conviertan en fines en sí mismos, en ídolos que ahogan la vida y oprimen a las personas.<sup>45</sup>

Respecto al cambio de estructuras el Documento de Aparecida advierte que la firme decisión misionera de la Iglesia en América Latina y el Caribe “debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos, y de cualquier institución de la Iglesia”. En consecuencia, “ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe” (DA 365). Insiste que “la renovación de las parroquias al inicio del tercer milenio exige reformular sus estructuras” (DA 172); y especifica que “particularmente en el mundo urbano se plantea la creación de nuevas estructuras pastorales” (DA 173).

<sup>44</sup> Jurídicas y administrativas (consejos, tribunales, curias, etc.), formativas (seminarios y casas de formación), pastorales (consejos, decanatos, comisiones, etc.).

<sup>45</sup> Cf. F. Merlos, *La pastoral del futuro*, o. c., p. 46-47.



## b) Los métodos

Los métodos son caminos, medios u opciones operativas para conseguir un fin. “Son estilos de acción práctica con los cuales actuamos en la realidad para transformarla en el sentido que deseamos”<sup>46</sup>. Pastoralmente hablando, los métodos son algo más que un instrumento de trabajo. Son también enfoques u opciones que se hacen a favor de valores que se encarnan y se proyectan en los estilos de hacer las cosas. Algunos pueden ser opresores y deshumanizantes. De ahí la urgencia de revisarlos permanentemente a fin de optar por aquellos que mejor respondan a los objetivos de la pastoral. En el documento de Aparecida se reconoce la falta de entusiasmo y la carencia de métodos y expresiones más adecuados: “Percibimos una evangelización con poco aliento y sin nuevos métodos y expresiones” (DA 100c).

## c) Los lenguajes

En el documento conclusivo de Aparecida se reconoce la persistencia de lenguajes inadecuados en el campo de la evangelización y se constata que “son muchos los que se dicen descontentos, no tanto con el contenido de la doctrina de la Iglesia, sino con la forma como ésta es presentada (DA 497):

*En la evangelización, en la catequesis y, en general, en la pastoral, persisten también lenguajes poco significativos para la cultura actual, y en particular, para los jóvenes. Muchas veces los lenguajes utilizados parecieran no tener en cuenta los códigos existencialmente relevantes en las sociedades influenciadas por las posmodernidad y marcadas por un amplio pluralismo social y cultural (DA 100d).*

Ante esta situación, se insiste en la urgencia de crear nuevos lenguajes, que sean capaces de expresar con mayor claridad nuestra fe. Uno de esos lenguajes es el testimonio: “El énfasis en la experiencia personal y lo vivencial nos lleva a considerar el testimonio como un componente clave en la vivencia de la fe. Los hechos son valorados

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 47.



en cuanto que son significativos para la persona. En el lenguaje testimonial podemos encontrar un punto de contacto con las personas que componen la sociedad y de ellas entre sí” (DA 55)<sup>47</sup>.

#### 4. **La creación de un nuevo modelo de Iglesia**

*Ante una Iglesia “meramente funcional y burocrática”, que ha perdido fuerza y credibilidad por no estar respondiendo adecuadamente a las necesidades del momento actual, Aparecida presenta el desafío de crear un nuevo modelo de Iglesia Discípula-Misionera-Madre-Pedagoga-Samaritana.*

La Iglesia, en su esencia más profunda, es siempre la misma. Pero, en su manera de expresarse en cada tiempo y lugar, asume unas características propias, que le dan un perfil específico. Más aún, para permanecer ella misma, necesita estar renovándose permanentemente. De ahí la existencia de diversos modelos<sup>48</sup> y el desafío de diseñar el mejor modelo para cada época y lugar, sin que en lo esencial deba cambiar. Sobre este punto Aparecida señala que “la Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales” (DA 11). Y diseña, a grandes pinceladas, un modelo de Iglesia, inspirado en María: *Discípula perfecta*<sup>49</sup> de Jesús, *Misionera y formadora de misioneros*<sup>50</sup>, *Madre*<sup>51</sup>, *Pedagoga de la evangelización*<sup>52</sup>

<sup>47</sup> En el n. 384 de habla de crear “gestos” de misericordia, que hablen por sí mismos. En relación a los retos de la pastoral urbana, se señala la urgencia de que la Iglesia “se abra a nuevas expresiones, estilos, lenguajes que puedan encarnar el Evangelio en la ciudad” (DA 517d).

<sup>48</sup> Por modelos de Iglesia entendemos los modos operativos como, de hecho, la Iglesia se entienda y se expresa en su acción; son los modos concretos como la Iglesia se organiza en vista de la misión. La obra que se volvió referencia obligada acerca de este tema es la del cardenal Avery Dulles, *Modelos de Igreja*, Paulinas, São Paulo 1975 [original 1972].

<sup>49</sup> La Virgen María “por su fe (cf. Lc 1, 45) y obediencia a la voluntad de Dios (cf. Lc 1, 38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (cf. Lc 2, 19.51) es la discípula más perfecta del Señor (cf. LG 53) (DA 266).

<sup>50</sup> “María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros” (DA 269); “hoy, cunado en nuestro continente latinoamericano y caribeño se quiere enfatizar el discipulado y la misión, es ella quien brilla ante nuestros ojos como imagen acabada y fidelísima del seguimiento de Cristo” (DA 270).

<sup>51</sup> “María, Madre de la Iglesia, además de modelo y paradigma de humanidad, es artífice de comunión” (DA 268).

<sup>52</sup> Cf. DA 1.

y *Samaritana*<sup>53</sup>. Estos rasgos de María son los que se proponen para el nuevo modelo de Iglesia, bajo la convicción de que “esta visión mariana de la Iglesia es el mejor remedio para una Iglesia meramente funcional y burocrática” (DA 268). Así pues, teniendo a María como modelo, la Iglesia que se propone en Aparecida es una Iglesia: *Discípula-Misionera-Madre-Pedagoga-Samaritana*.

A ejemplo de María, la Iglesia está llamada a ser:

- *Discípula-misionera*: por su fe y obediencia a la voluntad del Padre, por su docilidad al Espíritu Santo, por su escucha atenta de la Palabra de Dios y por su fiel seguimiento de Jesucristo<sup>54</sup>. En un mundo sediento de espiritualidad y concientes de la centralidad que ocupa la relación con el Señor en la vida de todo discípulo, la Iglesia ha de aprender a orar y enseñar a orar<sup>55</sup>; pero también debe ser continuadora fiel y entusiasta de la misión de Jesús y formadora de misioneros<sup>56</sup>. “Al mismo tiempo, el mundo espera de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña un compromiso más significativo con la misión universal en todos los continentes” (DA 376). “La Iglesia está al servicio de todos los seres humanos, hijos e hijas de Dios” (DA 32).
- *Madre-Pedagoga*: siendo maestra en humanidad y artífice de comunión; estando atenta a las necesidades de sus hijos y enseñándoles a mantener vivas las actitudes de atención, de servicio, de entrega y de gratuidad que deben distinguir a los discípulos de Jesús; educando para un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida del otro, especialmente del pobre o necesitado; viviendo una actitud acogedora, “que la convierte en ‘casa y escuela de la comunión’, y en espacio espiritual que prepara para la misión” (DA 272). “La Iglesia tiene que animar a cada pueblo para construir en su patria una casa de

<sup>53</sup> María, “con los ojos puestos en sus hijos y en sus necesidades [...], crea comunión y educa a un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida del otro, especialmente si es pobre y necesitado” (DA 272).

<sup>54</sup> Cf. DA 266.

<sup>55</sup> *Mensaje final*.

<sup>56</sup> Cf. DA 269.



hermanos donde todos tengan una morada para vivir y convivir con dignidad [...]. La Iglesia ha de educar y conducir cada vez más a la reconciliación con Dios y los hermanos" (DA 534). Para adquirir ese rostro y corazón de madre, la Iglesia debe promover "el más amplio protagonismo de las mujeres" (DA 458a); impulsar su participación "en la vida eclesial, familiar, cultural, social y económica, creando espacios y estructuras que favorezcan una mayor inclusión" (DA 454); "propiciar una formación integral de manera que las mujeres puedan cumplir su misión en la familia y en la sociedad" (DA 456); "garantizar la efectiva presencia de la mujer en los ministerios que en la Iglesia son confiados a los laicos, así como también en las instancias de planificación y decisión pastorales, valorando su aporte" (DA 458b).

- *Samaritana*. La Iglesia "tiene que seguir el camino de Jesús y llegar a ser buena samaritana como Él. Cada parroquia debe llegar a concretar en signos solidarios su compromiso social en los diversos medios en que ella se mueve" (DA 177); "La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos (DA 396); "está convocada a ser 'abogada de la justicia y defensora de los pobres'<sup>57</sup> ante 'intolerables desigualdades sociales y económicas'<sup>58</sup>, que 'claman al cielo'<sup>59</sup> (DA 395). "Iluminados por Cristo, el sufrimiento, la injusticia y la cruz nos interpelan a vivir como Iglesia samaritana (cf. Lc 10, 25-37) (DA 26). La respuesta a la llamada del Señor "exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano (cf. Lc 10, 29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (cf. Lc 5, 29-32) que acoge a los pequeños y a los niños (cf. Mc 10, 13-16), que sana a los leprosos (cf. Mc 1, 40-45) que perdona y libera a la mujer pecadora (cf. Lc 7, 36-49; Jn 8, 1-11), que habla con la Samaritana (cf. Jn 4, 1-26)" (DA 135).

<sup>57</sup> *Discurso inaugural*.

<sup>58</sup> TMA 51.

<sup>59</sup> EA 56a.



En síntesis, para expresar el rostro de una Iglesia samaritana:

*Es necesaria una actitud permanente que se manifieste en opciones y gestos concretos, y evite toda actitud paternalista. Se nos pide dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida, y buscando, desde ellos, la transformación de su situación. No podemos olvidar que el mismo Jesús lo propuso con su modo de actuar y con sus palabras: “Cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos” (Lc 14, 13). (DA 397).*

## NUEVA COLECCIÓN: "A LA LUZ DE APARECIDA..."

La Secretaría General del CELAM junto con la Comisión Episcopal de la Misión Continental, han invitado a un selecto grupo de especialistas para elaborar materiales que ayuden a conocer y profundizar las conclusiones de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y de El Caribe, Aparecida, como parte de la preparación para la Misión Continental.



Código	TÍTULO Y AUTOR	Código	TÍTULO Y AUTOR
133000	EL EVANGELIO DE APARECIDA. Mons. Ricardo Ezzati A.	133009	LA PARROQUIA, MISIONERA Y SOLIDARIA. Pedro Ossandón Buljevic
133001	CLAVES PARA SU LECTURA. Leonidas Ortiz Losada	133010	LA PASTORAL URBANA. Benjamín Bravo
133002	LA INICIACIÓN CRISTIANA. Felipe de Jesús León Ojeda	133011	LOS JÓVENES AL ENCUENTRO CON JESUCRISTO. Alexis Rodríguez Vargas
133003	LA CATEQUESIS. Eduardo Mercado Guzmán	133012	LOS LAICOS, DISCÍPULOS MISIONEROS. Eduardo Peña Vanegas
133004	LA LITURGIA, FUENTE DE VIDA PLENA, Roberto Russo	113013	TESTIGOS DE LA MISERICORDIA DEL PADRE. María de los Dolores Palencia, Margarita Name y Camilo Maccise
133005	HACIA UNA RENOVADA PASTORAL SOCIAL. Leonidas Ortiz Losada	133014	LOS PRESBITEROS: DISCÍPULOS MISIONEROS DE JESÚS BUEN PASTOR. Guillermo Melguizo Yepes
133006	PIEDAD POPULAR. Mons. Marcos Antonio Órdenes Fernández	133015	LOS OBISPOS, DISCÍPULOS MISIONEROS DE JESÚS SUMO SACERDOTE. Cardenal Julio Terrazas Sandoval
133007	LA FAMILIA. UNA BUENA NOTICIA PARA LA VIDA DE NUESTROS PUEBLOS. José Antonio Díaz Ruiz		
133008	CEB Y PEQUEÑAS COMUNIDADES ECLESIALES. José Marins		

**Precio de cada título \$5.000**

**Todos los 16 títulos \$ 65.000**

## NOVEDADES

## NOVEDADES



### DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA EN APARECIDA

El P. Mateo Garr, sj, de CEAS – Perú presenta un análisis de la presencia de la Doctrina Social de la Iglesia a lo largo del Documento conclusivo de Aparecida, en 8 temas de vital importancia en el momento actual y aplicando el método Ver–Juzgar–Actuar.

Precio \$ 15.000

PRECIO EXPOCATÓLICA \$ 10.000



### TESTIGOS DE APARECIDA

Profundización de las conclusiones de la V Conferencia General, por 22 participantes en este acontecimiento eclesial que marcará la vida de la Iglesia en la actualidad y en los próximos años. 2 Tomos.

Precio \$ 70.000

PRECIO EXPOCATÓLICA \$ 50.000



### LA MISIÓN CONTINENTAL PARA UNA IGLESIA MISIONERA

Este documento presenta los principios, criterios y líneas que guiarán el proyecto de la Misión continental, que los Obispos de América Latina asumieron en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y de El Caribe, en Aparecida.

Precio \$ 7.500

PRECIO EXPOCATÓLICA \$ 5.000



### IMAGINAR UN CONTINENTE PARA TODOS

Ponencias y conclusiones del II Congreso Latinoamericano de Doctrina Social de la Iglesia, en el cual se analizó el papel de la Iglesia en el ámbito social, económico y político de nuestro continente, en un mundo globalizado.

Precio \$ 56.500

PRECIO EXPOCATÓLICA \$ 40.000



## Espiritualidad de la Acción Misionera a la luz de Aparecida

Salvador Valadez Fuentes\*

### Sumario

En el presente artículo, el autor señala algunos elementos básicos sobre la espiritualidad o mística que debe animar toda la acción misionera de la Iglesia. Indica algunos presupuestos y principios o exigencias fundamentales de dicha espiritualidad; y culmina su reflexión sugiriendo tres grandes características que, según su parecer, deberá tener el talante espiritual de todo misionero: fidelidad a la acción del Espíritu Santo, Universalidad y Parresía.

**Palabras clave:** Espiritualidad, Acción misionera, Espíritu Santo, Fidelidad, Parresía.

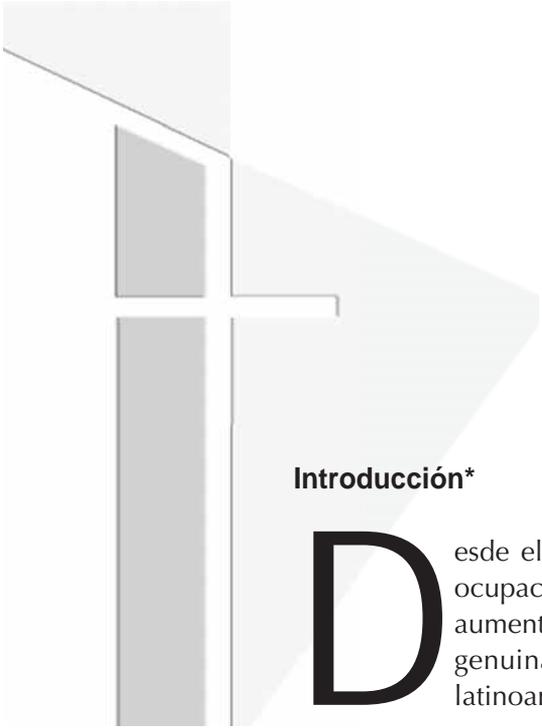
\* Sacerdote Diocesano, de la Arquidiócesis de Tuxtla Gutiérrez, Chipas, México. Doctor en Teología Pastoral por la Universidad Pontificia de México. Actual Rector del Instituto Teológico Pastoral para América Latina ITEPA-CELAM.  
rectoritepal@celam.org



**Sumário:**

Neste artigo, o autor assinala alguns elementos básicos sobre a espiritualidade ou mística que deve animar toda a ação missionária da Igreja. Indica alguns pressupostos e princípios ou exigências fundamentais desta espiritualidade; e culmina sua reflexão, sugerindo três grandes características que, segundo seu parecer, deverá ter o perfil espiritual de todo missionário: fidelidade à ação do Espírito Santo, Universalidade e Parresía.

**Palavras chave:** Espiritualidade, Ação missionária, Espírito Santo, Fidelidade, Parresía.



## Introducción\*

**D**esde el Vaticano II a la fecha, el interés y preocupación por el tema misionero ha venido en aumento. Aparecida constituye la expresión más genuina de esta preocupación en el contexto latinoamericano<sup>1</sup>.

Al terminar la Quinta Conferencia, los Obispos participantes convocaron a todos los miembros de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña a realizar, unidos y con entusiasmo, “la Gran Misión Continental”, “misión que debe llegar a todos, ser permanente y profunda”<sup>2</sup>.

También señalaron que “es necesario formar a los discípulos en una *espiritualidad de la acción misionera*, que se basa en la docilidad al impulso del Espíritu” y se expresa “en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana” (DA 284)<sup>3</sup>.

Tanto el título de este escrito como el contenido del mismo están inspirados en el número 284 de Aparecida. Su finalidad es estimular la

---

\* Este artículo será publicado, con algunos añadidos, en la colección de fascículos que el CELAM publicará como subsidio para la animación de la Misión Continental. De hecho, ya han sido editados los primeros fascículos de esta serie, entre los que se encuentran: El evangelio de Aparecida, que explica en breves trazos y con hermosas figuras el Tríptico, Claves para la lectura de Aparecida, etc.

<sup>1</sup> El espíritu misionero que late en Aparecida está en total sintonía y continuidad con el Decreto *Lumen gentium* del Vaticano II, la exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* de Paulo VI y la exhortación apostólica *Redemptoris missio* de Juan Pablo II, etc.

<sup>2</sup> Cf. Celam, Documento Conclusivo autorizado de la V Conferencia, CELAM / Paulinas, Bogotá 2007, n. 547. En adelante lo citaremos DA.

<sup>3</sup> El subrayado es mío.



reflexión y ofrecer algunas pautas en relación al modo de entender y hacer vida “la espiritualidad de la acción misionera”, de cara a la Misión Continental. No se trata, pues, de un estudio sistemático<sup>4</sup> o de erudición, sino de una propuesta y un llamado a los Agentes de Pastoral<sup>5</sup> a asumir un *estilo de vida* coherente con la misión a la que han sido enviados.

Teniendo como telón de fondo las Conclusiones de la Quinta Conferencia, he desarrollado el trabajo en nueve puntos, agrupados en tres bloques: 1. Presupuestos de la Espiritualidad de la Acción Misionera, 2. Principios y exigencias de la Espiritualidad de la acción misionera; 3. Tres características esenciales del talante espiritual del Apóstol (Misionero).

## **1. Presupuestos para una espiritualidad de la acción misionera**

### **1.1. *Estamos viviendo un nuevo período evangelizador marcado por el espíritu misionero***

La Iglesia es por naturaleza misionera (cf. AG 2). Su misión evangelizadora, iniciada el día de Pentecostés, siempre ha sido impregnada de un profundo dinamismo misionero. Sin embargo, la exigencia de un nuevo espíritu misionero se ha venido agudizando de manera creciente, en las últimas décadas. En este contexto, un rasgo fundamental de la espiritualidad de la acción misionera es la urgencia de *hacer una opción radical por la misión*.

Ante una realidad cada vez más compleja y desafiante, que apremia a encontrar respuestas acertadas y satisfactorias sobre el sentido más profundo del ser humano, del mundo y de la historia, la Iglesia se ve interpelada y urgida a ser en medio del mundo un signo diáfano y esperanzador de la salvación universal en Cristo<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Para un tratado sistemático sobre el tema puede verse: Esquerda Bifet Juan, *Espiritualidad Misionera*, BAC, Madrid 1978. En él nos hemos inspirado en varios puntos de este trabajo.

<sup>5</sup> Los destinatarios de este escrito son todos los Agentes de la Misión Continental: Laicos (hombres y mujeres), Religiosos, Religiosas y Ministros Ordenados (Obispos, Presbíteros y Diáconos).

<sup>6</sup> Cf. AG 1, 5, 21; LG 1, 48 .

En medio de una humanidad enferma, la Iglesia no puede menos que experimentar los sentimientos del Buen Pastor, quien “viendo a la multitud, se compadeció de ellos, porque estaban maltratados y abatidos, como ovejas sin pastor” (Mt 9, 36).

Desde las entrañas de una nueva civilización emergente, brotan fuertes voces del Espíritu, como Palabra de Dios acontecida, que reenvía a la Iglesia a ser signo eficaz de salvación en medio de un mundo radicalmente extraviado pero al mismo tiempo profundamente necesitado de encontrar el *Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14, 6).

El Vaticano II significó para la Iglesia el comienzo de un “nuevo Pentecostés”, marcado por el espíritu misionero. El Decreto *Ad Gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, marcó un nuevo modo de entender y asumir el compromiso misionero en y desde la Iglesia particular, en la cual subsiste la Iglesia Universal<sup>7</sup>.

Este espíritu misionero ha sido retomado y profundizado por el Magisterio Pontificio<sup>8</sup> y por el Magisterio Episcopal Latinoamericano<sup>9</sup>, de manera especial en Aparecida, que ha lanzado a toda la Iglesia, peregrina en estos pueblos, a vivir en estado de misión.

Algunos signos de este espíritu misionero son la creciente sensibilidad por la unidad de los cristianos, como condición para una evangelización eficaz (cf. AG 12); una mayor sensibilidad y cercanía hacia los pobres y los que sufren; un mayor compromiso hacia las grandes causas de la humanidad: dignidad de la persona humana, solidaridad, cuidado de nuestra casa común, etc.

## **1.2. Vivir en estado de misión es un mandato del Señor que nos involucra a todos**

La naturaleza misionera de la Iglesia se concretiza en el compromiso misionero de cada comunidad eclesial y de cada cristiano, en

<sup>7</sup> Cf. *Christus Dominus* 11; cf. AG, 6, 16, 19-20.

<sup>8</sup> Son especialmente importantes *Evangelii Nuntiandi* de Paulo VI y *Redemptor Missio* de Juan Pablo II.

<sup>9</sup> Cf. P 9, 368, SD 56.



los diversos contextos de la realidad humana. En efecto, la vocación de la Iglesia y de cada cristiano tiene una dimensión universal: lo abarca todo y a todos, en todo tiempo y lugar, pues la salvación que Dios nos ha ofrecido en Cristo está destinada a toda la humanidad y a la creación entera. Todos hemos sido llamados “a esta unión con Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos”<sup>10</sup>.

La dimensión misionera es una exigencia que brota de la fe y de la vida cristiana. Por tanto, no es una labor sólo de algunas comunidades eclesiales o reducida a ciertos tiempos, sino que es un quehacer permanente. En ese sentido, la Misión Continental propuesta en Aparecida no puede verse como algo opcional, sino como una exigencia que debe ser asumida de manera inaplazable por todas las comunidades eclesiales y por cada uno de los Discípulos y Discípulas del Señor.

El lanzamiento de esta la Misión no es una ocurrencia de los pastores de América Latina y el Caribe; tampoco es una propuesta desesperada de la Iglesia ante el éxodo de los católicos hacia otras agrupaciones religiosas; ni una estrategia proselitista para ganar adeptos; tampoco resabios de una Iglesia de cristiandad o una moda del momento que pasará pronto. La Misión Continental es una actualización del mandato originario del Señor a sus Discípulos; en él hunde sus raíces. Responde, pues, a la naturaleza esencialmente misionera de la Iglesia, la cual debe actualizar la oferta salvífica de Jesús a una humanidad profundamente necesitada de dicha salvación.

Dios nos quiere trabajando a todos en su viña. Y “la viña es el mundo entero (cf. Mt 13,38), que debe ser transformado según el designio divino en vista de la venida definitiva del Reino de Dios”<sup>11</sup>. Ahora bien, esta misión no es sólo de los sacerdotes, religiosos, religiosas o miembros de Institutos de Vida Consagrada. Es una misión que compete a todos: “también los fieles laicos son llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión a favor de

<sup>10</sup> LG 3; cf. AG 3.

<sup>11</sup> Juan Pablo II, *Christifideles laici* 1.

la Iglesia y del mundo” (ChL 2). Cada bautizado debe cumplir dicha misión desde su vocación específica, sus carismas personales y su situación concreta, siempre con un espíritu de universalidad: “El Espíritu Santo provee a toda la Iglesia de diversos dones [...] infundiendo en el corazón de los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo” (AG 4).

El Papa Paulo VI expresó muy bien esta exigencia en *Evangelii nuntiandi*: “Los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio; pero ¿podremos salvarnos nosotros si por negligencia, por miedo, por vergüenza [...] o por ideas falsas omitimos anunciarlo?” (EN 80). Así pues, todos los bautizados, “por el sacramento de la confirmación se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo, y con ello quedan obligados más estrechamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra y por las obras” (LG 11). El anuncio de Cristo y de su reino “más que un derecho es un deber del evangelizador. Y es, a la vez, un derecho de sus hermanos recibir a través de él el anuncio de la Buena Nueva de la salvación...” (EN 80). Dicho de otro modo: la misión no es una graciosa concesión de un ser humano, sino una llamada de Dios para cooperar con su plan de salvación universal.

La espiritualidad y la vivencia misionera pertenecen a la entraña de la vida cristiana.

### **1.3. El reino de Dios y la vida plena en Cristo: horizonte de la misión**

La historia constituye el “lugar teológico” ordinario, es decir, es en la historia y desde ella donde se ha de profundizar permanentemente lo que Dios nos ha revelado. De manera que cada contexto, en la complejidad de los factores que lo constituyen, nos dará la posibilidad de entender y ver realizada la salvación que Dios nos ha dado en Cristo.

En el momento presente, marcado por una “cultura de muerte”, la palabra “salvación” toma un matiz especial. Hemos de entenderla



como “vida en Cristo”. Por tanto, trabajar por la salvación significa trabajar para que todos y todo tenga vida plena en Cristo. Dicha salvación abarca a todos los hombres y mujeres (1Tm 4,2); a todo el ser humano, en la integralidad de su ser y a la creación entera. Si bien la salvación total sólo ocurrirá en el encuentro definitivo con Cristo (cf. Ap 19,1).

Así pues, si el objetivo esencial de la misión es continuar la obra salvífica de Cristo, para nosotros, dicha misión significará proclamar y hacer viable la “buena nueva de la vida”. En otras palabras: el objetivo esencial de la misión evangelizadora de la Iglesia es trabajar para que todo y todos tengan vida plena en Cristo Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6).

Hoy en día, el resurgir del Espíritu misionero deberá estar marcado por un profundo amor al Dios de la Vida y por una radical “pasión por la vida”. El horizonte de la misión, la brújula orientadora de la evangelización, debe ser la vida plena en Cristo: “Las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y su dolor, contradicen este proyecto del Padre e interpelan a los creyentes a un mayor compromiso a favor de la cultura de la vida. El Reino de vida que Cristo vino a traer es incompatible con esas situaciones inhumanas. Si pretendemos cerrar los ojos ante estas realidades no somos defensores de la vida del Reino y nos situamos en el camino de la muerte [...]. Tanto la preocupación por desarrollar estructuras más justas como por transmitir los valores sociales del Evangelio, se sitúan en este contexto de servicio fraterno a la vida digna” (DA 358).

Ahora bien, esa vida sólo es posible encontrarla en Cristo. Por tanto, el reto fundamental de la Iglesia es mostrar su capacidad “para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo”, convencidos de que “no tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias. Este es el mejor servicio -¡su servicio!- que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones” (DA 14)<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> Cf. EN 1.

Todo lo que tenga que ver con la vida, debe formar parte de la agenda de la Iglesia, siguiendo el ejemplo de Cristo: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia’ (Jn 10,10). Con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultura”<sup>13</sup>.

La razón de ser de los valores que hacen visible el Reino: verdad, justicia, libertad, paz, solidaridad, e incluso el amor, solo cobrarán sentido en la medida en que contribuyan a la vida, pues el deseo y la Gloria del Padre es que todos sus hijos e hijas tengan vida plena<sup>14</sup>. El Reino que Jesús vino a instaurar es el “Reino de la vida”; “la propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos” (DA 361); en consecuencia, los seguidores de Jesús deben dejarse guiar constantemente por el Espíritu de Jesús y “hacer propia la pasión por el Padre y el Reino: anunciar la Buena Nueva a los pobres, curar a los enfermos, consolar a los tristes, liberar a los cautivos y anunciar a todos el año de gracia del Señor (cf. Lc 4, 18-19)” (DA 152)<sup>15</sup>.

## **2. Principios y exigencias de la espiritualidad de la Acción Misionera**

### **2.1. Necesidad de una espiritualidad de la Acción Misionera fundada en el encuentro con Jesucristo**

Junto al despertar misionero de la Iglesia, se siente la urgencia de una sólida espiritualidad específica que acredite a cada misionero como signo personal de Jesús. De hecho, sólo serán aptos para la misión quienes tengan una sólida espiritualidad misionera. “Esta espiritualidad es la base del testimonio evangélico y la condición para ser instrumento dócil de la acción del Espíritu Santo”<sup>16</sup>.

El misionero de hoy, para responder a las exigencias de la realidad actual, necesita estar equipado de una rica espiritualidad

<sup>13</sup> DA, Discurso Inaugural.

<sup>14</sup> Gloria Dei homo vivens: “La gloria de Dios es que el hombre viva” (San Ireneo).

<sup>15</sup> Cf. DA 149-151.

<sup>16</sup> Esquerda Bifet Juan, *Espiritualidad Misionera*, op. cit., p. 26.



aprendida en las fuentes reveladas y en el diálogo y el encuentro cotidiano con Dios: “La fecundidad en el apostolado depende de la unión vital con Cristo” (AA 4).

Por espiritualidad de la acción misionera entendemos el conjunto de convicciones de fe, motivaciones y opciones, actitudes y conductas que deben animar a los Discípulos y Discípulas de Jesús en el cumplimiento de la misión que Él les ha confiado: anunciar el Evangelio del Reino de Dios en el mundo, con la fuerza y el poder del Espíritu Santo<sup>17</sup>. Cabe indicar que dicha espiritualidad no es una realidad ajena a la espiritualidad cristiana; más bien es una explicitación de la misma, pues la vivencia misionera y la espiritualidad que la anima pertenece a la entraña misma del cristianismo y de la vida cristiana, la cual es esencialmente misionera.

Ahora bien, todos estos factores sólo podrán aprenderse del propio Jesús; el estilo misionero y el talante del apóstol que hoy se necesita sólo podrán surgir de una profunda y radical inmersión en el misterio de Cristo. Dicho misterio es la fuente más genuina en donde toda comunidad eclesial y todo apóstol ha de aprender el estilo de vida que debe proyectar en su tarea misionera. Sólo mediante el encuentro permanente y vital Cristo, el misionero podrá sintonizar con los sentimientos y actitudes del Buen Pastor.

Toda acción misionera debe estar *cimentada en la fe, orientada por la esperanza y consumada en el amor*. Es decir, debe tener su fundamento en profundas convicciones de fe; debe estar animada por motivaciones y opciones profundamente evangélicas (esperanza); y debe ser expresada y consumada en actitudes y conductas totalmente acordes con el “estilo de vida” de Jesús (amor). En todo caso, no podemos olvidar que “el apostolado se ejercita en la fe, en la esperanza y en la caridad que el Espíritu Santo difunde en el corazón de todos los hijos de la Iglesia”, si bien “la caridad es como el alma de todo apostolado”<sup>18</sup>. “Sólo la caridad penetra las intimidades de Dios y

<sup>17</sup> El P. Esquerda Bifet define la espiritualidad misionera como “la vivencia de la misión recibida de Cristo, es decir, la espiritualidad que deriva de la misión cristiana”. Cf. *Ibid.*, p. 47; AG 4.

<sup>18</sup> *Apostolicam actuositatem* 3; cf. LG 33.

también la realidad más profunda del ser humano. Y solamente con un espíritu de contemplación se alcanza esta caridad que no tiene fronteras ni consciente cálculos egoístas en la vida del apóstol<sup>19</sup>. Sólo esa caridad, bebida en la fuente de la contemplación y de la intimidad vital con Cristo, nos hará capaces de descubrir la voluntad de Dios y nos dispondrá para dar la propia vida a ejemplo del Buen Pastor (cf. Jn 10, 10-18).

Para ser buenos misioneros se necesita ser cristianos *convencidos*, *convertidos* y *comprometidos*. El estudio, la investigación y el conocimiento de la verdad nos ayudarán a ser cristianos convencidos. Pero sólo el encuentro personal con Cristo nos ayudará a ser cristianos convertidos. Y de ambos podrá surgir el cristiano comprometido.

Sin una sólida espiritualidad misionera la acción de la comunidad eclesial y de cada agente corre el riesgo de convertirse en un activismo infecundo<sup>20</sup>, en una ideología alienante y/o en un proselitismo antievangélico, que nada tiene qué ver con el proyecto de Jesús.

Pero la espiritualidad misionera no se puede presuponer o improvisar. Es necesario también un proceso de formación humana, espiritual, doctrinal y pastoral, seria y profunda. Dicha formación debe integrar armónicamente: vida de oración, estudio, reflexión, diálogo, práctica de las virtudes, formación en las actitudes básicas, etc.

El presente y el futuro de la evangelización esta en manos de quienes tengan una profunda espiritualidad misionera. Son ellos quienes podrán hacer presente con su propia vida la buena nueva de Jesús y al *Jesús de la Buena Nueva*: “Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros” (DA 11).

A todos nos toca “recomenzar desde Cristo”<sup>21</sup>, “reconociendo que no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran

<sup>19</sup> Esquerda Bifet Juan, *Espiritualidad Misionera*, op. cit., p. 93.

<sup>20</sup> El Papa Pío XII le llamó “herejía de la acción” (Cf. PO 13).

<sup>21</sup> Cf. NMI 28-29.



idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (DA 12); como tampoco se puede ser misionero por una iniciativa personal, sino por una encomienda recibida del mismo Cristo, entendida y asumida en el encuentro vital con Él.

## **2.2. Una vida de santidad: garantía de fecundidad misionera**

El cumplimiento de la misión que Jesús nos ha dejado exige una vida de santidad, pero al mismo tiempo es un camino seguro para alcanzar dicha santidad. "Cada misionero, lo es auténticamente en la medida en que se esfuerza en el camino de la santidad" (RM 90). La evangelización exige hoy, más que nunca, "una fe sólida, una caridad pastoral intensa y una recia fidelidad". Por tanto, "el mejor evangelizador es el santo" (SD, 28). El misionero ha de ser ante todo un seguidor de Cristo, un testigo fiel de Él, pues, más que activistas, la Iglesia necesita hombres y mujeres llenos del Espíritu de Dios, dando de lo que han recibido en una experiencia personal de auténtica vida evangélica"<sup>22</sup>. El Agente-Apóstol, en cuanto "colaborador de Dios" no es un mero "instrumento pasivo"; por tanto, la calidad y eficacia de su acción pastoral-misionera dependerá en gran medida de su vida de santidad. En otras palabras: será un canal del Espíritu Santo en la medida de su santidad. De ahí que, "la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la de la *santidad*" (NMI, 30). "Es necesario que nuestro celo evangelizador brote de una verdadera santidad de vida y que [...] la predicación, alimentada con la oración y sobre todo con el amor a la Eucaristía, redunde en mayor santidad de vida del predicador [...]. El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de nuestro tiempo" (EN 76).

Sin lugar a dudas, el presente y "el futuro de la evangelización está en manos de los santos, es decir, de personas disponibles para

<sup>22</sup> Cf. Valadez Salvador, *Espiritualidad Pastoral. ¿Cómo superar una pastoral "sin alma"?*, Paulinas, Bogotá 2005, p. 110.

amar como el Buen Pastor”<sup>23</sup>. El mundo, a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios, “exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible” (EN 42).

Evangelizar hoy, significa presentar gestos claros y convincentes de caridad evangélica en los diversos ámbitos de la vida y del quehacer humano. Visto desde esa perspectiva, santo es aquel que, aún en medio de sus flaquezas y limitaciones, mantiene habitualmente el tono de la caridad evangélica. En síntesis: todo apóstol, en cuanto enviado por Cristo, y ungido con la fuerza y el poder del Espíritu Santo, debe ser signo transparente del mismo Cristo y un instrumento de su acción salvífica.

Esta vida de santidad exigida al apóstol implica a su vez dos exigencias fundamentales: a) un encuentro vital y permanente con Cristo, pues la santidad de vida nunca se ha dado si no es en un proceso de oración y de búsqueda permanente de configurarse con él; b) vivir en un proceso permanente de conversión, pues “todas las auténticas transformaciones se fraguan y forjan en el corazón de las personas”. De manera que no podrá haber “nuevas estructuras si no hay hombres nuevos y mujeres nuevas que movilicen y hagan converger en los pueblos ideales y poderosas energías morales y religiosas” (DA 538).

### **2.3. El Espíritu Santo: protagonista de la acción misionera**

El mundo y la Iglesia están viviendo un “momento privilegiado del Espíritu”. De hecho, “no habrá evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo”; él es “el agente principal de la evangelización” (EN 75); sin él es imposible el surgimiento de una nueva creación, de una humanidad nueva, de una Iglesia renovada; él es la “fuerza” que acompaña siempre la acción misionera, es “el alma de la Iglesia” (AG 4), del mundo y de cada persona.

Según el testimonio de los participantes en la Quinta Conferencia, ésta fue un verdadero Pentecostés. Fue un acontecimiento eclesial en

<sup>23</sup> Esquerda Bifet Juan, *Espiritualidad Misionera*, op. cit., p. 28.



el que se han podido evidenciar muy vivamente la presencia actuante del Espíritu Santo, en el clima de oración, de diálogo fraterno, de unidad y armonía, así como en la riqueza de los resultados. Pero ese Pentecostés no se limitó a ese momento, pues la celebración de Aparecida no fue más que el comienzo de un nuevo Pentecostés al que estamos llamados todos los católicos de Latinoamérica y el Caribe<sup>24</sup>. Ese Pentecostés es un fenómeno mundial. Ante un mundo radicalmente extraviado, pero profundamente necesitado de vida plena en Cristo, el Espíritu está actuando vivamente en la historia. Su presencia actuante se percibe en los signos de los tiempos, que expresan los anhelos más profundos de la humanidad y, al mismo tiempo, son murmullos del Espíritu que nos llama y nos capacita para trabajar en la reconstrucción de nuestra familia humana y de nuestra casa común.

Ahora bien, el primer ámbito en el que ha de manifestarse ese nuevo Pentecostés es nuestra propia vida. Es desde ahí, donde el Espíritu Santo quiere actuar para la transformación del mundo, pues no podrá haber un mundo nuevo y una nueva Iglesia, sin hombres y mujeres nuevos, llenos del Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo quien hoy, “igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado” (EN 75); es el Espíritu Santo quien “provee a toda la Iglesia de diversos dones [...] infundiendo en el corazón de los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo” (AG 4); más aún, “el mismo Espíritu que ungió a Jesús (cf. Act 10,38) es el que unge a los apóstoles (Act 1,5) y les llena de su fuerza (Act 1,8). En consecuencia, se puede decir que “evangelizar es, ante todo, dar testimonio de una manera sencilla y directa, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo” (EN 36); y que “no habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo” (EN 75). No debemos olvidar que el “gran comienzo” de la acción evangelizadora de la Iglesia tuvo lugar la mañana de Pentecostés, “bajo el soplo del Espíritu Santo” (EN 75). Esta verdad fundamental debe estar bien arraigada en la mente y en el corazón de todo apóstol y de toda comunidad eclesial.

<sup>24</sup> Cf. DA, Mensaje Final 5.

He aquí algunas exigencias para todo misionero, emanadas del protagonismo del Espíritu Santo en la misión:

- *Dejarse guiar por el Espíritu Santo en la elaboración y realización de todos los programas de evangelización*, pues “las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin él. Sin él, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu de los hombres. Sin él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan desprovistos de todo valor” (EN 75).
- *Una “humildad ministerial-apostólica”*. Consiste en la conciencia de ser instrumento o “cooperador de Dios” (cf. 1 Cor 3, 6-9). Esta actitud evitará el buscarse a sí mismo o los propios intereses. Se trata del reconocimiento y aceptación de que sin el Espíritu de Jesús nada podemos hacer (cf. Jn 15,5) y, al mismo tiempo, de que todo lo podemos en aquel que nos conforta (cf. Flp 4,13). De esta humildad apostólica brotará, a su vez, el optimismo y el gozo de la esperanza en una victoria segura. Gracias a esa humildad instrumental, el apóstol no buscará el éxito en otra seguridad que no sea la fuerza y el poder del Espíritu Santo.
- *Sobriedad y sencillez en el uso de los medios*. La convicción de que la misión evangelizadora es esencialmente obra del Espíritu ha de llevarnos a una radical sobriedad y sencillez en el uso de los medios materiales. Es decir, el éxito de la misión no dependerá de la abundancia de los medios, sino de la calidad de los testigos. Es necesario aprender de los grandes santos misioneros, quienes llevaron a cabo la tarea evangelizadora casi en la falta absoluta de medios humanos y materiales. Está suficientemente demostrado en los evangelios que la fuerza evangelizadora no se basa ni en el poder, ni en el dinero, ni en la ciencia. Más aún, esos medios, cuando se absolutizan pueden ser un obstáculo para el actuar del Espíritu Santo. Esa exigencia de pobreza y sencillez en el uso de los recursos no significa que podamos o debamos prescindir de ellos, pero en todo caso hemos de usarlos con absoluta moderación. Así daremos más fácilmente testimonio de una Iglesia pobre y del lado de los pobres.



### 3. Tres características esenciales del talante espiritual del apóstol (misionero)

#### 3.1. Fidelidad a la acción del Espíritu Santo

Todo Apóstol (misionero) debe reconocer que no puede llevar a cabo su difícil misión si no es bajo la guía y el poder del Espíritu Santo. En consecuencia, siempre deberá estar atento y ser dócil a sus inspiraciones y mandatos y secundarlos con estricta *fidelidad*. Dicha fidelidad es un aspecto esencial de la espiritualidad misionera. Por eso “es necesario formar a los discípulos en una espiritualidad de la acción misionera, que se basa en la *docilidad al impulso del Espíritu* [...]. El discípulo y misionero, *movido por el impulso y ardor que provienen del Espíritu*, aprende a expresarlo en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana” (DA 284).

La fidelidad al Espíritu Santo implica los dones de fortaleza y discernimiento. Mediante esos dones, “el Espíritu transformará a los misioneros en testigos valientes de Cristo y preclaros anunciadores de su palabra; y los irá conduciendo por los caminos arduos y nuevos de la misión” (RM 87). Pero también es necesario estudiar y entender la forma de actuar del Espíritu en cada época y lugar. Esa presencia actuante la descubrimos en los *signos de los tiempos*, cuyo conocimiento nos ayudará a dejarnos guiar por el Espíritu Santo como inspirador decisivo de programas e iniciativas y de toda actividad evangelizadora.

Auscultar, discernir e interpretar los signos de los tiempos es una función específica del apóstol (cf. EN 75) y un acto ministerial de la Iglesia. La docilidad a los signos de los tiempos viene a ser una parte integrante de la obediencia del apóstol (cf. PO 15) y de la comunidad eclesial. Pero su interpretación debe hacerse a la luz de la Palabra de Dios y en un clima de oración. Se puede decir que “la espiritualidad del evangelizador, en cuanto a los signos de los tiempos, se podría calificar de espiritualidad de acontecimientos, es decir, espiritualidad que hace de los acontecimientos objeto de oración y de entrega pastoral; toma los acontecimientos, los ilumina con la palabra de Dios (para descifrarlos), los convierte en diálogo

con Dios (para poder ser fiel a sus designios) y los traduce en compromiso apostólico<sup>25</sup>.

La fidelidad a la presencia y acción del Espíritu Santo comporta también el sentido de instrumento activo, así como la fe en las mediaciones eclesiales y humanas, pues éstas suelen ser cauces ordinarios a través de los cuales el Espíritu nos muestra el camino a seguir y/o nos lo confirma. Estar atento a esa acción concreta del Espíritu es el secreto del éxito apostólico.

Por otra parte, la fidelidad al Espíritu es una expresión de la vida teológica del apóstol: es expresión de fe como fidelidad al mensaje, expresión de esperanza como fidelidad a las promesas y expresión de caridad como fidelidad a la acción santificadora y transformante<sup>26</sup>.

El constante discernimiento ayudará al apóstol a conocer la verdadera acción del Espíritu, distinguiéndola de razones humanas, así como a vencer los obstáculos permanentes para la fidelidad en la vida apostólica, entre otros: la disipación, la falta de esfuerzo, las aficiones desordenadas, el apegamiento a los propios criterios e intereses personales. Para un adecuado discernimiento es necesario echar mano de todos los medios al alcance, teniendo como base el auxilio divino: consejo, estudio del magisterio eclesial, experiencia propia o ajena, sentido “común” y sentido de eclesialidad.

En síntesis: la Iglesia sólo podrá ser signo y “sacramento de salvación” (AG 1) en la medida de su fidelidad a la acción del Espíritu Santo (LG 4). Y es por esa acción que el Apóstol podrá irse identificando con Jesús-Camino, Jesús-Verdad y Jesús-Vida (cf. DA 137). “La Iglesia está llamada profundamente a relanzar con *fidelidad y audacia* su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales [...]. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos [...] protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu” (DA 11).

<sup>25</sup> Esquerda bifet, *Espiritualidad misionera*, op. cit., p. 157.

<sup>26</sup> Cf. *Ibid.*, p. 210-211.



### 3.2. Espíritu y corazón universal

El misionero debe tener un marcado sentido universalista, emanado de una fina sensibilidad humana y eclesial, pues solo un espíritu misionero capaz de romper las fronteras del propio egoísmo personal y colectivo será apto para responder a este tiempo de gracia, tal vez irrepetible, que el Espíritu Santo está suscitando de cara a la evangelización. En relación a los sacerdotes, *Redemptoris missio* afirma: “Todos los sacerdotes deben tener corazón y mentalidad misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más alejados y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente. Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera” (RM 67). Pero esto es aplicable a todo apóstol-misionero.

Se requiere una fina sensibilidad para llevar el anuncio del evangelio a esas grandes muchedumbres que anhelan encontrar la solución a sus problemas más hondos. La evangelización de esos ámbitos neurálgicos de nuestra sociedad contribuirá de manera determinante a la creación de una nueva humanidad. Por eso “es necesario conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza” (GS 4).

Este universalismo tiene su fundamento en el hecho de que todos los seres humanos hemos sido creados por Dios y destinados a ser su imagen. Y, tras el pecado, Dios nos dio la salvación en Cristo a todos, sin excepción (cf. Tit 2,11;3,4; Mt 28,18). Jesús es salvador de todos (Mt 1,21), pertenece a todos, se hizo hermano de cada ser humano, se hizo responsable de nuestra historia y es el pastor de toda la humanidad. La misión salvífica que recibió del Padre no tiene fronteras de tiempo o lugar. Él derramó su sangre por todos y todos tienen necesidad y derecho de conocer y encontrar a Cristo.

Por otra parte, esta actitud universal implica por parte del misionero, entender que el Reino de Dios está aconteciendo incluso más allá de las fronteras de la Iglesia y que el Espíritu Santo está actuando en las culturas y en la historia. Esta realidad exige del misionero una



actitud de apertura, que le permita descubrir las huellas de Cristo en cada pueblo y religión, en cada persona y acontecimiento.

La misión evangelizadora es universal y cósmica en cuanto que afecta a toda la creación, la humanidad entera y la historia. Es una misión sin fronteras. Por tanto, los destinatarios del evangelio son todos los seres humanos. Pero hoy, esta universalidad de la evangelización debe abarcar también sectores especiales de la humanidad que no siempre coinciden con una geografía. La universalidad de la evangelización no es simplemente geográfica, sino que abarca también situaciones, estructuras, puntos neurálgicos de nuestra sociedad, sectores descristianizados, o secularizados, mundo del pensamiento y del trabajo, etc.<sup>27</sup>

La caridad del Buen Pastor no tiene fronteras de ningún tipo: da la vida por todos (2Cor 5,15); nos llama a la fe a todos (Mt 11,28); y quiere que el evangelio llegue a todos (Mc 16,15). Es en esta universalidad de la evangelización en donde hunde sus raíces más profundas el espíritu universal del misionero. Del mismo modo que la misión de Jesús no tiene fronteras, tampoco las tiene la participación en ella (Jn 20,21). En ese sentido, el misionero está llamado a ser el "hermano universal" (Ch. de Foucoud); lleva consigo el espíritu de la Iglesia, su apertura y atención a todos, de modo especial a los más desfavorecidos. En cuanto tal, supera todas las fronteras y divisiones; es signo del amor de Dios en el mundo, que es un amor universal.

Ese espíritu universal supone y exige una actitud de comunión-unidad, fraternidad y solidaridad:

*Comunión-unidad.* La unidad o comunión eclesial es un aspecto esencial de la Iglesia en cuanto sacramento o signo eficaz de salvación. Por tanto, traicionar dicha unidad es contradecir y obstaculizar su misión. Lamentablemente, la unidad del trabajo misionero en el ámbito de las Iglesias locales sigue siendo un reto, pues a menudo lo que se percibe es un "capillismo" exacerbado donde cada diócesis sólo se interesa por sí misma, dejando de lado el compromiso de la

<sup>27</sup> Cf. EN 49-50.



misión universal; y lo mismo se ve en los organismos eclesiales: a menudo en los grupos, movimientos o institutos religiosos prevalece la búsqueda de los propios intereses sobre el bien de la evangelización. Lograr la unidad-comunión es una tarea que va unida a la misión, pues es claro que la falta de la unidad entre los cristianos es uno de los mayores obstáculos para la evangelización: “La fuerza del evangelio quedará muy debilitada si los que anuncian el Evangelio están divididos entre sí por tantas clases de rupturas. ¿No estará quizá ahí uno de los grandes males de la evangelización?” (EN 77).

*Fraternidad.* Una de las notas características del actuar apostólico debe ser la fraternidad y colaboración entre los apóstoles y entre las instituciones de apostolado, así como entre los pastores de las diversas Iglesias (cf. DA 181). La fraternidad evangélica auténticamente vivida es ya un modo de evangelizar y es garantía de eficacia apostólica. La fraternidad encierra un carácter sacramental. Entre otras cosas, es signo de: la novedad cristiana; de que somos discípulos del Señor Jesús; de que Jesús fue enviado por el Padre y de que el cristianismo tienen origen divino; de la realidad profunda de la Iglesia; de la familia humana de Jesús; de la Trinidad; de la comunidad escatológica<sup>28</sup>.

*Solidaridad.* La solidaridad sigue siendo una “cuenta pendiente” en la Iglesia. Esto se ha venido insistiendo hasta la saciedad en diversos documentos del magisterio eclesial: “De aquí deriva para las Iglesias particulares del Continente americano el deber de la recíproca solidaridad y de compartir sus dones espirituales y los bienes materiales con que Dios las ha bendecido favoreciendo la disponibilidad de las personas para trabajar donde sea necesario” (EA 52b)<sup>29</sup>. Pero la realidad es que sigue ausente en la mayoría de las Iglesias, pues mientras que unas “nadan en la abundancia”, otras mueren de inanición... Aparecida señala la solidaridad como un desafío: “Conscientes de que la misión evangelizadora no puede ir separada de la solidaridad con los pobres y su promoción integral, y sabiendo que hay comunidades eclesiales que carecen de los medios necesarios, es imperativo ayudarlas, a imitación de las primeras comunidades cristianas, para que

<sup>28</sup> Giordano Cabra Pier, Para una vida fraterna, Sal Terrae, Santander 1998, p. 145-159.

<sup>29</sup> Cf. EA 2, 32, 37.

de verdad se sientan amadas. Urge, pues, la creación de un fondo de solidaridad entre las Iglesias de América Latina y El Caribe que esté al servicio de las iniciativas pastorales propias" (DA 545). ¿Cuándo haremos realidad este mandato...?

### 3.3. *Parresía*

No existe en el español una palabra que traduzca el término *parresía*, el cual encierra una gran riqueza conceptual. De acuerdo a su uso en el libro de los Hechos de los Apóstoles, podría traducirse entre otras cosas como: entusiasmo incontenible, valentía, libertad, paciencia, alegría, optimismo, creatividad, osadía, etc. Tales son algunas de las características de los primeros evangelizadores: anuncian a Jesucristo con valentía y libertad, con alegría y con un entusiasmo incontenible, nacido de su profunda experiencia del Señor Jesús y del fuego del Espíritu que llevan en su corazón.

Son muchos los testimonios de *parresía* que encontramos a lo largo del libro de los Hechos de los Apóstoles: "No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (Hech 4,20); "los apóstoles respondieron: "hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (5,29); "y [Saulo] comenzó a convivir con ellos en Jerusalén, predicando con valentía" (9,28); "Pablo y Bernabé, permanecieron bastante tiempo allí. Predicaban sin miedo..." (14,3); "Mientras pasaban por las ciudades, proclamaban con toda libertad al Señor Jesucristo" (16,4)<sup>30</sup>. Otra muestra patente de esa *parresía* que caracterizó a los primeros evangelizadores es que sufren con paciencia y aún con gozo las adversidades. Consideran un honor inmerecido el poder sufrir por Cristo persecuciones, cárcel, azotes y aún la muerte: "Ellos salieron del Sanedrín muy gozosos por haber sido considerados dignos de sufrir por el Nombre de Jesús" 85,41); "Pero de ninguna manera me preocupo por mi vida [...] con tal de cumplir el ministerio que he recibido del Señor Jesús" (20, 24); "entonces Pablo contestó: [...] yo estoy dispuesto por el Nombre del Señor Jesús, no sólo a ser encadenado, sino a morir en Jerusalén" (21,13)<sup>31</sup>. Gracias al Espíritu

<sup>30</sup> Cf. Hech 5,24;8,6;17,32;18,4;18,9-11;25,1-32; cf. DA 273.

<sup>31</sup> Cf. Valadez Salvador, *Espiritualidad Pastoral. ¿Cómo superar una pastoral "sin alma"?* Paulinas, Bogotá 2005, p. 66-68.



que actúa en ellos, los apóstoles (misioneros) anuncian la palabra de Dios llenos del Espíritu Santo, con una fuerza irresistible<sup>32</sup>.

Al igual que entonces, el evangelio no puede ser presentado a los hombres y mujeres de hoy con simples explicaciones teóricas o con argumentos apologetas, sino sobre todo con gestos y actitudes de vida y santidad que expresen la propia experiencia de Dios: una experiencia de diálogo, de alegría y de esperanza. Urge presentar una Iglesia que evangeliza sin subordinarse a ninguna ideología o sistema humano.

Los números 24 y 25 del Decreto *Ad gentes* hacen un esbozo del perfil espiritual del misionero. Aquí sólo resaltamos algunos rasgos de la espiritualidad misionera que debe de tener, hoy en día, toda comunidad eclesial y todo misionero:

*Valentía-Libertad-Confianza*. La Misión Continental exige de cada comunidad eclesial y de cada bautizado “salir de nuestra conciencia aislada y lanzarnos con valentía y confianza (*parresía*), a la misión de toda la Iglesia “(DA 363). Estas actitudes sólo podrán nacer de la fascinación por Cristo y de la certeza de que en Él está nuestra vida y nuestra libertad: “Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada- de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera...” (DA 14)<sup>33</sup>.

*Entusiasmo-“ardor misionero”*. “La maduración en el seguimiento de Jesús y la pasión por anunciarlo requiere que la Iglesia particular se renueve constantemente en su vida y ardor misionero. Sólo así puede ser, para todos los bautizados, casa y escuela de comunión, de participación y solidaridad. En su realidad social concreta, el discípulo hace la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo, madura su

<sup>32</sup> Cf. Rm 15,18; 1Cor 2,4; Act 3,9; 4, 8.13.31.

<sup>33</sup> Benedicto XVI, Homilía en el solemne inicio del Ministerio Petriño del Obispo de Roma, 24-04-2005.

vocación cristiana, descubre la riqueza y la gracia de ser misionero y anuncia la Palabra con alegría” (DA 167).

*Optimismo-esperanza.* En medio de tantos obstáculos, el misionero necesita saber “esperar contra toda esperanza” (Rom 4, 18). Sólo así podrá transformar las dificultades en nuevas oportunidades de evangelización. El encuentro y seguimiento de Cristo nos permitirá salir de nuestro aislamiento y nos impulsará a “comunicar a todos la vida verdadera, la felicidad y esperanza que nos ha sido dado experimentar y gozar” (DA 549).

*Alegría.* Una señal inconfundible de auténtica caridad pastoral es la alegría. De hecho, el gozo del apóstol forma parte del mismo anuncio evangélico: “Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar con lágrimas. Hagámoslo [...] con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas” (EN 80; cf. DA 17).

*Audacia-Creatividad.* La situación actual exige creatividad, audacia y mayor generosidad para abrir nuevas rutas a la evangelización: “La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con *fidelidad y audacia* su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales” (DA 11). Ahora bien, “para convertirnos en una Iglesia llena de ímpetu y audacia evangelizadora, tenemos que ser de nuevo evangelizadores y fieles discípulos” (DA 549)<sup>34</sup>.

## Conclusión

La Misión Continental, a la que hemos sido enviados en Aparecida, sólo podrá hacerse realidad y “ser permanente y profunda” en la medida en que “prenda” en el corazón de cada apóstol-misionero y de cada comunicad eclesial. No se podrá realizar por un “decreto” oficial, sino por la acogida gozosa del llamado y reenvío del Señor de la Viña en el encuentro personal con Él.

<sup>34</sup> Cf. DA 287, 345.



Dicha misión supone y exige una sólida *espiritualidad de la acción misionera* (DA 284) vivida como estilo de vida, proceso de conversión y camino de santidad. Sólo así los discípulos y discípulas misioneros/as podrán ser signos vivos de Jesús, con la fuerza del Espíritu Santo y en estricta fidelidad a Él. Sólo así podrán anunciar a Jesucristo y su Buena Nueva con *parresía*. Es decir con valentía, libertad, confianza, optimismo, alegría, creatividad y entusiasmo incontenible..., a ejemplo de los primeros evangelizadores.



## Actualidad de Medellín para la Iglesia Latinoamericana y del Caribe y su proyección en Aparecida

Alvaro Cadavid Duque\*

### Sumario

El presente artículo nos ofrece una visión panorámica sobre el itinerario de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña, desde Medellín hasta Aparecida, pasando por Puebla y Santo Domingo. Se desarrollan, con gran lucidez, aquellos aspectos más relevantes que muestran la continuidad de Medellín en América Latina y el Caribe, al mismo tiempo que se señala la proyección que dicha Conferencia tiene en Aparecida, quedando de manifiesto la continuidad histórica de nuestra Iglesia.

**Palabras clave:** Medellín, Aparecida, Misión, Iglesia latinoamericana.

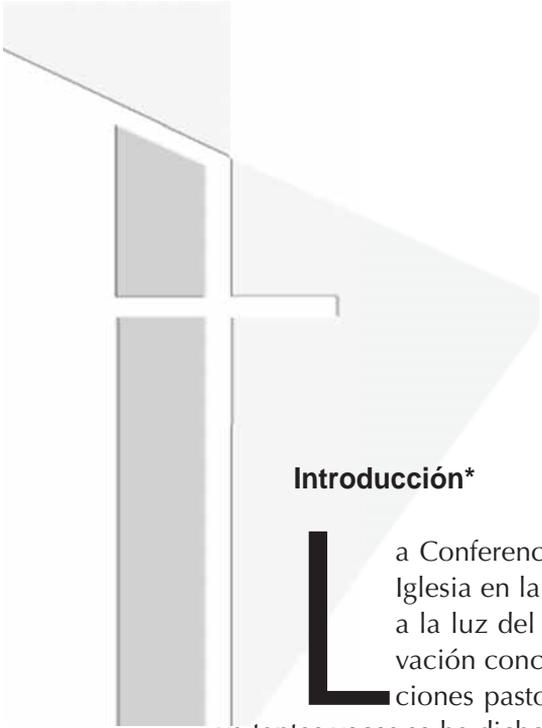
\* Sacerdote Diocesano de la Diócesis de Facatativá. Doctor en Teología por la Pontificia Facultad de Teología de Granada-España (1996). Profesor en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y del Itopal.  
acadavid@une.net.co



**Sumário:**

O atual artigo oferece-nos uma visão panorâmica sobre o itinerário da Igreja Latino-americana e Caribenha, desde Medellín até Aparecida, passando por Puebla e Santo Domingo. Desenvolvem-se, com grande lucidez, aqueles aspectos mais relevantes que mostram a continuidade de Medellín na América Latina e no Caribe, ao mesmo tempo que se assinala a projeção que esta Conferência tem em Aparecida, revelando a continuidade histórica de nossa Igreja.

**Palavras chave:** Medellín, Aparecida, Missão, Igreja Latino-americana.



## Introducción\*

La Conferencia de Medellín, con su tema general: La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio<sup>1</sup>, quiso hacerse eco de la renovación conciliar y aplicar sus conclusiones y orientaciones pastorales al Continente. Sin embargo, como ya tantas veces se ha dicho, Medellín no se limitó a hacer una mera interpretación o aplicación del Concilio a nuestra realidad, sino que, además de una lectura situada, hizo una especial recepción de aquél a partir de ese mismo espíritu que posibilitó aquella magna asamblea eclesial. Es el espíritu que convocó al Concilio Vaticano II el mismo que ocasionó a Medellín, y el que también ha posibilitado las tres siguientes Conferencias de obispos latinoamericanos y caribeños, siendo la de Medellín la iniciadora de un proceso eclesial nuevo en nuestro Continente, en el que cada Conferencia profundiza, desarrolla e impulsa el camino comenzado, según lo han ido afirmando cada una de las Conferencias realizadas<sup>2</sup>, o como lo testifica Aparecida, a propósito del nuevo paso que quiere realizar: dar continuidad, y a la vez, recapitular el camino de fidelidad, renovación y evangelización de la Iglesia latinoamericana que se expresó oportunamente en las anteriores Conferencias<sup>3</sup>.

---

\* El presente artículo corresponde a la Conferencia Magistral que el autor dictó el 24 de julio pasado, con motivo del cuarenta aniversario de Medellín. El evento fue organizado por el CELAM, y se llevó a cabo en la sede de la Conferencia Colombiana, en el marco de la reunión de coordinación general del CELAM.

<sup>1</sup> Asistieron a la Conferencia, del 26 de agosto al 6 de septiembre de 1968, 145 obispos, 70 entre sacerdotes y religiosos, 6 religiosas, 19 laicos, 9 observadores no católicos, para un total de 249 participantes.

<sup>2</sup> DP 25, 88, 96; Juan Pablo II, Discurso inaugural 1; DSD, Mensaje a los pueblos 4; DSD 1, 178, 290, 296, 302, 303.

<sup>3</sup> DA 9 (cf. DA 16, 19, 100h).



Ha sido tal la importancia de Medellín, que se ha convertido en el punto de referencia obligado y en la fuente en la que bebe todo aquel que quiere descubrir la memoria original fundante de lo que hoy somos como Iglesia y de las líneas y opciones pastorales que hemos tratado de realizar en estos últimos tiempos. Y esto, hasta el punto que, ante cada nueva Conferencia o ante cada nueva acción eclesial y pastoral, ha sido inevitable preguntarse si está en conformidad o, por el contrario, desvirtuando el espíritu de Medellín o de alguna de sus conclusiones en particular.

La especial recepción del Concilio en el Continente fue favorecida, tanto por sus mismos contenidos, como por la situación que vivía la América Latina y el Caribe de ese entonces. En cuanto a lo primero, hay que destacar que el espíritu mismo del Vaticano II, así como la novedad de sus contenidos, favorecieron un ambiente de entusiasmo, de interés y de comunión entre las distintas iglesias locales que, interpeladas por el Concilio, buscaban la manera de aplicarlo en el Continente. Respecto a lo segundo, la peculiar condición de la América Latina y el Caribe de aquel momento, urgida de cambios sociales y eclesiales, y ansiosa de una palabra nueva que le permitiera pensar teológicamente su realidad de pobreza y marginación, fue terreno ideal para que el Concilio desplegara todas sus potencialidades<sup>4</sup>. Estos dos elementos hicieron de Medellín un verdadero acontecimiento histórico que, junto a la lucidez de sus análisis, al carácter profético de sus contenidos, y al ímpetu y novedad de sus propuestas pastorales, alcanzó una significación que traspasó las fronteras de nuestro Continente, llegando a resonar su voz y a leerse con interés y admiración en otras latitudes, e incluso, a convertirse muchas de sus temáticas en fuente de inspiración para teólogos y pastoralistas, tanto de América Latina, como de otros continentes, y hasta del mismo Magisterio Pontificio<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> Cf. DM, Justicia 1.

<sup>5</sup> Temáticas como la relación entre salvación cristiana y progreso humano, salvación y liberación, evangelización y promoción humana, y otras, aparecen en la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* y en las encíclicas sociales del Papa Juan Pablo II, para solo mencionar algunos casos.



Es, pues, la Conferencia de Medellín, un acontecimiento histórico que con su espíritu renovador, expresado en su novedoso contenido, impactó el momento eclesial de aquella época, generando, a su vez, procesos pastorales que han determinado de manera muy propia y original nuestro modo de ser Iglesia y nuestra manera de afrontar la tarea evangelizadora en estos últimos cuarenta años.

Cuando nos preguntamos por la actualidad de Medellín y por su proyección en la V Conferencia General del Episcopado, realizada en Aparecida, no nos referimos propiamente a que si lo dicho en tal o cual texto se ha llevado o no a cabo, pues los textos, considerados en sí mismos, son más bien el reflejo de las actitudes y perspectivas propias de la época, y en este sentido pueden ser transitorios. Cuando indagamos por la actualidad de Medellín, aludimos, más bien, al movimiento desatado por ese espíritu de novedad con el cual se afrontaron las cuestiones vitales del Continente, y al inicio que, en dicha Conferencia, tuvieron algunas cuestiones pastorales que siguen vigentes hoy, y que a través del proceso de recepción, reflexión y elaboración que han seguido en las Conferencias posteriores, han llegado hasta Aparecida con un grado notorio y significativo de madurez eclesial, constituyéndose en un importante patrimonio teológico y pastoral de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña. En este sentido, contamos ya con cuatro décadas de una rica tradición eclesial postconciliar latinoamericana y caribeña, que ha producido frutos pastorales inéditos y que se ha constituido en un reconocido y valioso aporte de vitalidad y rejuvenecimiento para la Iglesia universal.

En nuestra reflexión, nos proponemos, en un primer momento, desentrañar algunos elementos que, por su profundo impacto y por la influencia que han tenido en el pensamiento y en el accionar de la Iglesia del Continente en estos años, revelan el especial significado y la actualidad teológica y pastoral de la II Conferencia General del episcopado latinoamericano y caribeño. En un segundo momento, en continuidad con el primero, queremos escudriñar en el documento de Aparecida, la proyección que el acontecimiento y el documento de Medellín pudieron tener en la V Conferencia.



## I. La actualidad de Medellín en la Iglesia de América Latina y del Caribe

La recepción y la actualidad de un acontecimiento y de un documento se miden por el imaginario y las realizaciones que uno y otro producen, Y ciertamente que la II Conferencia General del Episcopado latinoamericano y caribeño, y el documento conclusivo por ella emanado, han marcado un hito en la historia de la Iglesia latinoamericana y caribeña, pues con sus intuiciones y particulares reflexiones, esa Conferencia lanzó a la Iglesia del Continente a la búsqueda de formas y modelos inéditos de ser Iglesia y de formas nuevas de realizar su tarea evangelizadora; búsqueda que en estas cuatro décadas ha dado ya abundantes frutos a través de las Conferencias de Puebla, Santo Domingo y Aparecida, así como de la pastoral por ellas suscitada.

A partir de la continuidad, profundización y actualización que Puebla, Santo Domingo y Aparecida hacen de Medellín, y teniendo en cuenta la recepción y las realizaciones mismas que ese acontecimiento y su documento han producido en el imaginario episcopal y en la vida de la Iglesia en el Continente, hacemos emerger algunos elementos que, en el transcurrir de estas cuatro últimas décadas, revelan un desarrollo y una realización cada vez más plena y madura del espíritu y de las intuiciones e intenciones de Medellín, quedando, de esta manera, colocados ante el primer objetivo de nuestra reflexión.

### 1. *Una manera nueva de concebir al hombre, a la historia y a Dios*

Detrás de todas las reflexiones de Medellín, se esconden un conjunto de percepciones nuevas acerca del hombre, de la historia y de Dios, heredadas, por una parte, de la recepción eclesial en el Vaticano II de los desafíos del humanismo moderno, acogidos por la *Gaudium et Spes*, y, por otra, de un elemento propio del Concilio, como lo es el sentido que la *Dei Verbum* da a la revelación, al comprenderla en términos históricos, dinámicos y personales-dialógicos, y no sólo doctrinales, lo que, a su vez, generó acelerados progresos en los estudios bíblico-exegéticos. Uno y otro, el reconocimiento de dimensiones nuevas del existir humano, y el estudio cada vez más

profundo y rico en comprensiones de la Palabra de Dios, fueron renovando todo el saber teológico, con un impacto primordial en la cristología y en la antropología teológica.

Sin este nuevo marco antropológico y bíblico-teológico de intelección, no hubiera sido posible la renovación eclesial y pastoral que ha venido paulatinamente experimentando nuestra Iglesia a partir de Medellín. Donde ha faltado este marco, difícilmente se ha podido avanzar por caminos nuevos en la Iglesia del Continente.

A partir de Medellín, la Iglesia del Continente se ido alejando progresivamente de la comprensión estática, esencialista y determinista que se tenía del hombre, de la historia y de Dios; visión que había originado una comprensión de la Iglesia, de la pastoral, de la espiritualidad y de la teología, que si bien es cierto que en algún momento prestaron un servicio, ya no hacían justicia ni respondían a los anhelos de los hombres y mujeres de América Latina y el Caribe.

Se reconoce en Medellín, en sintonía con la *Gaudium et Spes*, un dato que tendrá una especial incidencia en las reflexiones episcopales posteriores: la historicidad del hombre y la autonomía de la historia. El reconocimiento de este elemento, abre la posibilidad para la elaboración de un discurso nuevo sobre la realidad histórica del hombre como constructor libre de cultura y de historia, siendo éste el escenario de su realización, a la vez que el condicionante de su mismo ser y de su actuar<sup>6</sup>.

La nueva visión posibilita una comprensión integral del hombre, desprovista de todo dualismo, que reconoce la mutua interdependencia y el diálogo entre el hombre, la cultura, la historia y la religión como realidades constitutivas de su ser y de su actuar. Desde esta nueva perspectiva, los obispos en sus Conferencias Generales, de Medellín a Aparecida, hacen notar los efectos que la situación histórica y cultural concreta del Continente provoca sobre ese hombre, a la vez,

<sup>6</sup> Cf. DM, Catequesis 4, 6, 15, Movimientos de Laicos 8, 9, 12; DP 187, 1034, 306, 308-315, 322, 324, 327, 335, 336, 392; DSD 24, 58, 157, 215, 266, 252; DA 16, 27, 32, 52, 59, 104-113, 120-126, 380-389, 476-477.



que le señala la acción que debe realizar, como artífice de su propia historia, con miras a la transformación de las mismas<sup>7</sup>.

A la par del dato anterior, hay la convicción, desde Medellín, que lo teológico atraviesa de principio a fin la historia de los hombres. La adquisición de este saber posibilita una experiencia profunda de lo divino en la historia misma: Dios interviene gratuitamente en la historia, suscitando la acción del hombre. Aunque no haya coincidencia plena entre la historia del hombre y la historia de la salvación, se reconoce que tampoco hay separación. Dios actúa en la historia en y por la acción humana<sup>8</sup>.

Esta experiencia y esta convicción de la unidad de la historia, permite, en Medellín y de allí en adelante, hacer una adecuada articulación entre fe y vida<sup>9</sup>. La fe lleva a término el dinamismo interno de la historia y, como tal, no es un complemento de la historia, sino su plenitud, a la vez que ésta es el lugar en la que se vive y realiza la fe. Ya no caben dualismos entre la fe y la historia. Ya no es posible concebir la fe de manera privada, pietista, individualista, estática, como una sobre-estructura al margen o paralela a la vida o la acción humana, o como una mera confesión verbal que nada tiene que ver con el desarrollo de la historia, sino que ella, la fe, es entendida ahora como una realidad dinámica, que posee una clara dimensión social, práxica y transformadora de la misma historia<sup>10</sup>.

De esta nueva manera de comprender las cosas, se desprende, además, el esfuerzo por superar todo dualismo idealista y todo determinismo histórico y religioso de cualquier cuño, en el que se concibe

<sup>7</sup> Cf. DM, Justicia 3, 4, 5; Formación del Clero 11, Paz 14; DP 321-329, 335, 297-443, 1034; DSD 157, 266; DA 33-97, 476-480.

<sup>8</sup> Cf. DM, Introducción 4-5, Justicia 5, Catequesis 4, 6,15, Pastoral de Élités 13; DP 15, 276, 476, 1128; DSD 13, 17, 157, 159; DA 19, 42, 380, 383, 388, 393, 476, 477.

<sup>9</sup> Esta comprensión unitaria de la historia, de la fe y la vida, posibilitó también en el Continente el nacimiento de un discurso teológico nuevo, la llamada "teología de la liberación", discurso en el que vienen unidas, y sin escisiones, la creación, la revelación, la encarnación, el reino de Dios, la Iglesia y el final mismo de la historia (Cf. G. Gutiérrez, Teología de la liberación, Salamanca 1985, 102-109). Más adelante haremos una referencia concreta a esta teología.

<sup>10</sup> Cf. DM, Pastoral de Élités 9-12; DP 783, 914, 1126; DSD 22, 24, 33, 44, 48, 96, 116, 130, 160, 161, 253, 267; DA 331, 386, 478, 505.

la trascendencia divina como alejada de los hombres e incapaz de tocar la historia humana en su rico dinamismo, reduciendo la intervención de Dios a algunos momentos ocasionales y caprichosos, y otorgándole un carácter providencialista y hasta casi mágico a la misma acción divina. Es de esta imagen de Dios, así distorsionada, de la que tantas veces se ha nutrido nuestra religiosidad popular, y de la que tanto se ha insistido que hay que purificar. Se quiere liberar al hombre latinoamericano y caribeño de todo fatalismo respecto a Dios y a la historia, y también de cualquier forma mágica de ver el mundo<sup>11</sup>. De esta manera, va emergiendo en Medellín, y en las Conferencias posteriores, una imagen nueva de Dios que quiere salirse de los estrechos moldes tradicionales, devolviéndole, en consonancia con la Dei Verbum, el rico dinamismo de su actuar histórico-salvífico, además de su carácter personal y autorevelador<sup>12</sup>.

Así, entonces, se constituye Medellín en el inicio de la superación, para la Iglesia latinoamericana y caribeña, de las comprensiones teológicas y pastorales de una neoescolástica decadente que se había puesto de moda en el siglo XIX, alcanzando también el siglo XX, y que invadía toda la mentalidad y toda la estructura eclesial hasta la época del Concilio. Mentalidad y estructuras que el Concilio, precisamente, quiso renovar. Allí, donde esa mentalidad conservadora y tradicionalista permanece, donde las ideas acerca de Dios, del hombre y de la historia mantienen esos tintes estáticos, fijos, providencialistas y deterministas, no ha sido posible pensar en ninguna renovación eclesial ni en ningún proceso evangelizador nuevo. Sólo en aquellos lugares en donde esas comprensiones han ido cambiando, la Iglesia ha ido adquiriendo un rostro nuevo, comenzando nuevos dinamismos evangelizadores y misioneros que han contribuido a hacerla más creíble a los ojos de los hombres y mujeres del Continente.

<sup>11</sup> Cf. DP 308-309.

<sup>12</sup> Cf. DM, Introducción 4 y 6, Justicia 3, 4, 5; Liturgia 2; DP 85, 182-184, 189, 209-211, 333-339; DSD 4-15; DA 129-142, 347-350, 353.



## 2. ***La permanente atención, discernimiento e interpretación de los signos de los tiempos***

Una de las mayores novedades de la Iglesia latinoamericana y caribeña, a partir de Medellín, ha sido su especial preocupación por entrar en contacto con la realidad y la historia concreta de nuestros pueblos. Es tal la fuerza de este dato, que se puede decir que uno de los hilos conductores de toda la reflexión del Episcopado latinoamericano y caribeño, en sus cuatro últimas Conferencias, ha sido la atención permanente a los signos de los tiempos presentes en esta historia. En el arte de discernir e interpretar dichos signos, nuestros obispos se han hecho auténticos maestros<sup>13</sup>.

Dicha categoría ha sido entendida en una doble perspectiva: en sentido pastoral y en sentido teológico<sup>14</sup>. En sentido pastoral, se constituyen los signos de los tiempos en un conjunto de acontecimientos y realidades de un determinado momento histórico, que desafían la acción de la Iglesia y reclaman una respuesta por parte de la misma. En sentido teológico, permiten dichos acontecimientos y realidades, captar la presencia actual de Dios en nuestra historia. A través de estos signos concretos, continúa Dios interpelando y dirigiendo hoy una palabra salvífica. En este sentido, los signos de los tiempos son elevados, en Medellín, a la categoría de auténticos lugares teológicos<sup>15</sup>. Aparecida, se coloca en la misma línea cuando, refiriéndose a la conversión pastoral, a la que todos estamos llamados, dice que ella “implica escuchar con atención y discernir “lo que el Espíritu

<sup>13</sup> La referencia a la realidad, y, en ella, a los signos de los tiempos, se hace en Medellín en todo el conjunto de sus documentos, pero, explícitamente, en Introducción 4, Laicos 13, Pastoral de Élités 13, Catequesis 12, Formación del clero 10 y 26. En Puebla se mencionan los signos de los tiempos explícitamente en los nn. 12, 15, 420, 473, 653, 847, 1115, 1128 e, implícitamente, en los nn. 267, 277, 338, 379, 476. En Santo Domingo se relacionan los nuevos signos de los tiempos en los nn. 164-227 y 243. En el Documento de Aparecida en los nn. 33, 99g, 366, 376 (la realidad como desafío para la Iglesia). Pero, de hecho, todo el capítulo 2 de la primera parte de Aparecida (nn. 33-100), es una mirada a la realidad, un “ver” los signos de los tiempos.

<sup>14</sup> Una aproximación a los signos de los tiempos en el contexto de América Latina y el Caribe y de las Conferencias Generales del Episcopado, se encuentra en A. Cadavid Duque, *Los Signos de los Tiempos. Perspectiva Latinoamericana*, CELAM, Santafé de Bogotá 1997, 103 p.

<sup>15</sup> Cf. DM, Pastoral de Élités 13 (cf. DP 15, 1128; DA 366).

está diciendo a las Iglesias" (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta"<sup>16</sup>.

La necesidad de discernir estos signos, ha hecho de la Iglesia latinoamericana y caribeña una comunidad eminentemente profética, capaz de anunciar con valentía la Buena Nueva del Evangelio en cada situación, a la vez que la ha capacitado para denunciar todo lo que contradice el proyecto de Dios en el Continente. De igual manera, el reconocimiento de estos signos, le ha permitido a nuestra Iglesia salir de los estrechos márgenes de lo considerado explícitamente como cristiano y del mero marco institucional eclesial, entrando en diálogo con diversas disciplinas y con diversas culturas, para discernir la presencia de Dios en todo lo humano y en todas las gestiones que los hombres y las mujeres realizan para construir su historia.

Emparentada a la lectura de los signos de los tiempos, y como consecuencia de la misma, se derivó para las Conferencias Generales del Episcopado, desde Medellín, el uso de una metodología muy propia, aunque, se sabe, no original de las Conferencias. Se trata del método ver-juzgar-actuar. El uso de este método, junto a la lectura de los signos de los tiempos, le ha otorgado un talante especial a las reflexiones de los Obispos. El documento de Aparecida, recogiendo algunos aportes que se hicieron acerca de la importancia de utilizar esta metodología en la V Conferencia, ofrece un elenco de las bondades que su uso ha ocasionado<sup>17</sup>: 1. Ha colaborado a vivir más intensamente la vocación y misión en la Iglesia; 2. Ha enriquecido el trabajo teológico y pastoral; 3. Ha motivado a asumir las responsabilidades ante las situaciones concretas del Continente; 4. Ha permitido articular, de modo sistemático, la perspectiva creyente de ver la realidad; la asunción de criterios que provienen de la fe y de la razón para su discernimiento y valoración con sentido crítico; y, en consecuencia, la proyección del actuar como discípulos misioneros de Jesucristo.

En el mismo documento de Aparecida, los obispos establecen dos presupuestos indispensables para garantizar la eficacia del uso de

<sup>16</sup> DA 366.

<sup>17</sup> Cf. DA 19.



este método<sup>18</sup>: 1. “La adhesión creyente, gozosa y confiada en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; 2. “La inserción eclesial”.

Podemos asegurar, en consonancia con lo anterior, que la lectura de los signos de los tiempos y el uso de la metodología ver-juzgar-actuar, le ha dado a nuestra Iglesia una originalidad, una creatividad y una mordiente histórica sin igual, pues a través de aquellos, y mediante esa forma metodológica de proceder, los obispos han procurado que la tarea evangelizadora brote de las entrañas mismas de nuestra realidad, anclándola en la situación política, económica, social, cultural y religiosa del Continente.

### **3. *La toma de conciencia, cada vez mayor, de la realidad de la pobreza y la exclusión, y la opción preferencial por los pobres***

Si alguna realidad ha impactado a nuestros obispos en el transcurso de estos cuarenta años, dejándose permear por ella, ha sido la pobreza de nuestro pueblo. A partir de Medellín, la Iglesia latinoamericana y caribeña fue progresivamente tomando conciencia de que el más grande desafío para su misión evangelizadora es la injusta y degradante pobreza en la que viven millones de personas en el Continente. Esto no significa que otros desafíos no fueran importantes y fundamentales, pero la “irrupción de los pobres”, como los protagonistas más significativos de la vida y de la historia en el Continente, se ha convertido en el “hecho mayor” de esta historia<sup>19</sup>. Su irrupción

<sup>18</sup> En la Conferencia de Santo Domingo se generó una cierta desconfianza en torno al uso de este método, lo que provocó que en el documento conclusivo se presentara un abandono formal del mismo. La no utilización sistemática del método, y sus apariciones esporádicas y hasta confusas en algunas secciones, fue tal vez una de las causas de que el documento apareciera como poco homogéneo y no fuera recibido con mucho entusiasmo por parte de muchos, pues se consideraba que Santo Domingo había perdido un elemento muy significativo del modo metodológico de proceder de nuestros obispos, y cuyo uso ya había mostrado sus bondades en Medellín y Puebla. Para una profundización de la problemática en torno al uso del método ver-juzgar-actuar en Santo Domingo, con abundante bibliografía, ver A. Cadavid Duque, *Hacer Creíble el Anuncio Cristiano en América Latina*, Santafé de Bogotá 1998, 71-82. Sobre el uso de este método en Aparecida, ver la presentación que hace del documento conclusivo Monseñor Andrés Stanovnik, en *Boletín CELAM* 319 (2008) 29-31.

<sup>19</sup> Cf. DM, Pobreza 7; Laicos 2.

es un hecho novedoso y denso que habla de la manifestación de Dios en ellos, hasta el punto de convertirse en sacramento de su presencia en el Continente<sup>20</sup> y, por tanto, en un auténtico “lugar teológico”<sup>21</sup>.

Esa ubicación en el mundo de los pobres, ha posibilitado que, en nuestra Iglesia, el Concilio haya fructificado de una manera especialmente novedosa, pues los obispos del Continente no han estado interesados en hacer reflexiones teóricas sobre algún tema conciliar, sino que su preocupación se ha centrado especialmente en la realidad de pobreza y miseria que viven nuestros pueblos, con el deseo de iluminarla y responder a ella desde el Evangelio, dando, así, relevancia y fuerza histórica a la Iglesia continental.

Impelida por esta urgencia, nuestra Iglesia ha hecho la llamada opción preferencial por los pobres, opción “no exclusiva ni excluyente”<sup>22</sup>, pero sí, “firme e irrevocable”, constituyendo ella uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña, según lo afirma Aparecida<sup>23</sup>, y un elemento indiscutible de continuidad de cada una de las Conferencias con la Conferencia de Medellín. Este dato es perfectamente constatable en las expresiones que cada una de las Conferencias utiliza para referirse a los pobres, descubriendo sus rostros concretos en cada momento histórico<sup>24</sup>, y, también, en la fuerza, con matices muy propios, con la que cada Conferencia ha querido solemnemente hacer y proclamar esta opción<sup>25</sup>.

Los obispos le han dado a esta opción una fundamentación teológica y evangélica, que se ha ido tejiendo en todas y cada de

<sup>20</sup> En muchos textos Medellín es explícito en considerar a los pobres como signo de los tiempos en sentido teológico, pues se considera que a través de ellos Dios habla: Dios acoge el clamor y aspiraciones de los pobres, que sube hasta el cielo (Cf. DM, Justicia 1); es un evidente “signo del espíritu” el anhelo de emancipación, liberación e integración (Cf. DM, Introducción 4); los cristianos presienten “la presencia de Dios” en el “signo y exigencia” que constituyen los intentos de transformación total y de liberación integral de los pobres (Cf. DM, Introducción 5).

<sup>21</sup> Cf. DM, Pastoral de Élités 13.

<sup>22</sup> DP 1145, 1165; DSD 178; DA 392.

<sup>23</sup> Cf. DA 391.

<sup>24</sup> Cf. DP 31-41; DSD 178; DA 65, 402, 407-430.

<sup>25</sup> DM, Pobreza de la Iglesia 4-11; DP 382, 707, 753, 769, 1134, 1217; DSD 178, 179, 180; DA 391-398.



las Conferencias<sup>26</sup>, hasta enclavarla radicalmente en la fe cristológica, como lo ha hecho explícitamente Aparecida, en sintonía con Medellín, Puebla y Santo Domingo: “esta opción está implícita en la fe cristológica (...). Todo lo que tiene que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo que tiene que ver con los pobres reclama a Jesucristo”<sup>27</sup>. Esta opción, por su carácter preferencial, añade Aparecida, “debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales”<sup>28</sup>.

Esta opción, finalmente, nuestra Iglesia ha querido convertirla en un hecho cultural, es decir, transformarla en vida y en estructura permanente, a través de la creación de lo que la misma Iglesia ha llamado, como uno de los objetivos últimos de su programa evangelizador, la “cultura de la solidaridad”<sup>29</sup>. Con esta expresión se quiere recoger lo que, en Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida, se quiere decir con términos como liberación integral, liberación para la comunión y la participación, humanización, civilización del amor, cultura cristiana, cultura del compartir, como finalidad última de la opción por los pobres<sup>30</sup>.

#### **4. El carácter testimonial-práxico de la fe**

El documento de Medellín estableció que la evangelización -que debía estar siempre en relación con los “signos de los tiempos”, ya que no podía ser atemporal ni ahistórica- se debía realizar a través

<sup>26</sup> Notables son las afirmaciones cristológicas en torno a la opción por los pobres en cada una de las Conferencias. A las ya mencionadas del documento de Aparecida, hay que añadir, DP 196, 1140-1143, 1145; DSD 178.

<sup>27</sup> DA 393.

<sup>28</sup> DA 396.

<sup>29</sup> Cf. DSD 76. El término solidaridad, en sentido amplio, aparece por doquier en todos los documentos. Ver, DM, Pobreza 7-11; DSD 6, 9, 13, 17, 26, 32, 33, 52, 58, 75, 76, 77, 85, 102, 105, 116, 120, 158, 159, 169, 177, 178-181, 183, 195, 201, 204, 205, 209, 222, 241, 251, 271, 288, 296; DA 372, 394, 396, 398, 400, 404, 406, 480, 514, 517c, 534, 540, 545 (cf. Benedicto XVI, Discurso Inaugural 4).

<sup>30</sup> Importantes testimonios acerca del hondo impacto que el reconocimiento consciente de la realidad de pobreza y de los pobres produce entre los participantes de la Conferencia de Medellín, se encuentran en Mons. L. Metzinger, Un despertar, un desafío y un compromiso, en “Páginas” 123 (1993) 11; Mons. J. Dammert Bellido, Crónica de Medellín, en “Medellín” 15 (1989) 20.

del testimonio, tanto personal como comunitario, que se expresa de una manera especial en el contexto del compromiso temporal<sup>31</sup>.

De manera semejante a Medellín se expresa Puebla, cuando afirma que, el testimonio de las obras, realizadas en el contexto de la vida latinoamericana, es un “signo” que conduce al deseo de conocer la Buena Nueva y atestigua la presencia del Señor entre nosotros<sup>32</sup>. Por eso, certifica el mismo documento conclusivo, el testimonio es elemento primero de evangelización y condición esencial para la eficacia real de la predicación<sup>33</sup>. Dicho testimonio se manifiesta principalmente en relación con los más pobres, humildes y sencillos<sup>34</sup>.

El documento de Santo Domingo insiste en que “nuestra fe en el Dios de Jesucristo y el amor a los hermanos tienen que traducirse en obras concretas”<sup>35</sup> y, por esta razón, invita a todos los cristianos a la realización de obras concretas que expresen y operaticen la misma fe. En este contexto, se puede afirmar, siguiendo a Santo Domingo, que la evangelización es vida que se testimonia y testimonio que se hace anuncio en favor del hombre, sobre todo de los más pobres y sus culturas<sup>36</sup>.

Igualmente, el documento de Aparecida abunda en textos en los que la fe es concebida primordialmente en su carácter testimonial-práxico, como realización de acciones concretas que hacen visible el reino y el amor de Dios entre los hombres, ya que, como afirma el mismo documento, es en nuestras obras que nuestro pueblo sabe que comprendemos su dolor<sup>37</sup>. Reconoce este mismo documento que el testimonio de la caridad fraterna es el primero y principal anuncio<sup>38</sup>,

<sup>31</sup> Cf. DM, Pastoral de élites 13; Laicos 11.

<sup>32</sup> Cf. DP 971 (cf. DP 967-968, 970).

<sup>33</sup> Cf. DP 971.

<sup>34</sup> Cf. DP 974. El Papa Juan Pablo II, en el Discurso inaugural de Santo Domingo, se expresó con precisión sobre este tema: “La primera forma de evangelización es el testimonio, es decir, la proclamación del mensaje de salvación mediante las obras y la coherencia de vida, llevando a cabo así su encarnación en la historia cotidiana de los hombres” (Juan Pablo II, Discurso inaugural 29 (Cf. EN 41)).

<sup>35</sup> DSD 160.

<sup>36</sup> Cf. DSD 160, 178, 251.

<sup>37</sup> DA 386.

<sup>38</sup> Cf. DA 138.



e invita a los laicos a participar en la acción pastoral de la Iglesia, primero con el testimonio de su vida<sup>39</sup>. En otro texto, Aparecida afirma literalmente: “el énfasis en la experiencia personal y lo vivencial nos lleva a considerar el testimonio como un componente clave en la vivencia de la fe. Los hechos son valorados en cuanto que son significativos para la persona. En el lenguaje testimonial podemos encontrar un punto de contacto con las personas que componen la sociedad y de ellas entre sí”<sup>40</sup>. Dice, también, el documento, que gracias a ese testimonio, realizado a través de obras concretas de promoción humana en favor de los pobres y defendiendo su dignidad, la Iglesia ha sido reconocida socialmente en muchas ocasiones como una instancia de confianza y credibilidad<sup>41</sup>.

Según lo anterior, es claro que, a partir de Medellín, en todas las Conferencias Generales del Episcopado latinoamericano y caribeño, la fe toma una fisonomía principalmente práxica-testimonial, que remite a la acción pastoral como testimonio de vida cristiana. La promoción humana, sobre todo de los más pobres y excluidos, no es otra cosa que la vida cristiana traducida hoy en la situación social de América Latina y el Caribe. Por esta razón, a partir de Medellín la tarea evangelizadora no se agota en la sola proclamación verbal, como si evangelizar fuera simplemente la transmisión de un conjunto de verdades, sino que ella gana en densidad y en credibilidad en la medida en que se vincula con las situaciones socio-históricas y culturales concretas en las cuales el Evangelio tiene que mostrar su capacidad práxica de cuidar del hombre, de hacerlo crecer en humanidad, y de superar todo aquello que se convierta en obstáculo para su promoción y realización<sup>42</sup>.

Toda esta manera testimonial, mediante las obras concretas, como las Conferencias Generales del Episcopado conciben la fe y la

<sup>39</sup> DA 211.

<sup>40</sup> DA 55.

<sup>41</sup> Cf. DA 98. Hay otros textos que hacen alusión al testimonio de las obras en el sentido al que aludimos (Cf. DA 99f, 105, 140, 207, 208, 210, 212, 224, 226,228,256,275,278,352,363,374,385,386,449,460,483).

<sup>42</sup> Cf. DA 387-390.

evangelización, se convierte, para el mismo episcopado, en el camino más claro para resolver una de sus más grandes preocupaciones: la incoherencia entre la fe y la vida que se da en el Continente<sup>43</sup>.

##### **5. *La inserción de las tareas de la promoción humana, la liberación integral y la inculturación en las entrañas mismas del concepto de evangelización***

Medellín es el primer documento eclesial latinoamericano y caribeño que integra el tema de la promoción humana, concebida ésta en su finalidad liberadora, al de la evangelización. Es notorio el esfuerzo de esa Conferencia por lograr una síntesis que integre estas dos realidades, aunque haya que reconocer que no lo logra del todo, debido a que hasta ese momento el concepto de evangelización estaba casi restringido a la sola promoción de la fe.

La Conferencia de Puebla logra integrar más estrechamente estas dos realidades, a la vez que, incrusta, de una manera incipiente y bajo el influjo de la exhortación *Evangelii Nuntiandi*, documento que quiere concretar para la Iglesia universal los alcances de la renovación conciliar, el tema de la evangelización de la cultura en el de la evangelización.

Será en Santo Domingo cuando la Iglesia latinoamericana y caribeña logre llevar a su culmen el proceso renovador, iniciado por Medellín y Puebla, de un completo planteamiento de aquello que implica la tarea evangelizadora. Promoción humana e inculturación son realidades que se incluyen substancialmente en el concepto mismo de evangelización, ya que aquellas no se refieren a cuestiones meramente sociológicas o de metodología pastoral, como se llegó a pensar en algunos momentos y en algunas esferas, sino que son realidades que poseen en sí mismas una dimensión teológica propia, a la vez que las une a la evangelización lazos de una profunda

<sup>43</sup> Cf. DP 783; DSD 96; DA 331, 505.



raigambre teológica y evangélica<sup>44</sup>. Por esta razón, se llega a afirmar, de la primera, que es dimensión privilegiada de la nueva evangelización<sup>45</sup>, y, de la segunda, que es centro, medio y objetivo de la misma<sup>46</sup>. Por lo tanto, promoción humana e inculturación del Evangelio, sin ser realidades idénticas a la evangelización, se exigen y reclaman mutuamente dentro del “todo” determinante, especificador y unificador que supone la evangelización. Ellas hacen parte integrante de la gestión evangelizadora, y no son simplemente dos realidades que van yuxtapuestas o junto a la misma.

En el documento de Aparecida, el hecho de la inserción de la promoción humana y la liberación en las entrañas del concepto de evangelización, aparece insistentemente afirmado como un dato ya adquirido por la Iglesia latinoamericana y caribeña. Recuerda por doquier el documento que todo proceso evangelizador implica y ha ido siempre unido a la opción preferencial por los pobres, a la promoción humana integral y a la auténtica liberación cristiana<sup>47</sup>.

<sup>44</sup> La íntima relación entre evangelización y promoción humana aparece con un doble fundamento: uno de carácter teológico, que hace alusión a motivos antropológicos, teológicos, evangélicos, cristológicos, escatológicos y mariológicos (Cf. DSD 157-159) y, otro, de carácter socio-histórico en el que se hace referencia a que las clamorosas situaciones de injusticia, desigualdad social y violencia, requieren una nueva evangelización, que sea capaz de responder a esas necesidades de promoción humana (Cf. DSD 76). Desde esta perspectiva, es ya un dato adquirido en la conciencia eclesial latinoamericana y caribeña que el sentido último del compromiso con la promoción humana radica en que ésta se realiza, por un lado, por fidelidad a Dios y, por otro, porque el mensaje mismo que anuncia, “por su propio vigor, tiende a sanar, afianzar y promover al hombre y a constituir una comunidad fraterna, renovando la misma humanidad y dándole su plena dignidad humana” (DSD 13). La íntima relación entre evangelización e inculturación aparece, también, con un doble fundamento: uno de carácter teológico, que hace referencia a que el reclamo para inculturar el Evangelio brota del misterio total de la encarnación, pascua y pentecostés (Cf. DSD 230) y, como tal, es “imperativo del seguimiento de Jesús” (DSD 13; cf. DA 384). Por esta razón, ella es una exigencia consustancial del mismo evangelio, que nace de la misma entraña evangelizadora de la Iglesia y, como tal, imprescindible a la evangelización. El otro elemento, que tiene un carácter socio-cultural, hace referencia a la diversidad cultural del Continente, cuyas culturas, con sus valores y limitaciones, reclaman la inculturación, siendo ésta, el paradigma o modelo más adecuado para la nueva evangelización de América Latina y el Caribe.

<sup>45</sup> DSD 159.

<sup>46</sup> Cf. DSD 229, citando al Papa Juan Pablo II en el Discurso al Consejo Internacional de Catequesis, 26.9.92.

<sup>47</sup> DA 26, 146, 399, 550.

La inclusión de la promoción humana y la liberación integral en la misión evangelizadora de la Iglesia, le ha dado a dicha gestión un estatuto teológico y cristológico, ya que la promoción del hombre y su dignidad, hablando en términos estrictos de evangelización, no se hace por una mera filantropía social, ni por motivos psicológicos, ni sociológicos, ni económicos, ni políticos, sino, como lo afirma Aparecida, siguiendo al Papa Benedicto XVI en su Discurso inaugural, porque así las personas se sienten amadas por Dios<sup>48</sup>, y porque, continúa el mismo documento de Aparecida, “ser discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida, nos lleva a asumir, evangélicamente y desde la perspectiva del Reino, las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano”<sup>49</sup>.

Respecto a la inculturación, aunque no se habla de ella de manera especial en el documento de Aparecida, se supone también como una realidad necesaria a la tarea evangelizadora en el Continente. Se dice, en un texto en el que se juntan tres aspectos que tocan de fondo el sentido de la inculturación, y en un lenguaje claramente decidido, que ésta procura el enriquecimiento de la Iglesia, ya que gracias a ella: - se puede manifestar y celebrar mejor el misterio de Cristo a través de nuevas expresiones y valores; - se unen fe y vida; - y se realiza la catolicidad de la Iglesia, no sólo a nivel geográfico, sino cultural<sup>50</sup>.

## **6. La elaboración de un proyecto evangelizador nuevo**

Desde el inicio de la Conferencia de Medellín hay conciencia de que con dicha Conferencia se concluye una primera época de evangelización y se inaugura, al mismo tiempo, un nuevo período de la vida eclesial para el Continente<sup>51</sup>.

<sup>48</sup> DA 550.

<sup>49</sup> DA 384.

<sup>50</sup> DA 479.

<sup>51</sup> Cf. Pablo VI, Discurso de apertura de la II Conferencia General del Episcopado latinoamericano, en Consejo Episcopal Latinoamericano, Río, Medellín, Puebla, Santo Domingo, Santafé de Bogotá 1994, 75. En la misma línea, declara el Papa Pablo VI en el discurso de apertura de Medellín, refiriéndose a la etapa que terminaba y a la que con dicha Conferencia comenzaba, que: “el trabajo realizado denuncia sus límites y pone en evidencia las nuevas necesidades, exige algo nuevo y grande. El porvenir reclama un esfuerzo, una audacia, un sacrificio, que pone en la Iglesia un ansia profunda” Cf. *Ibid.*, 74.



Algo semejante afirma el documento de Puebla. En la presentación del documento se dice que dicha Conferencia, más que un documento, “es ante todo un espíritu: el de una Iglesia que se proyecta con renovado vigor al servicio de nuestros pueblos”<sup>52</sup> y es, también, ella, una respuesta al “desafío de renovar la evangelización” de cara a las situaciones nuevas que vive el Continente<sup>53</sup>. Además, dicha Conferencia, tiene plena conciencia de que ya está en marcha ese nuevo proceso evangelizador, cuando se afirma en su documento conclusivo que la renovación de la evangelización ya había sido iniciada por el Concilio Vaticano II<sup>54</sup> y que, luego, fue la Conferencia de Medellín quien la introdujo en América Latina y el Caribe al “escrutar los signos de los tiempos”, inaugurando, así, según lo advierte el mismo documento, “una nueva época en la evangelización del Continente”<sup>55</sup>.

Es Santo Domingo quien, acogiendo el llamado del Papa Juan Pablo II, oficializa el proyecto de una Nueva Evangelización. Novedad que reclama mantenerse fiel al espíritu del Vaticano II y a la tradición por él generada en Medellín y Puebla; que exige una conversión pastoral que lo toca todo y a todos<sup>56</sup>, y que pide abrirse creativamente a las nuevas situaciones, que, a su vez, solicitan respuestas eclesiales nuevas en ardor, método y expresiones.

Llama la atención que el documento de Aparecida no hace especial mención de la Nueva Evangelización. Solo en dos ocasiones, en los nn. 287 y 303, se refiere a ella explícitamente como un proyecto al que la Iglesia del Continente ha sido reiteradamente convocada. No significa esto que Aparecida desconozca el proyecto o que le de poca importancia, por el contrario, es evidente que lo supone y que el ambiente general de la Conferencia es el de dar un paso adelante en la renovación eclesial y de su tarea evangelizadora<sup>57</sup>, e incluso, el de buscar maneras concretas de llevarla a cabo, como lo expresa explícitamente el documento<sup>58</sup>.

<sup>52</sup> Presentación del documento de Puebla, en Consejo Episcopal Latinoamericano, Río, Medellín, Puebla, Santo Domingo, 281.

<sup>53</sup> Cf. DP 366, 433.

<sup>54</sup> Cf. DP 11.

<sup>55</sup> DP 12.

<sup>56</sup> Cf. SD 30.

<sup>57</sup> DA 9.

<sup>58</sup> Cf. DA 287.

Tres textos, entre otros, ilustran de manera muy significativa la actitud de Aparecida ante la necesidad de seguir el proceso de renovación iniciado por el Concilio y las Conferencias anteriores. Lamentamos, dicen los obispos, algunos intentos de volver a un cierto tipo de eclesiología y espiritualidad contrarias a la renovación del Concilio Vaticano II<sup>59</sup>. Más adelante, agregan: “nos ha faltado valentía, persistencia y docilidad a la gracia para proseguir, fiel a la Iglesia de siempre, la renovación iniciada por el Concilio Vaticano II, impulsada por las anteriores Conferencias Generales, y para asegurar el rostro latinoamericano y caribeño de nuestra Iglesia<sup>60</sup>. Después, aseveran: “las transformaciones sociales y culturales representan naturalmente nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios. De allí nace la necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo que la conduce, de una renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales<sup>61</sup>.

Los textos mencionados, indican que Aparecida está dentro de la óptica de la Nueva Evangelización, la supone y, más aún, -y aquí hay un evidente aporte de la V Conferencia-, busca la manera concreta de que en el Continente se lleve a cabo, ya no a través de acciones y programas inconexos y aislados, sino a través de una Iglesia en estado permanente de misión, con itinerarios, criterios, elementos, rasgos y lugares de formación definidos claramente como lo hace el documento<sup>62</sup>, alcanzando, así, la cumbre del proceso que se inició en Medellín y que en el Continente se ha denominado con el nombre de “Nueva Evangelización”.

## **7. La creación de un nuevo modelo eclesial**

El Concilio entiende la Iglesia primordialmente como Pueblo de Dios, sacramento universal de salvación y misterio de Comunión<sup>63</sup>. Medellín acoge esta renovada eclesiología, pero lo hace de una manera original y particular, al llevar esa nueva concepción eclesiológica

<sup>59</sup> DA 100b.

<sup>60</sup> DA 100h.

<sup>61</sup> DA 367.

<sup>62</sup> Cf. Todo el capítulo 6.

<sup>63</sup> Cf. LG 1, 9.



hasta las últimas consecuencias y darle a la Iglesia del Continente su propio rostro latinoamericano y caribeño<sup>64</sup>.

La II Conferencia fue trazando los rasgos, que se van repitiendo, de una u otra manera, en cada una de las Conferencias posteriores, de un nuevo modelo de Iglesia propio para el Continente. Se presenta en Medellín una Iglesia auténticamente pobre material y espiritualmente; que da el primer lugar a los pobres y opta privilegiadamente por ellos; que quiere ser misionera, profética y servidora de los hombres y mujeres del Continente; desligada de todo poder temporal; audazmente comprometida con la liberación de todo el hombre y de todos los hombres; con una autoridad con carácter de servicio y exenta de cualquier autoritarismo<sup>65</sup>.

Junto a los rasgos anteriores, aparecen dos elementos de especial importancia y constantes en todas las Conferencias, desde Medellín a Aparecida. El primero, es que la Iglesia del Continente se quiere construir a partir de pequeñas comunidades, siendo las llamadas comunidades eclesiales de base su expresión privilegiada. Estas comunidades emergen en Medellín no como una mera metodología pastoral, sino como la Iglesia misma en marcha<sup>66</sup>. El segundo elemento, es la notable importancia que se da a los laicos, y a sus movimientos, dentro del proceso de transformación del mundo y de renovación eclesial. Por eso, se reclama su especial protagonismo en las actividades seculares, en la vida eclesial, en su tarea evangelizadora, en la participación en los ministerios que a ellos se confieren, y en la planificación y toma de decisiones pastorales<sup>67</sup>. De esta manera, desde esas pequeñas comunidades eclesiales y desde la participación y protagonismo laical, la eclesiología de Pueblo de Dios y de Comunión, se hace realidad en nuestro Continente de una manera vital y existencialmente afectiva y efectiva.

<sup>64</sup> Cf. DA 100h, 391 (cf. DP 777; DSD 54).

<sup>65</sup> Cf. DM, Juventud 15, Pobreza de la Iglesia 5, 7-11, Formación del Clero 11, Justicia 22-23, Laicos 2 (cf. DP 382, 707, 711, 753, 769, 1304, 1134, 1144, 1145, 1165, 1217; DSD 121-131, 178; DA 213, 365, 370, 391-398).

<sup>66</sup> Cf. DM, Pastoral de Conjunto 10-12; DP 96, 156, 239, 648; DSD 61-63; DA 178-180.

<sup>67</sup> Cf. DM, Movimientos de laicos 1-20, Justicia 23; DP 125, 671, 777; DSD 103, 293; DA 210-213, 283, 371, 400, 403, 458, 505, 508, 517, 518k.

Este rostro, específicamente latinoamericano y caribeño, iniciado por la Conferencia de Medellín, se quiere llevar a su culmen y plasmar en el deseo de Aparecida de hacer de nuestra Iglesia una Iglesia discipular, en estado permanente de misión<sup>68</sup>, en donde “cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo”<sup>69</sup>. El documento conclusivo lo expresa con total claridad: “esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe”<sup>70</sup>.

De esta manera, la Conferencia de Aparecida, lleva a su máxima expresión el proceso renovador iniciado por Medellín, pero lo hace de una manera novedosa, tanto por su manera de entender a la Iglesia en sí misma, como por la manera de comprender su tarea, a nivel de cada uno de los bautizados y a nivel comunitario. En la discipularidad misionera se engloba la identidad y el impulso pastoral que bien puede sintetizar el modelo eclesial propuesto por la Conferencia de Aparecida y que podría expresarse en los siguientes términos: todo bautizado y toda la Iglesia en el Continente, a partir de la experiencia personal del encuentro vital con Jesucristo, realizada en pequeñas comunidades, está llamada a convertirse en una comunidad de discípulos misioneros, en donde se testimonie, desde la propia vida, la experiencia del encuentro con Él, de tal manera que se toque la realidad total del Continente, a nivel personal y social, en sus estructuras personales, en su condición socio-económico-política, y en sus producciones culturales, para que todos, personas y pueblos, en Jesucristo, tengan Vida, vida abundante a todos los niveles y en todas la dimensiones.

Esta tarea, reclama, en palabras del mismo documento de Aparecida, la conversión pastoral de nuestras comunidades, la cual exige, a su vez, que se “pase de una pastoral de mera conservación

<sup>68</sup> DA 213.

<sup>69</sup> DA 362.

<sup>70</sup> DA 365.



a una pastoral decididamente misionera. Así será posible que “el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial” (NMI 12) con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera”<sup>71</sup>.

### **8. La elaboración de una reflexión teológica nueva**

La novedad pastoral generada a partir de la Conferencia de Medellín, reclamaba una nueva manera de vivir y pensar la fe. Es así como, a la par y como consecuencia de esta misma Conferencia, surgió la llamada “teología de la liberación”. Ella quiso ser una respuesta a la invitación de los obispos a optar por los más pobres y su liberación. En medio de controversias, discusiones y llamados de atención de la Congregación de la Doctrina de la Fe<sup>72</sup>, esta teología, depurada de ciertas ambigüedades y limitaciones a las cuales estuvo vinculada en sus comienzos, se fue abriendo paso, alcanzando, muy rápidamente, una cierta madurez, que la hizo digna de ser reconocida, escuchada y acogida por la ya dos veces milenaria tradición teológica universal.

Quién podría negar la influencia que la teología de la liberación ha ejercido, de manera explícita o implícita, en la reflexión de los obispos y en sus decisiones pastorales en las últimas cuatro Conferencias. Tampoco se puede desconocer la importancia que las reflexiones y orientaciones episcopales han tenido sobre esta teología. Magisterio pastoral de los obispos y reflexión teológica, son dos instancias que en nuestro Continente, a través de un permanente diálogo, se han mutuamente enriquecido; diálogo amable, algunas veces, y, otras, marcadamente controversial<sup>73</sup>.

Dos son los pilares sobre los cuales esta teología se ha asentado, configurándola como una forma realmente nueva de hacer teología:

<sup>71</sup> DA 370.

<sup>72</sup> Cf. Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertatis nuntius* del 6 de agosto de 1984, y *Libertatis conscientia* del 22 de marzo de 1986; Ver, también, Consejo Episcopal Latinoamericano, *Liberación. Reflexiones en el CELAM*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1977.

<sup>73</sup> Cf. DP 545.

la opción por los pobres y la posibilidad de elaborar una reflexión teológica, como acto segundo, a partir de la praxis generada por dicha opción. Estos dos elementos la han identificado como la teología propia y original del Continente y han constituido su aporte más decisivo. Hoy, a casi cuarenta años de su oficialización, no cabe la menor duda del acento marcadamente profético de esta forma teológica de discurrir, ni tampoco de su utilidad y necesidad<sup>74</sup>. Parece ser claro, al menos para la mayoría, -claridad que en gran parte se le debe a esta reflexión teológica-, que hacer teología en nuestro Continente, sin asumir el dato y los rostros concretos de la pobreza y la exclusión, sería caer en el más aberrante cinismo y hundir el mismo quehacer teológico en la más absoluta irrelevancia histórica.

En los últimos años, nuestra teología, sin perder su identidad propia y su carácter contextual, ha abandonado ciertas perspectivas estrechas, que quizás limitaban sus reflexiones y agotaban su discurso, ampliando sus miras y abriéndose a nuevos horizontes, lo cual le ha posibilitado entrar en un diálogo permanente y abierto con otras teologías y hacerse cargo de nuevas temáticas teológicas, elementos éstos que, a la vez que la han enriquecido, la han hecho una teología más universal<sup>75</sup>.

## II. La proyección de Medellín en Aparecida

En el proceso que va de Medellín a Aparecida, hemos hecho emerger ocho elementos que, sin ser los únicos, son quizás los más sobresalientes a la hora de darle unidad y de trazar la fisonomía propia de la Iglesia del Continente. Se trata de elementos que explícitamente aparecen en Medellín o que constituyen un desarrollo de sus contenidos, en fidelidad al mismo espíritu que posibilitó aquella Conferencia, y que, quizás, sin él, difícilmente hubieran sido. A partir de dichos

<sup>74</sup> Cf. Juan Pablo II, Carta al Episcopado Brasileño "Orientaciones para la vida eclesial y para la tarea evangelizadora", del 9 de abril de 1986.

<sup>75</sup> Importantes han sido, entre otras, las incursiones en temas como la ecología, la globalización, la promoción y defensa de la Vida, la inculturación de la teología en los pueblos indígenas y afroamericanos, la postmodernidad, el ecumenismo, el pluralismo cultural y religioso, la necesidad de la "laicización" de los estudios teológicos, que posibilitan a los laicos su protagonismo así como su participación en el mismo quehacer teológico.



elementos, y gracias a ellos, la vivencia y las estructuras eclesiales, la evangelización, la pastoral, la teología y la espiritualidad se han visto beneficiadas por cuarenta años de intensas y ricas búsquedas que le han dado a la Iglesia del Continente un rostro singular, que hoy es reconocido por propios y extraños, y que se ha constituido en un significativo aporte para la Iglesia universal. En este sentido, la Conferencia de Medellín conserva su más plena actualidad.

Hacíamos notar, cómo cada uno de estos elementos han ido incidiendo en el desarrollo y en el documento final de cada nueva Conferencia, a la vez que iban siendo profundizados, matizados, mejor elaborados o explotados en sus potencialidades por cada una de las Conferencias hasta llegar a Aparecida. Ahora nos preguntamos: ¿Cuál es la proyección que el espíritu y el documento de Medellín ha tenido en la Conferencia y en el documento de Aparecida?

Es innegable que la Conferencia de Aparecida se realizó en un momento privilegiado de la historia mundial, latinoamericana y caribeña. No es común ser protagonistas de un cambio de época en la historia de la humanidad. Y Aparecida se ubica, precisamente, en el contexto de un cambio de época ya en curso, con las incertidumbres, interrogantes, ilusiones y esperanzas que ello trae consigo.

En medio de un panorama incierto, con cambios profundos, acelerados y vertiginosos, la Iglesia latinoamericana y caribeña, sin replegarse frente a quienes solo ven confusión, peligros y amenazas en las actuales circunstancias<sup>76</sup>, representada en sus obispos, se reúne en Aparecida, en un ambiente de unidad, de comunión y de fraternidad, como lo certificaron sus mismos participantes. Es notorio en Aparecida el clima de madurez eclesial, alcanzado después de trasegar todos estos años por senderos, a veces, tortuosos, como los vividos en el Continente en estas últimas décadas, y de atravesar momentos eclesiales nada fáciles, como los experimentados en el post-Medellín, en la preparación de Puebla, y en la misma Conferencia de Santo Domingo. A nuestro modo de ver, el documento de Aparecida lleva a su culmen el proceso de renovación eclesial y evangelizador iniciado

---

<sup>76</sup> Cf. DA 11.

por la Conferencia de Medellín. Dicho documento refleja una etapa bastante madura de nuestra Iglesia, representada en un texto que, en términos generales, se puede calificar de sólido, homogéneo, coherente y bien fundamentado teológicamente y pastoralmente. Si bien es cierto que un documento de esta naturaleza, dada la forma y el tiempo con el que se cuenta para su elaboración, tiene sus limitaciones y vacíos, y el documento de Aparecida no está exento de ello, en honor a la verdad, este es el documento, nos parece, mejor logrado en las últimas cuatro décadas de caminar pastoral de la Iglesia latinoamericana y caribeña<sup>77</sup>. Si Medellín fue un documento marcadamente profético, centrado en el hombre latinoamericano y sus necesidades, si Puebla fue rico doctrinalmente, poniendo su acento en la eclesiología, si Santo Domingo, aún con sus titubeos e inconsistencias, representó una nítida confesión de fe en Jesucristo, Aparecida, en cuanto recapitulación de esas Conferencias, y con el deseo de dar un paso adelante, es todo eso y mucho más. Es todo eso, porque en la Conferencia y en el documento confluyen los ocho elementos mencionados más arriba, como culmen, del proceso iniciado por Medellín, de recepción del Concilio en el Continente, pero, es más, porque en Aparecida se quiere repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia, el ser y la misión de la Iglesia en las nuevas circunstancias mundiales y latinoamericanas, como lo advierte el mismo documento<sup>78</sup>. En este sentido, con Aparecida, vislumbramos ya el inicio de una nueva recepción del Concilio y el comienzo de una nueva fase de la Iglesia en el Continente.

En la forma de entender el término “recepción”<sup>79</sup> se conjugan varios elementos. Por una parte, un elemento jurídico, en el que se

<sup>77</sup> No desconocemos ciertos vacíos y limitaciones del documento de Aparecida. Para solo citar dos casos, las referencias cristológicas y eclesiológicas del documento, si bien, ofrecen perspectivas nuevas, aparecen, con frecuencia, sin ninguna contextualización histórica, lo cual empobrece la lectura que se pueda hacer de algunos aspectos relevantes de la cristología y de la eclesiología y de sus consecuencias para la imagen de Jesucristo y la construcción de la Iglesia en el Continente.

<sup>78</sup> Cf. DA 11.

<sup>79</sup> Cf. Y. Congar, *La réception comme réalité théologique*, en “*Revue de Sciences Philosophiques et Théologiques*” 56 (1972) 369-403; A. Acerbi, *La recepción del Vaticano II en un contexto*, en “*Concilium*” 17 (1981) 435-446; E. Lane, *La notion ecclésiologique de réception*, en “*Revue Théologique de Louvain*” 25 (1994) 30-45; A. Antón, *La “recepción” en la Iglesia y eclesiología*, en “*Gregorianum*” 77 (1996) 57-96.



entiende por recepción la acogida que se presta a lo promulgado por la autoridad eclesiástica. Este es el sentido que el término tenía en la antigüedad: la aceptación que un concilio hace de otro o la acogida que el Papa, los obispos, o los fieles hacen de un concilio. Por otra parte, se da también al término un sentido existencial, que aparece cuando se hace una incorporación vital del contenido de lo promulgado en la vida de los pastores y del pueblo de Dios. Este es el momento en el que la aceptación de lo promulgado comienza a ser eficaz y operante, ganando la recepción densidad eclesiológica.

También hay otro sentido de “recepción”, que complementa los dos anteriores y que ocurre cuando ésta es activa y creativa. Es la recepción en la que la comunidad cristiana sabe explotar el sentido contenido en lo que se le propone, hace ciertos énfasis, privilegia aspectos que considera centrales para su vida y su momento histórico y, a su vez, desarrolla nuevos aspectos a partir de lo que se le ha entregado<sup>80</sup>.

<sup>80</sup> Se dice que todo texto tiene dos grandes momentos: la producción y la recepción. El sentido verdaderamente eclesial es el que proviene del complejo movimiento de producción y recepción y, en esta perspectiva, el sentido real del texto va a depender, sobre todo, de la recepción que los destinatarios hagan del mismo. Así lo plantea J. B. Libanio, *Os sinais dos tempos em Santo Domingo*, en AA.VV., *Santo Domingo. Ensaio teológico-pastoral*, Petrópolis 1993, 124. Sobre el tema de la “recepción” en la Iglesia latinoamericana y caribeña indicamos interesantes artículos: S. Galilea, *Ejemplo de una recepción ‘selectiva’ y creadora del Concilio: América Latina en las Conferencias de Medellín y Puebla*, en G. Alberigo - J. P. Jossua (eds.), *La recepción del Vaticano II*, Madrid 1987, 85-103. Un valioso comentario sobre la recepción conciliar a través de las tres últimas Conferencias Episcopales latinoamericanas, se encuentra en F. Carreño, *Las Iglesias latinoamericanas después del Concilio Vaticano II*, en “Medellín” 22 (1996) 357-379; A. Guerrero, *La recepción del Concilio en América Latina*, en “ITER. Revista de Teología” n. 1 (1995) 35-46; C. M. Galli, *La recepción latinoamericana de la teología conciliar del Pueblo de Dios*, en “Medellín” 22 (1996) 259-309; M. de Barros Sousa, *O reencontro do primeiro amor. A recepção da reforma litúrgica do Concílio na América Latina*, en “Medellín” 22 (1996) 329-355; S. Croatto, *Historicidad de la revelación y hermenéutica bíblica en América Latina*, en “Medellín” 22 (1996) 311-327. No hay que olvidar, como lo afirma la Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, que a nivel universal, el Concilio encuentra su recepción más nítida en el Magisterio de Pablo VI y de Juan Pablo II, y también en los sínodos de los obispos. A este respecto, se destacan los sínodos de 1971 con el tema de la justicia en el mundo y su relación con el sacerdocio ministerial, y el de 1974, dedicado al tema de la evangelización y cuyo resultado fue la exhortación *Evangelii nuntiandi*, considerada la obra maestra del pontificado de Pablo VI y la carta magna de la evangelización. También hay que tener en cuenta los importantes sínodos convocados bajo el pontificado de Juan Pablo II (Cf. *Tertio millennio adveniente* 21).

Teniendo en cuenta estos tres sentidos, es evidente que el contexto cultural en el que viven los pueblos y en el que está inserta la Iglesia, ejerce una notable influencia en una diversa recepción e interpretación de un acontecimiento o de un documento. En esta perspectiva, las reflexiones episcopales en las Conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo, constituyeron un caso especial de “recepción” del Concilio desde un contexto particular. Es una “primera recepción” verdaderamente original y creativa del Vaticano II, que se ha calificado de “inculturada”<sup>81</sup>.

Ahora bien, ¿Qué hay en Aparecida, que nos hace pensar que estamos ante una nueva recepción del Concilio y ante una nueva fase de la Iglesia, como respuesta al cambio de época operado en el Continente y en el mundo?

En cada una de las Conferencias anteriores se habían ido estableciendo, progresivamente, las características, rasgos, elementos, dimensiones y finalidad de un nuevo proyecto evangelizador que quería responder a la situación de crisis vivida por el sujeto social, causada por la injusticia y desigualdad que había vivido el Continente por tantos años. Es el proyecto llamado “Nueva Evangelización”, al cual aludíamos antes. Pero, en la últimas dos décadas, las circunstancias del mundo y de América Latina y el Caribe fueron cambiando debido a los fenómenos de la postmodernidad y de la globalización, y, como consecuencia de ellos, tanto el sujeto personal como el social, se fueron rompiendo y resquebrajando. A nivel del sujeto personal, se ha venido presentando una exasperada atención a lo individual, al goce de lo inmediato, al placer del consumo compulsivo, al bienestar económico, y a la satisfacción hedonista; elementos éstos que han ido deteriorando y desarticulando a las personas en su ser más íntimo<sup>82</sup>. Y, desde el punto de vista del sujeto social, los pobres, que ya no sólo son explotados y oprimidos, sino excluidos, y considerados “sobrante” y “deshecho” social, como fruto de la globalización social imperante<sup>83</sup>,

<sup>81</sup> Así lo consideran también, entre otros, G. Doig, *De Río a Santo Domingo*, Lima 1993, 106; A. Antón, *El cometido de las Conferencias Episcopales en el proceso de inculturación*, en *“Seminarium”* 32 (1992) 169.

<sup>82</sup> Cf. DA 47, 51-54.



aparecen ahora sin la “fuerza histórica” que en algún momento se les atribuyó, y, desilusionados, desconfían ya de cualquier proyecto liberador. En este estado de cosas, los proyectos sociales parecen interesar a pocos, o, por lo menos, no encuentran a muchos que se quieran comprometer con ellos. Junto a estos datos, aparecen otros: el deterioro de la naturaleza y del ecosistema, que ha alcanzado niveles alarmantes<sup>84</sup>; el marcado pluralismo social, cultural y religioso, que cambian los “paradigmas” y puntos de referencia tradicionales en el Continente<sup>85</sup>; a nivel religioso, se presenta el fenómeno de una fe popular fuertemente arraigada que, de alguna manera, resiste los embates de todos los fenómenos presentes en el Continente<sup>86</sup>.

En este contexto, el sujeto eclesial también se ha visto afectado, al punto de perder su propia identidad de cristiano y la conciencia clara de su misión<sup>87</sup>. Los agentes de pastoral se encuentran desanimados, o ensimismados en su propia crisis, ya sea personal o social, razón por la que ningún proyecto pastoral, por muy claro que esté formulado, parece ya entusiasmarlos ni importarles.

Esta es la situación que se ha venido presentando en el Continente en las últimas décadas. La crisis aparece con connotaciones y consecuencias realmente nuevas. Estamos ante un verdadero y auténtico cambio de época. Ésta, exigía de los obispos, una nueva reflexión que, acorde con las exigencias de la nueva época, supiera leer el Concilio y extraer de su espíritu, igual que lo hicieron las otras Conferencias para un contexto socio-económico-político y cultural, que en general era el mismo para todas ellas, luces para la nueva época histórica y cultural en la que se encuentra hoy América Latina y el Caribe. Esto es, precisamente, lo que Aparecida, tocando cuestiones de fondo y con una coherencia significativa, realiza, dando comienzo, así, a una nueva recepción conciliar, que bien puede considerarse, como el inicio, también, de una nueva fase de la Iglesia en el Continente.

---

<sup>83</sup> DA 65.

<sup>84</sup> Cf. DA 83-87.

<sup>85</sup> Cf. DA 56-59.

<sup>86</sup> Cf. DA 258-265.

<sup>87</sup> Cf. DA 100.



En el fondo de la lectura que el documento de Aparecida hace de las actuales circunstancias que vive el Continente, emerge un dato con soberana claridad: lo que las personas, en particular, y lo que nuestro pueblo, en general, reclama, es, sentido, plenitud, felicidad, en una palabra, vida<sup>88</sup>. A todos los niveles se experimenta un anhelo incesante de vida: se busca la vida, se desea la vida y se quiere la vida en abundancia y plenitud, tanto a nivel personal como social. Responder a estos deseos incesantes de vida, es el mayor desafío ante el que se encuentra la reflexión episcopal en Aparecida.

Precisamente, vida plena y verdadera es la que Dios, en Jesucristo, vino a ofrecer. De ahí la importancia que, para Aparecida, va a tener, volver a lo más original de la experiencia cristiana: el encuentro vital y existencial con Jesucristo, que lleva a quien se encuentra con él a la vida en plenitud. Será ese encuentro el que, por abundancia de gracia y gratitud, hará recuperar, al cristiano y a la Iglesia, su identidad más propia: el discipulado misionero. El discípulo recibe la vida en su encuentro con Jesucristo, y sale a testimoniarla e irradiarla como su deber misionero. Recibir vida de Jesucristo –discipulado–, e ir a ofrecerla a otros, en todas las dimensiones de la existencia personal y social –misión–, es la tarea permanente de la Iglesia. Discipular misionera es la identidad más profunda, en el sentido que Aparecida le da a estos términos, de la Iglesia latinoamericana y caribeña. Vida en Jesucristo es lo que cada cristiano, en particular, y lo que la Iglesia, en su conjunto, tiene para ofrecer a las personas y a los pueblos que conforman el hoy de nuestro Continente. He aquí el eje central desde el cual proyecta Aparecida toda la acción pastoral de la Iglesia como respuesta a la crisis, tanto del sujeto personal como del sujeto social, que se vive en el Continente en este cambio epocal.

Con Aparecida, se está, pues, como lo expresábamos más arriba, ante el culmen de un proyecto y de un proceso evangelizador, iniciado por Medellín, profundizado por Puebla y oficializado por Santo Domingo, que se ha denominado “Nueva evangelización”, pero ciertamente que quedamos colocados ante una nueva fase, en la que se llega hasta el fondo de la identidad, del ser y de la misión

<sup>88</sup> Cf. DA 350.



de la Iglesia, como respuesta a las actuales circunstancias mundiales y latinoamericanas, que son la expresión de un auténtico cambio de época. La discipularidad misionera es la actitud eclesial, el estado permanente, el presupuesto, el fundamento, y la condición necesaria para llevar a cabo el proyecto de la Nueva Evangelización<sup>89</sup>. Sin el logro de esta identidad, ningún proyecto pastoral puede llegar a feliz término, por ambicioso que sea.

No sabemos si sin Medellín hubiera podido darse toda esta rica reflexión que ocurrió en Aparecida, pero, lo que sí sabemos con certeza, es que, todo este valioso contenido, se dio gracias a Medellín y al proceso iniciado por aquella Conferencia, que ha marcado significativamente nuestro caminar eclesial y pastoral en estos últimos cuarenta años.

---

<sup>89</sup> Es esto lo que, de alguna manera, se dice en el n. 287.



## Gestión y liderazgo eclesial Un desafío para la Misión de la Iglesia

Dr. José Luis Pérez Guadalupe\*

### Sumario

Partiendo de la necesidad eclesial de un “aggiornamento organizativo”, en el presente artículo, el autor sugiere una renovación de la praxis pastoral en el contexto latinoamericano, a partir de dos elementos de la nueva administración de las organizaciones: la *gestión* y el *liderazgo*. Advierte sobre la paulatina pérdida de la relevancia social y de liderazgo de la Iglesia en la sociedad latinoamericana, y propone como antídoto el desarrollo de un verdadero *liderazgo eclesial*, que involucre a todos los miembros de la Iglesia y les permita ejercer dicho liderazgo,

\* Doctor en Ciencias Políticas y Sociología, Doctor (c) en Sagrada Teología, Magíster en Antropología, Master en Criminología, Licenciado en Educación y Licenciado en Ciencias Sociales. Participó en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Aparecida, como laico invitado. Ha publicado varios libros sobre teología pastoral y actualmente, aparte de su labor docente, dirige la Pastoral Social de la Diócesis de Chosica (Lima-Este) y el Instituto de Teología Pastoral ‘Fray Martín’. E-mail: [pasochosica@terra.com.pe](mailto:pasochosica@terra.com.pe)



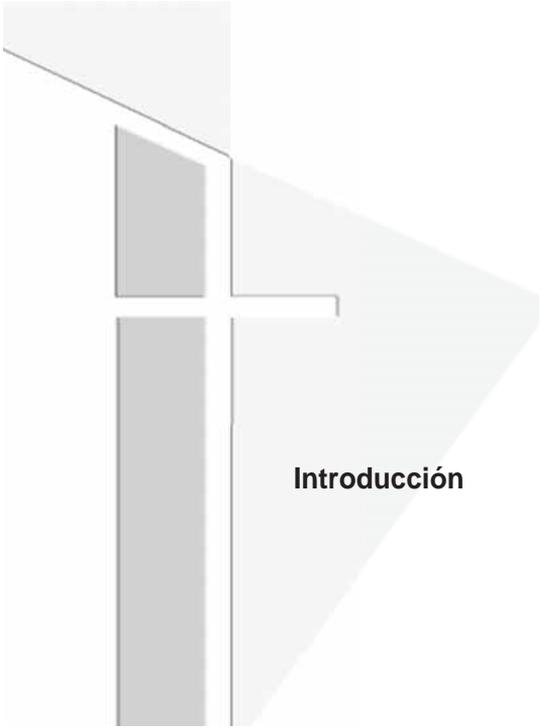
tanto en el ámbito pastoral como social, cada cual desde su vocación específica.

**Palabras clave:** Gestión, Liderazgo, Liderazgo eclesial, Aggiornamento.

### **Sumário**

Partindo da necessidade eclesial de um “aggiornamento organizativo”, neste artigo, o autor sugere uma renovação da práxis pastoral no contexto latino-americano, a partir de dois elementos da nova administração das organizações: a gestão e a liderança. Adverte-nos sobre a paulatina perda da relevância social e da liderança da Igreja na sociedade latino-americana, e propõe como antídoto o desenvolvimento de uma verdadeira liderança eclesial, que envolva todos os membros da Igreja e permita-lhes exercer esta liderança, tanto no âmbito pastoral como no social, segundo a vocação específica de cada um.

**Palavras chave:** Gerência, Liderança, Liderança eclesial, Aggiornamento.



## Introducción

*Los tiempos son malos, seamos mejores  
y los tiempos serán mejores ...  
nosotros somos el tiempo  
(San Agustín).*

**E**n la actualidad vemos que la mayoría de organizaciones sociales se va modernizando y, sobre todo, actualizando al nuevo contexto social, cultural y tecnológico, si es que quiere sobrevivir dignamente a los constantes cambios que se dan en la realidad. La Iglesia Católica, quizá la Institución más antigua y globalizada del mundo, no tiene que ser ajena a estos cambios sociales (y religiosos) y menos aún a los nuevos aires de modernización institucional; ya que al manejar una organización tan grande, puede caer en el error de desfasarse y alejarse del mundo al que quiere llegar.

Ya el Concilio Vaticano II valientemente planteaba hace casi medio siglo el gran desafío de una actualización o “*aggiornamento*” eclesial y teológico, que constituyó realmente un replanteamiento importante del “ser y del quehacer de la Iglesia en el mundo de hoy”. Nosotros, modestamente, quisiéramos plantear algunas ideas acerca de un necesario “*aggiornamento organizativo*” (no teológico, ni eclesiológico, propiamente dicho), tomando como referente tan solo dos conceptos de la nueva administración de las organizacio-

---

<sup>1</sup> Cfr. José Luis Pérez Guadalupe. *Baja a Dios de las Nubes: Una alternativa católica al crecimiento de las llamadas sectas en América Latina*. Lima: Diócesis de Chosica, 2004 (2008<sup>4</sup>).



nes: la Gestión y el Liderazgo, aplicándolos a la pastoral de la Iglesia Católica en el contexto latinoamericano. Debemos recordar que la Iglesia Católica ha sido durante cinco siglos la institución líder en este continente y forjadora principal de la cultura latinoamericana; pero, poco a poco, ha ido perdiendo relevancia social (más no validez), y hasta relevancia religiosa. Y una de las razones de esta pérdida de liderazgo de la Iglesia en la sociedad latinoamericana se debe, precisamente, a que *sus miembros* (sobre todo los clérigos) han ido perdiendo ese liderazgo eclesial, cultural y social.

Nuestra preocupación surge de una constatación pastoral: “cada día llegamos a menos gente, trabajamos más y con menor éxito”. El mismo Papa, Benedicto XVI, afirmaba en su Discurso inaugural en Aparecida, que en América Latina: “Se percibe, un cierto debilitamiento de la vida cristiana en la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia Católica ...” Muchos documentos eclesiales han manifestado esta preocupación pastoral y se han planteado diferentes alternativas centradas en una ‘Nueva Evangelización’ y, más recientemente, en una “Misión Continental”. Nosotros mismos hemos hecho hace algunos años una propuesta de renovación pastoral en este sentido.<sup>1</sup> Pero ahora, nuestra atención se centra en el contexto organizativo ideal que se tendría que dar en la Iglesia Católica para que todas esas alternativas pastorales que se están proponiendo, puedan tener viabilidad y sostenibilidad en el tiempo; más aún, sabiendo que ya no somos los únicos evangelizadores en este continente, y que los Grupos y Movimientos Evangélicos crecen un punto porcentual al año en América Latina, mientras que los católicos descendemos en esa misma proporción. Queda claro entonces que la actualización y la reforma organizativa de la Iglesia es una necesidad pastoral, no una opción o sólo un deseo, si en verdad queremos mantener como feligreses a la mitad de los católicos del mundo.

Cabe indicar que nuestras observaciones se referirán a conceptos y casos generales, sin entrar a especificaciones de tipo conceptual o de tipo empírico; ya que, por un lado, sería imposible abarcar todos los conceptos modernos de liderazgo y gestión en este espacio, y por otro lado, sería imposible analizar todos los casos concretos de organización eclesial. Asimismo, como ya indicamos, nos referiremos básicamente a la *forma de organizar y gestionar la llegada pastoral de la Iglesia Católica a su feligresía* (es decir, a su organización), y no tanto a las estructuras esenciales de la Iglesia o a las diferentes ‘opciones pastorales’.

Como afirmaba, con mucha claridad y diferenciación, la Comisión Teológica Internacional hace más de veinte años:

*Distinguimos la estructura esencial de la Iglesia de su figura concreta y evolutiva (su organización). **La estructura esencial** comprende todo lo que en la Iglesia proviene de su institución por Dios (iure divino), a través de la fundación por Jesús y el don del Espíritu Santo. Esta estructura tiene que ser única y destinada a durar siempre. Sin embargo, esta estructura esencial y permanente reviste siempre una **figura concreta y una organización** (iure ecclesiastico), que son fruto de datos contingentes y evolutivos, históricos, culturales, geográficos, políticos ... La figura de la Iglesia está, por ello, normalmente sujeta a evolución; ella es el lugar en que se manifiestan diferencias legítimas e incluso necesarias.<sup>2</sup>*

Lógicamente, esta distinción no significa que haya un disloque entre ambas (estructura esencial y organización); ya que la primera está implicada en la segunda. Pero lograr una distinción adecuada entre ambas es una tarea muchas veces delicada que implica bastante discernimiento, sobre todo en el plano pastoral, para no perderse en uno de sus extremos. Como bien señala Olegario González de Cardedal:

*La Iglesia está como siempre ante dos imperativos sagrados que la mantienen en una tensión insuperable. Por un lado está religada a la memoria viva, la asimilación teórica, la respuesta histórica de la revelación de Dios en Cristo, que es origen y cimiento de su existencia. Por otro lado está religada y obligada a la comunión generosa de la salvación que Dios ofrece a todos los hombres y que les llega por su predicación, la celebración sacramental, el testimonio vivido y la colaboración generosa de cada uno de sus miembros. El cultivo de la identidad y el ejercicio de la misión son igualmente sagrados.*

<sup>2</sup> Commissio Theologica Internationalis. Documenta (1969-1985). Città del Vaticano [Libreria Editrice Vaticana] 1988, pp. 462-558. En: "Temas selectos de eclesiología (1984)". Comisión Teológica Internacional. Documentos (1969-1996). Madrid: BAC 1998, pag. 348. Los resaltados son nuestros.



*Cuando la fidelidad al origen y la preocupación por la identidad son desproporcionados o se tornan obsesivas, la Iglesia se convierte en secta y sucumbe al fundamentalismo. Cuando la preocupación por su relevancia para la sociedad y su colaboración con las causas comunes de la humanidad es llevada hasta el límite, [...], entonces la Iglesia está en el borde de la disolución y finalmente de la insignificancia.<sup>3</sup>*

### **Explicando el Desafío<sup>4</sup>:**

Formulamos el desafío para la Iglesia Católica en América Latina, en cuanto a su organización, de la siguiente manera:

*¿Cómo plantear un liderazgo efectivo en una institución tradicional, altamente jerarquizada, en donde los niveles de autoridad vienen predeterminados, más allá del resultado de las acciones pastorales y, muchas veces, más allá de las características personales de sus miembros? Es decir, un desafío de gestión eclesial y de liderazgo eclesial, que atañe a su estructura y cultura organizacional.*

Quizá sería bueno comenzar a explicar el problema con un ejemplo sencillo: Puede ser que en una comunidad parroquial, existan religiosas/os o laicos/as que llevan años trabajando en dicha parroquia, que conocen muy bien a los feligreses y que gozan del reconocimiento de toda la comunidad. Pero ninguno de ellos podrá dirigir 'formalmente' dicha comunidad parroquial. De hecho, van a nombrar como párroco a un sacerdote que probablemente recién se ha ordenado, que además nunca ha estado en esa parroquia, que desconoce la realidad de la localidad, etc., y que naturalmente va a imponer su estilo personal independientemente de la historia pastoral de dicha comunidad parroquial. Entonces, este sacerdote será el nuevo párroco, pero no necesariamente el nuevo 'líder de la comunidad' (como se sabe, se puede entregar o delegar una gestión o un cargo, pero no un liderazgo).

<sup>3</sup> Olegario González de Cardedal: Ratzinger y Juan Pablo II. Salamanca: Ediciones Sígueme 2005, pag. 168. Las cursivas son nuestras.

<sup>4</sup> De ahora en adelante vamos a evitar, ex professo, las referencias o citas bibliográficas y la alusión a algunos autores, para no ampliar demasiado la extensión de este artículo. Además, quisiéramos que los conceptos, ideas y afirmaciones que expresamos aquí se sustenten por sí mismos, sobre todo tratándose de un enfoque que puede resultar para algunos un tanto novedoso.

□ Siguiendo por esta misma línea, y dando mayor dimensión al ejemplo, puede darse el caso también que nombren como Obispo de una Diócesis a un presbítero que viene con un estilo de gobierno pastoral muy particular y establece sus nuevas reglas de juego, independientemente de la opinión de sus agentes pastorales (sacerdotes, religiosas y laicos) y del desarrollo histórico pastoral que se ha venido dando en esa Diócesis. Como se dice comúnmente en el argot eclesial: “cada Obispo es un Papa en su Diócesis”, así que podrá hacer lo que desee, siempre y cuando no esté prohibido por el Derecho Canónico.

Entonces, aparte de lo que ya hemos planteado como desafío, nos deberíamos preguntar también: *¿cómo gestionar una institución que, muchas veces, no logra diferenciar adecuadamente dos niveles: el ministerial y el organizativo pastoral?* A nivel ministerial, queda claro que hay una distinción entre clérigos y laicos (y los/as religiosos/as que no son clérigos ni comparten los ideales de la vida laical), en cuanto a su vocación y misión (mas no en cuanto a su sacerdocio bautismal, a su plena pertenencia a la Iglesia, ni en cuanto al llamado universal a la santidad y a la evangelización). En este nivel ministerial no creemos que haya mayor problema en su desarrollo eclesial (salvo visiones clericalistas de la Iglesia); tampoco hay mayor problema en cuanto a las funciones pastorales que deben realizar los Diáconos, Sacerdotes y Obispos dentro de la Iglesia. El problema, en nuestra opinión, se da a nivel organizativo y pastoral; es decir, a nivel de gestión eclesial, por un lado, y a nivel de liderazgo eclesial, por el otro.

No es que cuestionemos el nombramiento de párrocos y Obispos por parte de la autoridad eclesiástica (por más que haya criterios de selección ‘cuestionables’), sino el ejercicio pastoral de los nombrados; es decir, el modo en que se ejercen esos nombramientos y, lamentablemente, lo que dice el Código de Derecho Canónico al respecto no es suficiente. Nadie pone en tela de juicio que el Obispo es el Obispo... pero no el dueño de la Diócesis; por eso está obligado, en primer lugar, a conocer y respetar la Iglesia Particular de su Diócesis. No estamos afirmando que el Obispo deba estar atado de manos para ejercer su labor episcopal y limitarse a lo que ya encontró en su Diócesis, sino que tiene que partir de la Iglesia existente para saber conducir, con toda la comunidad eclesial, los cambios que sean necesarios; es decir, *debe ser un líder inteligente, y no un gestor prepotente*. Debemos



recordar que los cargos eclesiales son de servicio y no de poder, y la autoridad que implican esos cargos hay que ejercerla con mucha sabiduría y mayor humildad, siguiendo fielmente el ejemplo dado por Jesucristo, Pastor supremo y sumo Sacerdote.

## El contexto eclesial católico

Explicando el contexto general de la Iglesia Católica, podemos indicar que ésta se rige organizativamente a través de una institución central, que es La Santa Sede, y que tiene su lugar visible a nivel internacional, en el Estado Vaticano. En la Iglesia hay unos 5.000 obispos, 400.000 sacerdotes, 750.000 religiosas, 150.000 misioneros laicos, y más de 3 millones de catequistas, aproximadamente, para una feligresía de más de 1.000 millones de personas.

También es necesario indicar que, contrariamente a lo que se cree, “la Institución más jerarquizada del mundo es al mismo tiempo la más descentralizada”; y la unidad básica de esta descentralización son las Diócesis o jurisdicciones eclesiásticas, en donde los Obispos son los responsables absolutos de lo que sucede en ellas. Como se sabe, el Derecho Canónico le otorga al Obispo la triple potestad: judicial, legislativa y ejecutiva, en la jurisdicción de su Iglesia Particular. Asimismo, existe una institución nacional que agrupa a los Obispos de las diferentes Jurisdicciones Eclesiásticas de cada país, que es la Conferencia Episcopal; pero que tiene funciones eminentemente pastorales y administrativas, mas no de autoridad o jerarquía. En este sentido, cada Obispo es autónomo en su Diócesis y ninguno de ellos (así sea Arzobispo o Cardenal) puede intervenir en una jurisdicción que no es la suya; aunque, creemos que, a veces, debería haber una mayor ‘corresponsabilidad episcopal’ (fruto de una bien entendida ‘colegialidad episcopal’) y una mayor ‘corresponsabilidad eclesial’ (fruto de una bien entendida ‘eclesiología post-conciliar’).

Como se sabe, el capital mayor de una organización es su ‘recurso humano’ (que se tiene que convertir en potencial y talento humano), es decir, su ‘capital humano’; y si éste tiene parámetros de cultura organizacional disfuncionales, la organización corre el riesgo también de ser disfuncional a la sociedad actual. Y éste es, precisamente, el riesgo que vemos en la llegada pastoral de la Iglesia; por eso planteamos, metodo-

lógicamente, una tercera interrogante para la Iglesia Católica: *¿cómo hacer más funcional su organización a través de una buena gestión y liderazgo eclesial, que influya positivamente en su inmensa 'estructura organizacional' y, sobre todo, en su 'cultura organizacional'?*<sup>5</sup>.

Si nos centramos en los recursos humanos de la Iglesia, podríamos esbozar un diagnóstico provisional respecto a su recurso humano jerárquicamente más importante, el clero, y plantear el desafío eclesial, en este rubro, de la siguiente manera: *¿Cómo trabajar pastoralmente en un mundo de constantes cambios a) con sacerdotes con mentalidad pastoral clásica (gran parte de ellos adultos mayores), b) que siguen los parámetros tradicionales de gestión eclesial altamente jerarquizados (basados en el ministerio sacerdotal más que en la eficacia funcional de la pastoral), c) con poca capacidad de cambio (o mejor dicho, con una gran resistencia al cambio) y, d) en donde el liderazgo eclesial está muy poco desarrollado?*

Lógicamente, aquí estamos planteando una interrogante respecto al lado más disfuncional del recurso humano jerárquico de la Iglesia, no respecto al lado más funcional; ya que lo que se tiene que cambiar en una organización, no es lo positivo y adecuado, sino el lado que no está funcionando adecuadamente. Lo que sí se tendría que hacer con el lado positivo y funcional, es potenciar la *'resiliencia eclesial'*, que por razones de espacio no vamos a desarrollar aquí. En todo caso, queda claro que el problema, en nuestra opinión, no es de *'capacidad'* (que la Iglesia no sea capaz), sino de *'capacitación'* (que la Iglesia no ha capacitado suficientemente a su personal para las nuevas funciones). Por eso, *nuestra propuesta se centra fundamentalmente en formar adecuadamente a sacerdotes, religiosas y laicos para llevar adelante una pastoral eclesial en un mundo de constantes cambios; y para eso, es necesario modernizar nuestros paradigmas de pastoral y de llegada pastoral.*

### **Aplicando algunos criterios de organización**

Quisiéramos ahora plantear dos conceptos o ideas claves que nos pueden ayudar a ver con mejores luces algunos problemas de la

<sup>5</sup> Por razones de espacio, no vamos a profundizar acerca de la *'Estructura y Cultura Organizacional de la Iglesia Católica'* (que nos reservamos para otro artículo); sino, solamente los temas de Liderazgo y Gestión eclesial.



organización eclesial. De hecho, al exponer el desafío y el contexto general de la Iglesia, ya hemos aplicado algunos conceptos y categorías de la moderna administración; pero quisiéramos ahora formularlos de manera explícita y ver la forma en que podríamos utilizarlos en el tratamiento del problema expuesto.

1. **Diferencia entre Gestión y Liderazgo:** Los nuevos enfoques en las organizaciones nos pueden mostrar algunos problemas de gestión, pero sobre todo, de liderazgo que hay en la labor pastoral de la Iglesia Católica, por más que en algunas Diócesis y parroquias concretas estas falencias estén menguadas por la forma que tiene el Obispo, el párroco o la misma comunidad eclesial, de gestionar su ámbito local.

En la moderna teoría de las organizaciones hay consenso en indicar que las funciones de la **Gestión** son: Planificar, Organizar, Dirigir y Controlar; mientras que las del **Liderazgo** son: Visionar, Motivar y Alinear. El Gestor o Gerente en una organización: administra, mantiene, está orientado a la estructura, pregunta cómo y cuándo, acepta el *status quo* y se preocupa por los medios de la organización. Mientras que el Líder en una organización: innova, desarrolla, está orientado a las personas, pregunta qué y por qué, desafía el *status quo* y se preocupa por los fines de la organización.

En otras palabras, la Gestión se encarga de ‘administrar’ o ‘gerenciar’ la organización tal como se da en este momento y de llevar adelante de la mejor manera el *status quo*; mientras que el Liderazgo se encarga de adecuar la Organización a los cambios y nuevos desafíos que la realidad impone. Es decir que, *el GESTOR (o Gerente), es un profesional de la toma de decisiones; mientras que el LÍDER es un visionario, promotor y ejecutor de los cambios.* Y lo primero que tiene que cambiar el líder es el modo de pensar de las personas, no la institución; y luego del cambio personal, recién puede emprender, en equipo, el cambio institucional.

Asimismo, la gestión corresponde a un ámbito más formal y organizacional, y al mismo tiempo, a un ámbito bastante (de)limitado, porque depende del mandato expreso que se ha recibido; mientras que al liderazgo le corresponde el ámbito de la ‘autoridad informal’, centrado

en la confianza, y que va más allá del ámbito que le ha sido asignado 'formalmente'. Asimismo, debemos recordar que para gestionar un territorio, se necesita de la 'autoridad' (formal), mientras que para ejercer el liderazgo no es necesario. *Lo más importante aquí es entender que, a veces, se necesita gestionar y otras veces es necesario liderar; tanto la gestión como el liderazgo son fundamentales. Por eso pensamos que en la Iglesia se tiene que trabajar necesariamente en estos dos ámbitos de forma complementaria, ya que el éxito pastoral se logrará sólo cuando se puede balancear adecuadamente la Gestión y el Liderazgo eclesial,* la autoridad formal e informal, la gerencia de lo estable y el manejo de los cambios, lo administrativo pastoral y lo kerigmático misional.

En este sentido, creemos que a menudo los sacerdotes, sobre todo los párrocos, están muy preocupados por realizar una buena *gestión administrativa*, pero muy pocas veces están dispuestos a *liderar el cambio*; es decir que, en el mejor de los casos, *podrán ser buenos 'gestores', pero no buenos 'líderes'*. El gran problema es que cuanto más rápidos son los cambios sociales se necesita más del liderazgo y menos de la gestión; mientras que la gestión se aplicaría más en tiempos estables y sin grandes cambios. Y lo que vemos en la actualidad, precisamente, es que la realidad socio-religiosa presenta unos cambios tan grandes que necesita a gritos de nuevos líderes eclesiales (y no sólo de gestores), para poder "abandonar la estructuras caducas que ya no favorecen la transmisión de la fe", tal como nos piden los Obispos latinoamericanos en el Documento de Aparecida (N° 365).

Por otro lado, los párrocos tienen tantas responsabilidades administrativo-pastorales que se dedican más a 'administrar la parroquia' que a 'liderar la comunidad parroquial'; lamentablemente, *se dedican tanto a administrar que ya no tienen tiempo para liderar*. Y esto es digno de lamentar y desdice la labor histórica de la Iglesia en este continente, ya que los primeros misioneros que evangelizaron estas tierras no eran precisamente administradores, sino líderes; no mantenían el *status quo*, sino que eran verdaderos 'profesionales del cambio'.

Uno de los ejemplos más notables de esta realidad es Toribio de Mogrovejo (el funcionario laico que llegó a ser un Obispo Santo), que siendo un Inquisidor en Granada se transformó, de la noche a la mañana, en un Obispo líder de la evangelización en el Virreinato del



Perú. En realidad fue un excelente gestor, pero un mejor líder, que supo observar, escuchar y adecuarse a los cambios situacionales que le tocó vivir. Cuando el Papa Gregorio XIII lo nombró Arzobispo de Lima, en marzo de 1579, Toribio de Mogrovejo era un reconocido miembro del Tribunal del Santo Oficio (era abogado y laico, no era teólogo ni sacerdote); pero en el terreno, aprovechando sus características y habilidades personales, se convirtió en un excelente líder de la Iglesia de su tiempo. El nombramiento formal era de Arzobispo, pero su indiscutible liderazgo eclesial y santidad dependió de él, de su decisión y de su gran coraje para asumir una nueva realidad y poder cambiarla.

Asimismo, creemos que gran parte del problema de gestión y liderazgo eclesial tiene que ver con la poca aceptación (y hasta rechazo) por parte de la Iglesia de los cambios religiosos y sociales que se dan en la actualidad; es decir que existe una negativa a aceptar que la realidad ha cambiado y que los feligreses también han cambiado. Pareciera que a la Iglesia le molestan los cambios, y que se siente más cómoda en un contexto social estable, con feligresía segura y público cautivo (después de 500 años de tener el monopolio eclesial en el continente nos hemos malacostumbrado a que la gente venga a nosotros); pero esas circunstancias, ya no se dan en el nuevo contexto latinoamericano.

Muchas veces la jerarquía de la Iglesia se limita a criticar los cambios, pero no a asumirlos, y menos a plantear alternativas viables y aceptables por el consenso de la sociedad. Por otro lado, tenemos la poca capacidad de algunos pastores y agentes pastorales de adecuarse y actualizarse a la nueva realidad y demanda pastoral de la feligresía y de la 'no feligresía'. Muchas veces los sacerdotes se limitan a hacer lo que toda la vida hicieron, pero no se dan cuenta que las acciones pastorales que ellos aprendieron a realizar hace algunos años (o décadas) ya no corresponden a la sociedad actual; es decir, que se prepararon para trabajar en una sociedad y para una mentalidad de la feligresía, que ya no existe. Este problema, que se presenta en un número importante del clero, se da también en buena parte de agentes pastorales, sean religiosas o laicos.

Por otro lado, creemos que muchas veces la Iglesia sí desea asumir en su pastoral los cambios sociales y religiosos que se dan en la actualidad, pero busca generar esos cambios desde la gestión, y no

desde el liderazgo; es decir, haciendo reformas a lo ya existente, pero sin atreverse a planear, plantear y ejecutar cosas realmente novedosas. Tanto la gestión como el liderazgo pueden producir cambios, pero el cambio generado formalmente por la gestión, muchas veces es más una 'adaptación' que un verdadero cambio. La mayoría de las veces los 'cambios formales' (de gestión) son temporales o con reservas, superficiales y ficticios, ya que por lo general han sido impuestos desde arriba y no generados y aceptados por la mayoría de las personas. Como se sabe, los cambios reales en una organización no se logran con directivas y memorandos, y menos aún con decretos episcopales.

Por eso es necesario generar los cambios en la Iglesia no sólo desde la 'gestión eclesial'; sino, y sobre todo, desde el 'liderazgo eclesial'. Y aquí es fundamental el papel del Obispo líder. Para lograr este cambio institucional en la Iglesia (más aún por las características jerárquicas que tiene), el líder tiene que cambiar primero. Es decir, los Obispos y la jerarquía eclesial, son los llamados, en primer lugar, a liderar el cambio dentro de la Iglesia; pero no sólo en su función de Sacerdotes y Obispos de la Iglesia, sino en su función de líderes de la comunidad. Es evidente que la autoridad formal es sumamente importante en una institución como la Iglesia Católica, pero creemos que nuestros Pastores están desperdiciando el otro tipo de autoridad, la informal, la del liderazgo, que podría ser, incluso, mucho más efectiva que la autoridad formal. Por eso, es necesario que nuestros Pastores combinen adecuadamente todos los recursos de que disponen: la autoridad formal e informal, la gestión y el liderazgo, la administración pastoral y la evangelización de los pueblos.

Luego del cambio inicial de visión eclesial y de liderazgo de los Pastores, la tarea más importante que sigue es que los Obispos puedan transformar sabiamente la 'cultura de la organización eclesial'. En este sentido, no es suficiente un aprendizaje del 'primer nivel', que es la *capacitación* para realizar una acción; sino un aprendizaje del 'segundo nivel', que es el de cambio de *actitudes*. Para ejercer un verdadero liderazgo en las Diócesis no solo es necesario el aprendizaje de capacidades, sino del 'cambio actitudinal', que es lo más difícil de cambiar en una institución (al igual que la 'cultura organizacional'), para poder llegar a un verdadero 'aprendizaje transformacional', (tal como nos sugiere el coaching ontológico).



Asimismo, el Obispo debe tener la sabiduría para descubrir qué es lo que debe cambiar (no hay que cambiar todo, sólo lo necesario), cuándo y cómo hacerlo, y con qué personal lo va a llevar adelante. Como se sabe, la pastoral diferenciada se dirige precisamente a públicos diferenciados; pero se debe hacer también con agentes pastorales diferenciados. Así como no todos los sacerdotes llegan de igual manera a todos los públicos, el Obispo debe tener la sabiduría para designar a la mejor persona para cada lugar y para cada pastoral; desarrollando y privilegiando en esta tarea, más la Inteligencia Emocional que la Inteligencia Cognitiva o el coeficiente intelectual.

Por otro lado, debe manejar y reducir las famosas “resistencias al cambio”. Como se sabe, estas resistencias se dan en toda institución que está realizando cambios, porque a) las cosas generalmente se hacen por hábito, b) todo cambio genera cierta incertidumbre, c) se puede pensar que esos cambios no le van a hacer bien a la Institución, d) por el temor a perder algo que ya se poseía, etc.. Y todas esas resistencias las tiene que asumir y encausar sabiamente el Obispo y todo su equipo de trabajo. No todo cambio es fácil, muchas veces provoca crisis; pero como decía Emanuel Kant, “si debo hacerlo, es que puedo hacerlo”.

Finalmente, queremos indicar en este punto que no necesariamente todos los cambios, de por sí, son buenos para una organización; ni tenemos que estar de acuerdo con todos los cambios que se dan en la sociedad. Bajo ningún punto de vista proponemos aquí el cambio por el cambio ni la aceptación incondicional de los cambios sociales; pero lo único que nunca debemos hacer, es negar esos cambios que se dan en la realidad, nos gusten o no. Por otro lado, los cambios en una organización deben tener como objetivo principal adecuarse a las nuevas circunstancias de la realidad, y el líder debe adelantarse a estos cambios sociales para preparar a su organización a este nuevo contexto.

También se pueden dar cambios que impliquen un retroceso y no un avance; es el caso típico del párroco que asustado con los jóvenes de su parroquia, en vez de asumir los cambios generacionales y lanzar una nueva pastoral juvenil, se cierra en sus esquemas aprendidos y vuelve a métodos pastorales del siglo pasado. Lógicamente, lo único que logrará este pusilánime párroco es gestionar una buena pastoral de la tercera edad, pero jóvenes ya no tendrá en su parroquia. Como afirma Eric

Hoffer “En tiempos de cambio, quienes estén abiertos al aprendizaje se adueñaran del futuro, mientras que aquellos que creen saberlo todo estarán bien equipados para un mundo que ya no existe”.

2. ***El líder no tiene características específicas:*** Como se sabe, no es que los líderes nazcan como tales, ni que tengan rasgos personales especiales, como *conditio sine qua non*, que los hagan ejercer un liderazgo (universal). El líder no tiene características específicas ni existe un taxativo ‘perfil del líder’. Tampoco es cierto que algunas características particulares conviertan a ciertas personas en líderes (“la potencia no lleva necesariamente al acto”), sino que las características específicas que una persona tiene pueden apoyar el potencial de liderazgo, si es que previamente se ha tomado la decisión de ejercerlo. Las características personales, por sí, no hacen al líder, sólo ayudan a realizar las acciones que un líder ha decidido hacer. En conclusión, todos tenemos la potencialidad de ser líderes si es que nos decidimos serlo y nos preparamos para ello.

En este sentido, generalmente en la Iglesia se ha pensado que el párroco por ser sacerdote, ya era el líder natural de una comunidad y el gestor de la misma. Pero, que nosotros sepamos (a no ser casos muy especiales), en la formación teológica no se estudia nada de gestión, y en la formación sacerdotal no se les prepara para el liderazgo. Y ese es, precisamente, uno de los grandes vacíos de la formación sacerdotal actual; muchas veces se forma a los futuros sacerdotes con un esquema de llegada pastoral lineal, de ‘causa-efecto’, sin darse cuenta que las relaciones personales y sociales actuales ya no se dan de esa manera, sino de forma circular, funcional y sistémica.

Socialmente, la Iglesia ya no se valida por “ser Iglesia”, sino por la buena llegada que tenga en la sociedad; igualmente, el sacerdote ya no se valida socialmente por “ser sacerdote”, sino por sus dotes personales y su manera de llegar a la gente. En otras palabras, tanto la Iglesia como sus agentes pastorales llegarán adecuadamente a la sociedad, no por ser ‘teológica o eclesiológicamente’ lo que son, sino por lo que ‘relacional y experiencialmente’ son para la sociedad y para la feligresía. En este sentido es necesario entender que si bien, eclesiológicamente, debemos hablar de una ‘Iglesia Católica en América Latina’, sociológicamente, debemos pensar en una ‘Iglesia Católica latinoamericana’.



Y, precisamente, esa parte visible de la Iglesia que llega a la sociedad, inicialmente, es la más importante para ella, no la teológica. Para la sociedad “una verdad que no se manifiesta es como si no existiera”. Si la Iglesia no llega bien a la gente, jamás podrá entender que la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo; es decir, si nuestra feligresía no sabe “quién es Jesucristo”, menos entenderá “qué es la Iglesia”.

Por otro lado, nos queda claro que la ‘autoridad formal’ viene designada desde arriba, mientras que la ‘autoridad informal’ que puede ejercer el líder se va ganando y haciendo desde abajo; es decir, que una persona puede ser jefe, pero no necesariamente líder. El ideal es que la persona que es designada ‘formalmente’ como jefe, sea también ‘informalmente’ un líder. En esta misma línea, aplicando los mismos conceptos a categorías eclesiales, podríamos decir que un laico puede ser ordenado ‘sacerdote’, pero no necesariamente va a ser un ‘padre’ (espiritual) para la comunidad; un sacerdote puede ser designado ‘párroco’, pero no necesariamente va a ser un verdadero ‘gestor y líder de su parroquia’; un presbítero puede ser ordenado Obispo, pero no necesariamente va a ser un auténtico ‘Pastor’ de su Diócesis. En resumen, en términos organizativos, una cosa es la designación formal de un cargo y otra muy distinta el desempeño real de dicha función; y, en términos eclesiales, una cosa es el sacramento del Orden, y otra cosa es el ejercicio pastoral. Lo ideal, lógicamente, es que el ministerio ordenado vaya de la mano con una buena labor pastoral. No soslayamos la gracia sacramental, sólo queremos indicar que en estos tiempos debemos prestar mayor atención al *ex opere operantis*, y no sólo al *ex opere operato*.

Finalmente, si un dirigente, superior o jefe no se prepara para ser un líder, es muy probable que lleve adelante una gestión autoritaria. Muchas veces el autoritarismo es eficaz, pero no por mucho tiempo, ni para todas las personas, ni en todos los ámbitos. Por eso es importante en la formación de cuadros eclesiales preparar a los agentes pastorales (sacerdotes, religiosas y laicos) para el liderazgo, no sólo para la gestión; sino, al momento de gestionar, van a compensar su falta de liderazgo con autoritarismo, sintiéndose los dueños de la feligresía y de la Iglesia local. En este sentido, debemos recordar que *el liderazgo siempre es grupal, no individual, por eso el liderazgo eclesial es tarea de toda la Iglesia, con el Pastor a la cabeza*.



## Proyectando el cambio (a modo de Conclusión)

Por todo lo que hemos dicho, creemos que es necesario desarrollar adecuadamente en la Iglesia Católica, un verdadero liderazgo *eclesial* (y en este caso, recalcamos la palabra *eclesial*); es decir, de todos los miembros de la Iglesia: Obispos, sacerdotes, religiosos/as y laicos/as (no solo de los ministros ordenados). Y formar en gestión eclesial a aquellos que van a ejercer dicha función, independiente de su estado de vida. Lo ideal es que todos los miembros activos de la Iglesia puedan ejercer un verdadero liderazgo dentro y fuera de la Iglesia, y que puedan llevar adelante una buena gestión eclesial en los diferentes ámbitos pastorales; cada uno de acuerdo a su vocación y misión.

Como se sabe, la 'habilidad de gestión' se puede aprender a través de lecciones y la enseñanza formal (reforzada por la experiencia), pero el 'ejercicio del liderazgo' es más difícil de conseguir a través de los mecanismos de enseñanza escolarizada, y menos aún con un curso acelerado de liderazgo. Como se dice, "el liderazgo puede ser aprendido, pero no enseñado". Es una tarea que se tiene que realizar a través de toda la formación laical, religiosa y sacerdotal en la Iglesia, y a través de todo su desenvolvimiento eclesial ordinario; que la Iglesia sea naturalmente escuela y forjadora de líderes, como lo fue durante toda su historia.

Asimismo, el liderazgo no es una cosa que se 'aprende', sino que se 'aprende a ejercer', motivando, empoderando, descentralizando y delegando (cada uno dentro de su responsabilidad); sacando de cada miembro de la Iglesia el potencial que lleva dentro. Lamentablemente para la Iglesia Católica, debemos reconocer que una de las razones por las que las diversas Iglesias Evangélicas en América Latina crecen tanto, es porque ejercen extraordinariamente el empoderamiento de sus feligreses y promueven el liderazgo de sus cuadros.

Al inicio decíamos que muchos de nuestros agentes pastorales (sacerdotes, religiosos y laicos) se prepararon para una sociedad que ya no existe. Pero si bien es verdad que con el paso del tiempo se da una 'obsolescencia de las destrezas' (también a nivel pastoral) hay que comprender que no es un problema de edad, sino de mentalidad; puede haber personas mayores con una mentalidad bien actualizada y jóvenes



con una mentalidad trasnochada. Lo importante ahora es prepararnos para lo que se viene, y la solución no está en volver al pasado, sino en saber enfrentar el futuro, preparándonos para una sociedad en constante movimiento. Por eso, necesitamos agentes pastorales abiertos al cambio, interdisciplinarios, multiculturales, plurifuncionales; es decir, católicos preparados para situaciones nuevas y feligresías nuevas.

Por otro lado, la Iglesia Católica debe aprovechar sus ventajas comparativas y competitivas, y no sólo copiar al pie de la letra las estrategias (de evangelización) de los vecinos. La Iglesia goza, por ejemplo, de una clara 'cadena de mando' y una evidente 'unidad de mando'; pero le falta una mayor descentralización de la autoridad y de las funciones, y un mayor empoderamiento de su personal. La Iglesia Católica goza de un riquísimo caudal de conocimientos y experiencias a nivel mundial durante sus 2.000 años de vida; pero le falta poner en valor todo ese 'capital intelectual' acumulado que tiene. Por eso debe identificar, conservar y desarrollar sus 'intangibles', y poder gestionar adecuadamente el gran 'Capital Eclesial' que posee: el capital humano, el capital intelectual, el capital espiritual y el capital social<sup>6</sup> (no solamente el capital real, sino también el potencial). No debe vivir de las rentas del pasado, sino tener siempre presente que "Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar ..." (*Evangelii Nuntiandi* N° 14).

Finalmente quisiéramos indicar que, puesto que lo único que no cambia en la sociedad son los cambios, el rol del líder es fundamental y necesario en toda organización. Y nuestro personal eclesial tiene que estar preparado para afrontar esos cambios, más aún ahora que ya no estamos en la era de la información, sino de la 'reducción de complejidad'; ya no estamos en la era del conocimiento, sino de la velocidad; y lo más importante ya no es la institución, sino el capital humano. La Generación actual es una generación de la imagen y de la televisión, pero la generación que viene es la generación virtual y del Internet ¿Estamos preparados como Iglesia para llegar a ella?

<sup>6</sup> Hace algunos años, con Mons. Norberto Strotmann, pensamos en una posible especialización pastoral centrada en una "Gerencia Eclesial". Para eso acuñamos el término "Capital Eclesial", pensado en estos 4 componentes arriba mencionados, y que desarrollaremos en otro artículo.



## Homenaje a una vida y una obra: Segundo Galilea, discipulo y misionero de Jesucristo

Patricio Merino Beas\*

### Sumario

Segundo Galilea ha acompañado por más de cincuenta años el itinerario pastoral y espiritual de la Iglesia Latinoamericana; toda su vida y sus escritos tienen una impresionante sintonía con las conclusiones e desafíos de Aparecida. Por eso, pensamos que una lectura o relectura de sus escritos, puede constituir una fuente inspiradora, alentadora y formadora, para el propio discipulado y el presente pastoral de nuestra Iglesia Latinoamericana y del Caribe. Cuando nos encontramos al inicio de la Misión Continental, el Padre Galilea, con sus reflexiones nos orienta sobre cómo pasar de una

\* Laico. Licenciado y candidato a doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca. Magíster en Ciencias de la Educación. Profesor de teología sistemática en el Instituto de Teología de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile.  
Correo: [pmerino@ucsc.cl](mailto:pmerino@ucsc.cl)



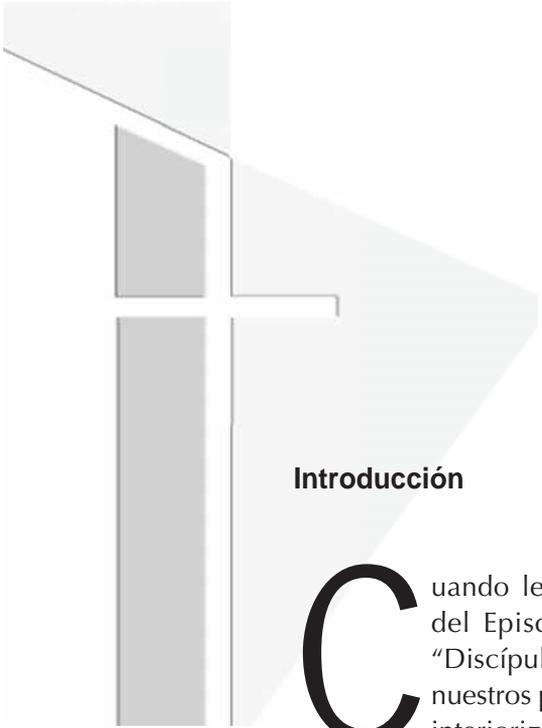
pastoral de conservación a otra de decidido espíritu misionero. Para esto nos ofrece lo que podríamos denominar una espiritualidad para la renovación pastoral, basada en la inserción en la vida de Jesucristo y en la misión.

**Palabras clave:** Segundo Galilea, Pastoral, Espiritualidad, Misión, Renovación pastoral.

### **Sumário**

Segundo Galilea acompanhou por mais de cinquenta anos o itinerário pastoral e espiritual da Igreja latino-americana; toda sua vida e seus escritos têm uma impressionante sintonia com as conclusões e os desafios de Aparecida. Por essa razão, pensamos que uma leitura ou releitura de seus escritos, pode constituir uma fonte inspiradora, alentadora e formadora, para o próprio discipulado e para o atual contexto pastoral de nossa Igreja latino-americana e Caribenha. Quando nos encontramos no início da Missão Continental, o padre Galilea, com suas reflexões, orienta-nos sobre como passar de uma pastoral de conservação para uma outra de decidido espírito missionário. Para isso oferece-nos, o que poderíamos denominar, uma espiritualidade para a renovação pastoral, baseada na inserção à vida de Jesus Cristo e à missão.

**Palavras chave:** Segundo Galilea, Pastoral, Espiritualidade, Missão, Renovação pastoral.



## Introducción

**C**uando leí el lema de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe: “Discípulos y Misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en El tengan vida” y más tarde, al interiorizarme de las conclusiones de la Asamblea, inmediatamente las relacioné con el itinerario personal de Segundo Galilea.

Quienes lo hemos conocido, leído sus libros y artículos, participado de sus conferencias y retiros, sabemos que él ha vivido y dado testimonio de todo el espíritu y proceso pastoral que recoge Aparecida. No soy amigo de tópicos ni etiquetas, pero me es imposible no presentar a Segundo Galilea como un discípulo y misionero de Jesucristo, cuya visión pastoral y espiritual, estilo de vida y obra, pueden constituir una fuente inspiradora y alentadora para el propio discipulado y el presente de nuestra Iglesia Latinoamericana y del Caribe.

Justo este año, en que tenemos tantos motivos para celebrar: los cuarenta años de Medellín, el año Paulino, el inicio de la misión continental, etc; el Padre Galilea cumplió ochenta años de vida. Por este motivo, este breve artículo quiere ser un modesto homenaje a su persona.

---

<sup>1</sup> Una excelente síntesis de su obra y pensamiento hasta el año 1993, la encontramos en: Mercedes Gómez, “Producción literaria de Segundo Galilea”, en: *Scriptorium Victoriense* 42 (1995) 201-242; Idem, “Aportación de Segundo Galilea a la espiritualidad. Síntesis y valoración”, en: *Scriptorium Victoriense* 42 (1995) 459-474.



En ningún caso pretendo presentar una sistematización de sus obras y enseñanzas<sup>1</sup>, por lo demás muy extensa y rica. Más bien, en el marco de la misión continental, intento destacar dos ejes temáticos que engloban conceptos muy queridos por el Padre Segundo y que pueden constituir un aporte, para el acompañamiento espiritual y pastoral de los discípulos y misioneros. Estos ejes son:

- Una espiritualidad para la renovación pastoral.
- La inserción en la vida de Jesús y en la misión.

En general, trataré de dejar hablar al Padre Galilea, con lo que espero alentar a muchos a leer o releer sus escritos, porque además de su hondo contenido y el provecho espiritual que de ellos se saca, pueden constituir una gran ayuda en la fase de sensibilización de la misión continental, como también, para la formación permanente de los discípulos misioneros.

## 1. Una espiritualidad para la renovación pastoral

El Documento conclusivo de Aparecida tiene como una de sus claves de lectura invitar a la Iglesia Latinoamericana y del Caribe, a pasar de una pastoral de conservación a una de decidido espíritu misionero<sup>2</sup>. En este sentido, uno de los grandes aportes del Padre Galilea ha sido proponer una espiritualidad que acompañe la reflexión teológica y la acción pastoral, la que podríamos denominar: una espiritualidad para la renovación pastoral basada en la inserción en la vida de Jesucristo y en la misión.

### 1.1. Pastoral y Espiritualidad

La íntima unión que el Padre Galilea cultivó entre pastoral y espiritualidad, queda reflejada en sus distintos servicios pastorales. Vale la pena revisar algunos de ellos para hacernos una idea.

Segundo Galilea Díez nació en Santiago de Chile en 1928, tras ingresar al Seminario de Santiago es ordenado Presbítero en 1956.

<sup>2</sup> Cf. *Documento de Aparecida*, N° 365ss, especialmente N° 370.



Junto con servir pastoralmente en la parroquia de Polpaico, un campamento minero cercano a Santiago, ejerció como profesor y director espiritual. Además, fue director de la revista "Pastoral Popular", una de las primeras especializadas en estos temas y por lo mismo, de mucha influencia en toda América Latina.

En 1962 es llamado a unirse al CELAM, para dedicarse a la investigación teológica y pastoral. Trabaja en el Centro de Formación Misionera y en el CIDOC (Centro de Investigación y Documentación) con sede en Cuernavaca, México. Fue director del Instituto Pastoral Latinoamericano (IPLA), primero en régimen itinerante entre 1964-1966 y desde 1969-1973 con sede en Quito. Entre 1974-1975 se trasladó a Medellín como profesor de pastoral fundamental.

Durante la década de los ochenta trabaja en el Centro Católico de Pastoral para Hispanos del Nordeste, en Nueva York, sirviendo a los inmigrantes hispanos en Estados Unidos, siempre ligado a una comunidad parroquial.

En los noventa, ya de regreso a Chile, fue formador en el Seminario Pontificio de Santiago, a la vez que colabora en la formación permanente del Clero y en la Parroquia Sagrado Corazón de la Alameda. A finales de la década se trasladó a Cuba, donde fue formador en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio de la Arquidiócesis de la Habana, al mismo tiempo que servía como párroco en la parroquia de Nuestra Señora de Lourdes en Buenavista y Nuestra Señora del Carmen en la Diócesis de Cienfuegos; de allí se despidió y regresó a Chile en Junio del 2007.

Además, ha recorrido toda América dando conferencias y retiros espirituales, ha colaborado con el equipo de la CLAR, ayudando a la búsqueda y fundamentación de una espiritualidad renovada de la vida religiosa.

Ocasionalmente ha impartido cursos en el Instituto "Lumen Vitae" de Bruselas y en el "Instituto de Vida Religiosa" de Madrid. Ha pasado temporadas en India y Filipinas, e impartido clases de Pastoral a los misioneros procedentes de Latinoamérica en el "Instituto Pastoral del Este Asiático".



Como vemos, su labor como pastoralista, formador y animador en temas de espiritualidad, la mantuvo siempre vinculada a un servicio pastoral ordinario en una comunidad parroquial, todo en una magnífica coherencia entre su enseñanza y su vivencia. Su inserción pastoral de frontera y opción por los pobres, por una parte, y su profunda espiritualidad de amistad con el Dios revelado en Jesucristo, por otra, constituyeron sus fuentes a la hora de acompañar la renovación de la Iglesia latinoamericana post conciliar. Nos dice con sus palabras:

*“No hay verdadera renovación eclesial sin una transformación de las instituciones, de la calidad y orientación de las actividades, de la mística o espiritualidad. Habitualmente la renovación comienza por las actividades pastorales. Pues es ahí donde se experimentan primeramente las incoherencias entre un cierto modelo de Iglesia y la realidad. Los misioneros, los evangelizadores en la frontera de la Iglesia, son los primeros en advertir la insuficiencia de las modalidades tradicionales de acción; la crítica de la pastoral comienza a partir de la experiencia de la misión en la periferia”<sup>3</sup>.*

La renovación eclesial, para que conduzca a una pastoral misionera, requiere de una renovación de la espiritualidad, de su mística: “para la Iglesia, las motivaciones son más que esenciales; son su sello de identidad. Los por qué de su organización y de su acción no se explican decisivamente por las ciencias humanas o la pura racionalidad histórica: se refieren a Jesús y su Evangelio como la motivación global, imprescindible y dominante. Es la motivación del Espíritu. Por eso hablar de motivaciones en el cristianismo es hablar de mística, de espiritualidad”<sup>4</sup>.

El Padre Galilea, por más de cincuenta años ha intentado aportar con esa mística que acompañe la renovación pastoral. Para ello, ha sabido mirar la realidad desde el compromiso y con los ojos atentos de la fe, ha buscado discernir las situaciones y tareas con la sencillez y profundidad del Evangelio, sabiendo sacar de él, las actitudes e inspiraciones para todas las acciones pastorales.

<sup>3</sup> *El camino de la Espiritualidad*, Ediciones Paulinas, Bogotá, 3ª edición 1987, p.17.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 19.



## **1.2. Mirar la realidad con los ojos de la fe: discernir y actuar desde el Evangelio y bajo la fuerza del Espíritu en comunión con toda la Iglesia**

La realidad del Continente y de las Comunidades interpeló profundamente a Segundo Galilea; las grandes opciones y problemáticas de la Iglesia latinoamericana encontraron eco en sus reflexiones y escritos. Se distinguió por su capacidad para mirar la realidad, desde el primer momento, con los ojos de la fe. Debido a ello, cada uno de sus escritos, si tienen alguna cita, son del Evangelio. Con impresionante sencillez, sensibilidad pedagógica y pastoral, trató de discernir e iluminar esas realidades usando las fuentes clásicas que la tradición cristiana le heredó: Las Sagradas Escrituras, la oración y contemplación, la comunión y discernimiento eclesial, los sacramentos, la vida de los santos y místicos, etc. Tuve la gracia de vivir junto a él durante tres años y recuerdo que lo único que tenía sobre el escritorio (además de la vieja máquina de escribir que usaba y unos papeles sueltos) era la Sagrada Escritura. El Padre Segundo gustaba de pasar temporadas largas de retiro y oración; disfrutaba y se edificaba con la lectura de los Santos de la Iglesia (destacan: San Ignacio, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, etc.), de los Padres de la Iglesia y del Desierto, los relatos de los conversos, etc. Es un hombre consciente y alegre de su condición de Presbítero, celebraba diariamente la Eucaristía, acompañaba espiritualmente a mucha gente y nunca se desvinculó de una parroquia y participaba de fraternidades sacerdotales (por ejemplo, de la fraternidad inspirada en la espiritualidad de Charles de Foucauld).

El Padre Galilea escribía y hablaba desde lo que vivía, no sólo tenía un compromiso con los pobres, sino que vivía pobre (recuerdo que era ligero de equipaje, que tenía sólo un par de camisas y que él mismo las lavaba en el lavatorio de su habitación), su vida ha sido realmente gozar a Cristo y compartir esa experiencia con los demás.

Desde este horizonte podemos valorar y sintetizar algunas de sus marcadas opciones pastorales reflejadas en su producción literaria<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> En ningún caso pretendo presentar un elenco bibliográfico sistemático y acabado. Una completa sistematización está en los artículos citados de Mercedes Gómez. Otra buena fuente bibliográfica la ofrece el SELADOC (Servicio Latinoamericano de Documentación) de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Para los artículos de Segundo Galilea en la Revista Medellín, consultar Índice General de la *Revista Medellín* 133 (2008) 112.



- Hombre comprometido con las transformaciones sociales del continente, especialmente, la formación de los nuevos barrios, el cambio de mentalidad de rural a urbana, las problemáticas sociales y políticas, la nueva evangelización y la inculturación, etc. Así lo testimonian por ejemplo: “Hacia una pastoral vernácula” (1966); “Para una pastoral latinoamericana” (1968); “Espiritualidad y renovación pastoral” (1969); Reflexiones sobre la Evangelización” (1970); “¿A los pobres se les anuncia el Evangelio?” (1972); “¿A dónde va la Pastoral?” (1974); etc.
- Ayudó a valorar y discernir el potencial evangélico de la religiosidad popular. Destacamos: “Introducción a la Religiosidad popular” (1967); “La fe como principio crítico de promoción de la religiosidad popular” (1972); “Cristología y pastoral popular” (1974); “Pastoral popular y urbana en América latina” (1977); “El catolicismo popular como espiritualidad” (1977); “La religiosidad popular en la teología de la liberación” (1980); etc.
- Es reconocido como un teólogo fundamental para la elaboración de la espiritualidad de la liberación. Destacan sus trabajos: “Teología de la liberación como crítica de la Iglesia en América latina” (1972); “Espiritualidad de la liberación” (1973); “Teología de la Liberación y nuevas exigencias cristianas” (1975); “Teología de la Liberación. Ensayo de síntesis”, “El Evangelio, mensaje de liberación” (1976); “La espiritualidad de la liberación como espiritualidad política” (1977); “El rostro latinoamericano de la espiritualidad” (1980); etc.
- Ha sido un gran animador y formador de comunidades cristianas que quieren vivir la inseparable unión entre acción liberadora y la contemplación del misterio: “El anuncio de la esperanza” (1976); “El tesoro de la Iglesia” (lecturas y comentarios dominicales para los tres ciclos) (1987); etc.
- Se ha preocupado de la animación y formación espiritual de presbíteros y laicos, religiosos y religiosas, así como de toda la renovación de la vida consagrada: “La hora de la religiosa” (1966); “Ministerio, contemplación y celibato” (1969); “El radicalismo del seguimiento de Cristo”, “Seguir a Jesús nos hace

libres" (1978); "La esperanza como carisma: la vida religiosa" (1988); "Hacia una espiritualidad bíblica del religioso" (1990); "Espiritualidad Sacerdotal" (1991); etc.

- Su obra apunta a una espiritualidad de la renovación pastoral, acentuando el discipulado de Cristo y la misión como inseparables en la identidad cristiana: "El seguimiento de Cristo" (1978); "Espiritualidad de la Evangelización según las bienaventuranzas" (1982); "El camino de la espiritualidad" (1987); "La inserción en la vida de Jesús y en la misión" (1989); "Tentación y discernimiento" (1991); "El pozo de Jacob", "Jesús misionero" (1992); "Los días de Emaus", "El discipulado cristiano" (1993); "La luz del corazón" (1994); "Fascinados por su fulgor" (1998); etc.

### **1.3. La renovación pastoral desde la espiritualidad: mística y compromiso**

Los escritos del Padre Galilea edifican porque reflejan la sencillez que transparenta su familiaridad con toda la tradición cristiana, escribe sin notas a pié de página, su intención no ha sido académica, recoge la espiritualidad cristiana y la ofrece como luz para discernir, animar y responder a las preocupaciones pastorales del momento. En él mística y compromiso son dos exigencias inseparables del discipulado:

*"La espiritualidad cristiana tiene dos dimensiones, articuladas e inseparables, pero perfectamente distinguibles y autónomas: espiritualidad es la mística y la inspiración de la entrega y el compromiso por un amor mayor; espiritualidad es también, y necesariamente, la práctica de la fe (sacramentos, oración, expresiones exclusivamente religiosas)... la separación de fe y vida, la dificultad para hacer la síntesis de ambas, es como querer una hierba empapada sin una fuente de donde brote agua, o mantener una fuente que no está empapando la hierba."*<sup>6</sup>

Para Segundo Galilea el punto de unión de la mística y el compromiso es la conversión, entendida como don del Espíritu Santo y

<sup>6</sup> El camino de la espiritualidad, p. 29.



respuesta de la libertad humana, implica romper con el pecado y adherirse a Cristo, asumir los valores del Reino y vivir en profunda relación de amistad con Dios. La experiencia de conversión se nutre de la oración, la contemplación y el compromiso.

Esta raíz espiritual profundamente cristiana, fue la que lo llevó a comprender el carácter liberador del Evangelio y el valor de la lucha por la justicia. El encuentro con Jesucristo, la experiencia del Reinado de Dios, que es ante todo misericordia, liberación y vida, le hacían imposible separar mística de compromiso. El descubrimiento de la inseparable unión entre ambas alejó a nuestro autor de los extremos y excesos, tanto de una mística alienante, como de un compromiso sin mística. Por ello, denunciaba en su momento lo que denominaba "*miopías de la misión*"<sup>7</sup>, no es posible separar en la misión: el anuncio explícito de la Palabra, que invita a ser discípulos, de la opción por los pobres, transmitir la fe de luchar por la liberación integral, evangelizar a los no creyentes del envío a los pobres, evangelizar la cultura de trabajar por la justicia, acción de contemplación, no se trata de optar por una o por otra, ambas son parte de la única espiritualidad e identidad cristiana.<sup>8</sup>

## 2. La inserción en la vida de Jesús y en la misión. El itinerario de los discípulos y misioneros

Tal y como habíamos comentado al comienzo, es impresionante la concordancia espiritual que hay entre el Documento de Aparecida y los escritos de Segundo Galilea. En este sentido, me parece que uno de los ejes temáticos que mejor resume toda su obra y que podría también caracterizar nuestro actual propósito pastoral sería: La inserción en la vida de Jesús y en la misión.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> *El reino de Dios y la liberación del hombre*, Ediciones Paulinas, Bogotá, 1988, p. 56.

<sup>8</sup> Cf. *Ibidem*, p. 57ss.

<sup>9</sup> *La inserción en la vida de Jesús y en la misión*, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile, 1989. Aunque la expresión usada es el título de uno de sus libros, la verdad es que en él se engloba el contenido de varios otros. Por ejemplo: *El seguimiento de Cristo*, Ediciones Paulinas, Bogotá 1976; *Jesús Misionero*, Editorial Patris, Santiago de Chile, 1992; *El pozo de Jacob*, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile 1992; *El discipulado cristiano*, San Pablo, Madrid, 1993.



## 2.1. La misión es inseparable de la inserción en Jesús

El concepto de inserción tiene una profunda tradición en Latinoamérica. El Padre Galilea, entre otros, se encargó de enriquecer su sentido original misionero con su fundamento y motivación, es decir, el camino y la identidad de Jesucristo: *“Nuestra propia inserción misionera, cualquiera sea su forma, sigue el camino de Cristo. De alguna manera imita su encarnación.”*<sup>10</sup> En estos momentos en que buscamos hacer que nuestra Iglesia sea más acogedora y misionera, miramos a Jesús, sus opciones, sus acciones, su vida; enraizados en él queremos renovarnos: *“Guiados por el sentir de la Iglesia, volvamos a contemplar a Cristo como nuestro modelo de inserción y de misión, y tratemos de penetrar en el misterio de su vida misionera”*<sup>11</sup>.

Fijándose en el estilo de Jesús, el Padre Galilea va caracterizando la identidad del discípulo y misionero, recurre para ello a hermosos pasajes evangélicos, tales como:

- El encuentro de Jesús con la mujer samaritana (Juan 4) ilumina la misión como comunicación de la experiencia de Cristo, que exige testimonio de amor fraterno. Nos muestra que la misión implica la conversión y que ésta es un proceso gradual; además que el fruto maduro de la misión es la contemplación y compartir la fe con otros... *“En fin, es por eso que la misión en sus formas más simples o complejas, consiste, en la práctica, en compartir la experiencia de la Iglesia, y ayudar a las gentes a tomar contacto con la Iglesia. Invitar a la Iglesia es invitar a ser encontrado por Dios y a encontrar al Dios de Jesús. La Iglesia es el pozo de Jacob en la vida de cada uno.”*<sup>12</sup>

- La multiplicación de los panes (Marcos 6) nos manifiesta que la misericordia cristiana es el motor de la misión, que no hay ninguna miseria humana que la misión no esté llamada a liberar, que Jesús nos asocia a su propia misión y que multiplica nuestros esfuerzos y que, en último término, la misión es para que el mundo tenga vida...

<sup>10</sup> *La inserción en la vida de Jesús y en la misión*, p. 6.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>12</sup> *Jesús Misionero*, p. 20-21.



*“Jesús quiere hacernos entender que su aspecto más importante es la plenitud de vida (el agua viva y el pan que permanece), y que la misión no puede dejar de anunciar la liberación de todo mal y de la muerte, es decir la resurrección y la vida”<sup>13</sup>.*

- La sanación del ciego de nacimiento (Juan 9) nos muestra que la misión consiste en arrancar al mundo de su ceguera, para recuperar la dignidad que cada hombre y mujer tienen, que toda ceguera del corazón puede encontrar en Jesús y su evangelio una luz, pero que eso es un camino no exento de sufrimiento y que debe nutrirse de la oración y de la vida en comunidad... *“Porque el obstáculo primario de la conversión es la ceguera, y a ello no se llega sino poco a poco, la misión obtiene resultados lentos y arduos, y muchas veces exteriormente imperceptibles. No es posible evaluar ni medir los grados de iluminación de las conciencias personales y colectivas, sino a largo plazo, por los cambios de práctica de vida”<sup>14</sup>.*
- Las bienaventuranzas (Mateo 5) nos señalan el camino elegido por Jesús, la misión es siempre un camino de superación desde el amor de Dios, porque es llamado a la santidad... *“El mensaje misionero es un mensaje que habla al corazón de las gentes. No transmite solo ideas, sino una experiencia vital, el sentido de la vida y del mundo interior de un pueblo. Se habla al corazón cuando se habla a lo más familiar y significativo de una identidad cultural, con los símbolos y lenguajes que llevan al alma de esa cultura, y que por lo mismo, pueden cuestionar y humanizar desde dentro”<sup>15</sup>.*
- Las bodas de Caná (Juan 2) nos muestra la participación de María en la misión de Jesús, que la presencia de María abre nuevos caminos para la misión y que su manera de ser discípula nos debe interpelar, animar y dar confianza... *“desde el inicio de la misión pública de Jesús, la Virgen María ha compartido, hasta el*

<sup>13</sup> Ibidem, p.32.

<sup>14</sup> Ibidem, p. 41.

<sup>15</sup> Ibidem, p.55.

*día de hoy, y por siempre, lo más radical de la misión de Cristo: la mediación de la gracia salvadora*"<sup>16</sup>.

Estos relatos bíblicos corresponden a la inserción misionera de la vida pública de Jesús. No obstante, el Padre Galilea reivindica otros dos momentos que pertenecen a la vida de Jesús, a los cuales no se les suele dar importancia misionera:

- La opción del pesebre y el mensaje de Belén (Lucas 2) nos muestran que Jesús se situó deliberadamente entre los más pobres y marginados, nos muestra que la misión debe ser siempre un mensaje de esperanza y ser realizada con un estilo acorde a las opciones de Jesús: *"La opción del pesebre contiene en germen las grandes opciones de la inserción y la misión: el amor preferencial por los pobres, abandonados y alejados de la fe; la pobreza y la humildad como estilo de vida. El sentido profundo de estas opciones es siempre el mismo: en la humildad y debilidad humana se revela el poder liberador de Dios. María, testigo y colaboradora de las opciones del pesebre, fue la que comprendió y formuló este sentido para todas las generaciones"*<sup>17</sup>.
- La experiencia de Nazaret (Lucas 2) nos muestra que hacer de la misión una constante en la vida, implica valorar lo cotidiano, porque en cualquier misión se impone tarde o temprano la rutina, la repetición, lo ordinario, lo simple... *"Nazaret en la misión es valorar el testimonio sencillo, la simple presencia de amistad, la caridad simple y rutinaria con los que repetidamente nos encontramos todos los días"*<sup>18</sup>.

## **2.2. La formación de los discípulos misioneros**

Segundo Galilea fue un formador, se preocupó en sus escritos no sólo de animar, sino también de acompañar y mostrar itinerarios formativos. Cuando estamos en los comienzos de la misión conti-

<sup>16</sup> Ibidem, p.57.

<sup>17</sup> *La inserción en la vida de Jesús y en la misión*, p.16.

<sup>18</sup> *El discipulado cristiano*, p. 13.



mental debemos preocuparnos no sólo para la etapa fuerte de misión, sino que, principalmente, deberíamos formarnos para el cambio de actitud, para un estilo misionero comprendido como constitutivo del discípulado.

El Padre Galilea ve en la manera en que Jesús se relaciona con sus discípulos, una pedagogía para el discípulado y la misión:

- El encuentro, la experiencia personal y la vida íntima con Jesús son lo esencial. No hay discípulo ni misionero sin un encuentro y relación personal con Jesús, el encuentro y discipulado implican una elección que establece una relación de amistad con el Señor, pero ese es sólo el comienzo (Juan 1, 35ss.): *“En esta ocasión, Jesús aún no les pide un seguimiento especial, un discipulado íntimo. No les pide que trabajen por el reino de Dios. Aún no están suficientemente preparados... Jesús se contenta por ahora con una relación firme de amistad. Los futuros apóstoles continuarán por ahora con su vida corriente y con sus trabajos”*<sup>19</sup>.
- La relación de amistad que se establece con Jesús implica la invitación a una tarea: es el llamado al apostolado (Marcos 3, 13ss; Lucas 5, 1ss.), el discípulo se convierte en un apóstol: *“los doce comenzaron a comprender que el mismo apostolado es un modo eminente de estar con Jesús, de unirse a él y de imitarlo; y que a su vez la unión con Jesús, con toda su carga contemplativa, los llevaba irremediabilmente a trabajar como él por la causa del Reino”*<sup>20</sup>.
- Jesús prepara a los discípulos para la misión cultivando su vida interior por medio de la oración y la contemplación (Lucas 11, 1ss; Mateo 17, 1ss.); les enseña el corazón del Reino por medio de las Parábolas (Marcos 4; Mateo 10) y de las bienaventuranzas (Mateo 5, Lucas 6): *“los discípulos experimentaron que estar con Jesús y predicar con él, son inseparables. Experimentaron que el apostolado es contemplativo, y que la contemplación es*

<sup>19</sup> Ibidem, p. 20.

<sup>20</sup> Ibidem, p.25.

*apostólica, y que tanto el uno como la otra son esenciales en el camino de la santidad*"<sup>21</sup>.

- Jesús los prepara para la prueba y la crisis que necesariamente implica el camino del discipulado (Juan 6, 67ss; Juan 21, 15ss.). Estas crisis fortalecen al discípulo y lo preparan para la misión, para ello hay que estar atentos, ser humildes y dejarse moldear: *"Jesús resucitado aprovechó precisamente esa gran crisis para consolidar decisivamente la fe y la entrega de los apóstoles; para llamarlos definitivamente a la santidad y para confirmarlos en su misión"*<sup>22</sup>.

### **2.3. El corazón de los discípulos misioneros**

El amor y la belleza del corazón de Jesucristo son para el Padre Galilea una fuente permanente de inspiración e invitación para asimilarse a él. Un discípulo y misionero necesita de un corazón que se configure cada vez más al de Jesucristo. Esta es una tarea que implica la fuerza del Espíritu Santo y nuestra respuesta, es un camino, *"epékta-sis"*: estar arrojado hacia adelante (Filipenses 3, 13). Algunas de las características del corazón del discípulo y misionero que podríamos destacar de la lectura de Segundo Galilea son:

1. El discípulo y misionero busca la conversión permanente. *"Hablar de seguimiento de Cristo es hablar de conversión, de venderlo todo, en la expresión evangélica, con tal de adquirir esa perla y ese tesoro escondido que constituye el seguir a Jesús (Mateo 13, 44-46). Sólo Dios puede exigir un seguimiento así, y es que seguir a Jesús es seguir a Dios, el único Absoluto"*<sup>23</sup>. El Padre Galilea constantemente en sus escritos pone el ejemplo de Pedro (Lucas 5, 11ss; Mateo 16, 22ss.; Mateo 26, 33ss; Juan 21) para mostrar que la conversión es algo permanente. No hay sólo una primera conversión coincidente con el primer encuentro con Jesucristo, sino muchas. Las mismas pruebas y crisis que se dan

<sup>21</sup> Ibidem, p. 28.

<sup>22</sup> Ibidem, p. 33.

<sup>23</sup> *El seguimiento de Cristo*, p.10.



en el seguimiento y la misión, pueden constituirse en llamadas a una nueva conversión que conforme un discipulado cada vez más maduro: “(La crisis de Pedro) *le hizo comprender hasta qué punto su conversión era superficial. Su autosuficiencia y miras humanas se derrumbaron. Pero Jesús aprovecha esta crisis para volver a llamarlo a una conversión más madura y decisiva* (Juan 21, 1-19)”<sup>24</sup>.

2. El discípulo y misionero está atento a discernir las tentaciones. La presencia del mal, el pecado y la ceguera, hacen necesario la actitud del discernimiento para no caer en tentación. La inserción en Jesucristo y su misión, implican el camino de la Cruz. El Padre Galilea advierte que algunas de las tentaciones más frecuentes en el camino del discípulo y misionero serán la mediocridad<sup>25</sup>, la desolación, la frustración, la soledad, la rutina y la aridez<sup>26</sup>, que nos pueden llevar a abandonar tanto el seguimiento como la misión. Por ello, será necesario siempre cultivar la vida interior, la vida comunitaria, la relación de amistad con el Señor, como también, contar con criterios de discernimiento, tales como: 1) la disposición a la libertad interior; 2) estar atentos para descubrir las tentaciones que se presentan bajo razón de bien, que son las más sutiles y peligrosas en las personas espirituales; 3) el criterio de “consolación y desolación” (según san Ignacio) o el de las “noches o arideces del alma” (según Juan de la Cruz); 4) el discernimiento por los frutos, propios o no del espíritu de Dios; 5) el criterio eclesial o del acompañamiento espiritual<sup>27</sup>. Por todo lo anterior, el discípulo y misionero tendrá que valorar la renuncia, la abnegación, la ascesis cristiana que nos enseñaron los maestros espirituales. *“La lucha contra el mal y el trabajo de la conversión no terminan nunca, porque las tendencias y raíces del egoísmo y ceguera en nosotros nos acompañan siempre. Estas tendencias y raíces, que es el pecado latente en nosotros, quieren surgir de maneras siempre nuevas; quieren seducirnos hacia el mal y la infidelidad”*<sup>28</sup>.

<sup>24</sup> Ibidem, p. 17

<sup>25</sup> Cf., *Tentación y discernimiento*, Narcea, Madrid, 1991, p. 11ss.

<sup>26</sup> Cf., *Al alba de nuestra espiritualidad*, Narcea, Madrid, 1986, p. 43ss.

<sup>27</sup> Cf., *Tentación y discernimiento*, pp. 25ss.

<sup>28</sup> *El camino de la espiritualidad*, p. 133.

3. El discípulo y misionero tiene un corazón misericordioso y busca la reconciliación. La caridad es lo que distingue al corazón de Jesucristo, él fue quien amó hasta el extremo, nos mostró el amor del Padre y nos invitó a amar como él. El hacerse prójimos, cercanos, fraternos, serviciales, trabajadores por la justicia, deberían ser algunas de las características por las cuales nos distinguieran (Mateo 25, 31ss; Lucas 10, 29ss; Lucas 15; Juan 14-15). *“La misericordia como el perdón de las ofensas es la otra cara del amor fraterno. Si la misericordia como compromiso construye la fraternidad, el perdón mutuo la reconstruye y la consolida. Evita que la división y el rencor que producen las ofensas debiliten o paralicen la comunidad”*<sup>29</sup>.
4. El discípulo y misionero tiene un corazón lleno de fe, esperanza y caridad. Las tres virtudes teologales están transversalmente presentes en los puntos tratados anteriormente, el discipulado y la misión implican el don de las tres y un camino de madurez de las mismas: *“Una fe consolidada es igualmente una fe purificada de apoyos innecesarios y ajenos a su apoyo único y seguro que es la palabra de Cristo. Una fe consolidada es una fe que actúa por la caridad y orientada por la esperanza, todas avivadas por esa sola palabra, de tal manera que en adelante esos discípulos pudieron vivir únicamente de fe, en la esperanza y por la caridad, sin la presencia sensible del Señor”*<sup>30</sup>. Esto es muy importante hoy en día, donde el utilitarismo y el cientismo nos interpelan, buscando siempre reducir todo a lo sensible, tangible, a medir, cuantificar y ver. Frente a esta realidad, la inserción en el estilo y la vida de Jesús nos ilumina: 1) Su relación con Tomás (Juan 20, 19-29), nos presenta al creyente difícil de convencer por la palabra de otro, al que no le basta con la Palabra del Evangelio y de la Iglesia para creer, sino que aguarda acontecimientos y experiencias personales extraordinarias para consolidar su fe;<sup>31</sup> 2) El relato de los discípulos de Emaus (Lucas 24, 13-35), representa la fe débil que decae en los momentos difíciles, de

<sup>29</sup> Idem, p.195.

<sup>30</sup> *La luz del corazón*, San Pablo, Santiago de Chile, 1994, p.62.

<sup>31</sup> Cf., Idem, pp. 63-64.



prueba y tentación o aridez y oscuridad<sup>32</sup>; 3) María Magdalena (Juan 20, 11-18), nos muestra la fe decidida, pero que aún es sensible y busca consuelo; 4) La Virgen María (Lucas 1, 26ss), nos testimonia la fe fuerte y consolidada<sup>33</sup>.

5. El discípulo y misionero participa de la belleza de Dios y la siembra. Uno de los últimos libros de Segundo Galilea trata sobre la espiritualidad de la belleza<sup>34</sup>. Solemos relacionar el Evangelio con la verdad y la bondad, pero no debemos olvidar su belleza. La intuición del Padre Galilea es que la filocalia (el amor a la belleza) puede ser un camino que abra paso y prepare la fe. Quizás, hoy día, en que las personas están algo cansadas (aunque paradójicamente siempre necesitadas) de escuchar sobre la verdad y el bien, si dejamos hablar a la belleza de los signos y la espiritualidad cristiana y de nuestras acciones evangélicas, volverán a buscar la verdad y el bien. La experiencia que tuvo Jesús con tres de sus discípulos nos muestra que su bella transfiguración, causó una experiencia espiritual tan honda que los dejó marcados para siempre (Mateo 17, 1-8), *“estos (Pedro, Santiago y Juan) que ya conocían la verdad y su amor, quedaron, sin embargo, fascinados y arrebatados por primera vez ante él, ante el fulgor de su belleza hasta ese momento oculta en su humanidad”*<sup>35</sup>. Hay una íntima unión entre belleza y mística, porque la belleza de la vida y del hombre, es siempre resplandor de la belleza de Dios: *“Evangelizar es ayudar a nuestros hermanos y hermanas a crecer en belleza interior. Por su evangelio, su palabra, sus sacramentos, su espiritualidad que nos incita a amar, la Iglesia es colaboradora del Espíritu Santo en su acción de artífice de la belleza del ser humano. El último objetivo de la misión es la gloria de Dios, y la gloria de Dios resplandece en su belleza. Podemos decir, parafraseando a San Ireneo, que la gloria y la belleza de Dios consiste en la gloria y la belleza del hombre,*

<sup>32</sup> Cf., Idem, pp.64-66.

<sup>33</sup> Cf., Ibidem, pp. 66-68.

<sup>34</sup> *Fascinados por su fulgor. Para una espiritualidad de la belleza*, Narcea, Madrid, 1998.

<sup>35</sup> Ibidem, p.38.



*y que la gloria del hombre consiste en la contemplación de la belleza de Dios*<sup>36</sup>.

6. El discípulo y misionero se alegra de su llamado a la santidad. Junto a Segundo Galilea, hemos recorrido el camino de la inserción en la vida y misión de Jesucristo. El inicio y el horizonte del camino del discipulado es la llamada a la santidad, porque ser discípulo es hacerse disponible para que Dios transforme nuestra vida y la configure a la de su Hijo: *“El santo y la santa comienzan a serlo (aunque no lo sepan), cuando aceptan deliberadamente hacerse discípulos de Jesús, como la única manera posible de ser imagen y semejanza de Dios y de comenzar a entender lo que eso significa. Pues lo primero que Jesús revela a un discípulo es que el ideal del hombre es ser más que el hombre: es ser como Dios (Mateo 5, 48).”*<sup>37</sup> El don de la vida y vida en abundancia, no es otra cosa que participar de la santidad de Dios, gozar de este regalo y entusiasmar a otros es el ideal del discípulo y misionero.

¡Gracias a Dios por el testimonio entre nosotros del Padre Galilea, por mostrarnos que el camino del discipulado y la misión son de una belleza que entusiasma siempre!

<sup>36</sup> Ibidem, p. 115.

<sup>37</sup> *El pozo de Jacob. La santidad en nuestros días*, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile, 1992, p. 13.

## Reseñas Bibliográficas

**Scatena Silvia – *In Populo Pauperum*** – La Chiesa latinoamericana dal Concilio a Medellín (1962-1968) Il Mulino – Bologna – Marzo 2008 – 545 págs – ISBN 978-88-15-12140-0.

Bajo los auspicios del Instituto para las Ciencias Religiosas de Bologna acaba de aparecer (marzo, 2008) esta importante investigación realizada por la inteligente Silvia Scatena sobre la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Medellín, Colombia en el año de 1968. Silvia Scatena es profesora de historia contemporánea en la Universidad de Módena-Reggio Emilia y es la coordinadora de la Alta Escuela Europea de formación para la investigación histórico-religiosa de la Fundación para las Ciencias Religiosas de Bologna.

Este excelente trabajo histórico-pastoral no pudo haber salido a la luz pública en un mejor momento: estamos celebrando precisamente, los primeros 40 años de Medellín.

El título del libro es sencillamente hermoso con su viejo latinismo: *In Populo Pauperum*, “en el pueblo de los pobres”, que no es otro que el de América Latina y el Caribe. El subtítulo, la Iglesia Latinoamericana del Concilio a Medellín, quiere recoger la historia de la Iglesia en este continente desde 1962 a 1968, es decir, desde el Concilio Vaticano II hasta la Conferencia de Medellín.

El texto en su original italiano, tiene 5 capítulos, amén de la introducción:

- I- Entre Roma y Bogotá. El CELAM conciliar de Don Manuel Larraín.
- II- Una actitud de revisión permanente.
- III- 1968 o la hora de la sinceridad.
- IV- El “pequeño Concilio” de Medellín.
- V- Pobre, misionera y pascual.

Estamos ante un volumen de más de quinientas páginas enriquecido con un prefacio bien interesante de Gustavo Gutiérrez y una breve invitación de Don Samuel Ruiz.

*“Quien quiera conocer bien la historia de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, profundizar en algunos de sus aspectos, o escribir sobre Medellín, deberá recurrir a este fundamental volumen de Silvia Scatena, quien reconstruye y cuenta con precisión el contexto en el cual nació y se celebró esta asamblea”, dice Gutiérrez. Medellín, anota también, constituyó “la recepción fiel y creativa del Vaticano II”, y cita al célebre Obispo Don Manuel Larraín quien dijera que “sin Medellín el mensaje conciliar habría tocado sólo superficialmente la vida de la Iglesia Latinoamericana”.*

La obra de Silvia Scatena sigue paso a paso los orígenes de Medellín, su preparación y su celebración. Es la historia de la Iglesia latinoamericana postconciliar. Es la historia y el papel estelar de ese organismo providencial eclesial que es el CELAM. Es la valoración de las líneas teológicas y pastorales clarificadas por Medellín como punto de arranque de una Iglesia evangelizadora, liberadora y comprometida con los pobres.

**MONS. GUILLERMO MELGUIZO YEPES**



**García Rubio Alfonso, A caminho da maturidade na experiência de Deus, Paulinas, São Paulo 2008, 238 págs., 21x14 cm. ISBN 978-85-356-2172-3.**

Alfonso García Rubio, autor del presente libro, *“El camino de la madurez en la experiencia de Dios”*, es doctor en teología por la Universidad Gregoriana de Roma. Ha profundizado mucho en el tema antropológico, terreno en el cual se ubica la obra que a continuación presentamos. De hecho, un presupuesto que el autor señala es que se necesita un cierto grado de madurez humana para poder vivir la experiencia del Dios cristiano.

La obra tiene como objetivo ayudar a los cristianos a superar una situación infantil de la fe y, en consecuencia, a posibilitar una vivencia más adulta de la fe cristiana. Quiere ser un medio de apoyo para quienes están al frente de centros formativos (seminarios, noviciados, etc.) y de los agentes de pastoral, en general (presbíteros, religiosos, religiosas, profesores, catequistas, animadores de comunidades y movimientos, etc.).

De manera profunda y clara, a la vez, el autor desarrolla en cinco capítulos algunos pasos básicos en la experiencia del Dios cristiano, en diálogo con el psicoanálisis y la psicología profunda, llegando a la conclusión de que la persona que va madurando en la experiencia de Dios solamente puede realizar un verdadero itinerario de conversión a la luz y al calor del amor de Dios, reconocido y aceptado como persona.

En cada capítulo el autor aborda un aspecto sobre el itinerario en la experiencia de Dios, a saber: El paso de la “sombra” (“el lado oscuro existente en todo ser humano y en todas las colectividades”) a la verdad que libera (Cap. 1). Dicho paso consiste en la aceptación de la propia realidad y de la realidad de los otros, como presupuesto necesario hacia la experiencia de Dios; el Cap. 2 estudia la posible relación entre el infantilismo psicoafectivo y el infantilismo religioso, señalando que este último es superado mediante el encuentro con Dios; el Cap. 3 estudia la necesidad que la persona humana tiene de superar las relaciones infantiles con el padre como condición para poder vivenciar una relación más madura con Dios Padre. Esto se



hace a partir de la crítica freudiana de la religión y de la relación de Jesús con Dios como Padre; el Cap. 4 aborda la necesidad de una experiencia comunitaria eclesial “antropológicamente sana” para el desarrollo de un proceso de madurez en la fe cristiana y señal de posibilidad de vivir el amor-servicio en relación a las víctimas de la violencia y una reconciliación real sin necesidad de recurrir a una víctima expiatoria; finalmente, partiendo de la constatación de que “el sentimiento enfermizo de culpa constituye un obstáculo poderoso en el proceso de madurez en la experiencia del Dios cristiano”, el Cap. 5 analiza el origen de la “superculpabilidad” que ha estado presente en la Iglesia Católica y en las Iglesias surgidas de la Reforma. El abordaje se hace desde una perspectiva histórica y bíblica-teológica, llegando a la conclusión que este sentimiento de culpa, vivido en una subjetividad abierta, es liberador.

Al final de cada capítulo, el autor sugiere algunas aplicaciones de cada tema a la acción pastoral y a la vivencia de la espiritualidad.

En un contexto caracterizado por la superficialidad y por tendencias espiritualistas desencarnadas, donde prevalece el emocionalismo, que a menudo desemboca en una instrumentalización de la fe, uno de los valores a destacar en esta obra es el coraje para ofrecer propuestas concretas en orden a revisar y fortalecer la calidad de la fe, vivida en las comunidades eclesiales. Otro elemento valioso es el diálogo con la psicología profunda y con el psicoanálisis, con cuyo aporte el autor ofrece elementos para entender mejor el fenómeno del “infantilismo religioso”, y pistas para el trabajo pastoral y la orientación espiritual en orden lograr una mayor madurez humana-cristiana, como base de la experiencia de Dios.

Partiendo de que, tanto en el ámbito pastoral como en el espiritual, a menudo existen problemas y tensiones cuyo origen se halla en el campo humano, esta obra podría ayudar mucho para comprender dicha problemática y encontrar caminos de solución. De ahí nuestra recomendación de la misma para todos aquellos que desempeñan su servicio eclesial en el ámbito pastoral y/o de la formación de agentes.

**PBRO. DR. SALVADOR VALADEZ FUENTES**



**Mosconi Luis, *Santas Misiones Populares*, Paulinas, Bogotá 2008, 294 págs., 21x14 cm. ISBN 978-958-669-621-8**

El libro *Santas Misiones Populares* del P. Mosconi describe una valiosa experiencia de misiones populares que comenzó en 1989 en el estado de Pará, Brasil y que, a lo largo de casi dos décadas, se ha extendido en diversos lugares del País, al mismo tiempo que se ha venido consolidando. En ese sentido, el contenido del libro es fruto de una larga experiencia. El texto se fue elaborando paulatinamente, fruto de encuentros, retiros, conversaciones, estudio, reflexión, etc.

Con el título original en portugués, *Santas Missões Populares*, este libro fue publicado en 1996 por la Sociedad Hijas de San Pablo en São Paulo. Revisado y enriquecido con nuevos elementos, a partir del Documento Conclusivo de Aparecida, este año 2008 fue publicado en Brasil en su 19ª edición y, simultáneamente, también lo han publicado la Editorial Paulinas en Bogotá y Ediciones DABAR en México.

De manera general, el libro señala los elementos que articulan esta experiencia misionera, así como sus principales objetivos, a saber: ayudar a las personas a encontrar el verdadero sentido de la vida y motivarlas a seguir a Jesucristo, como camino seguro para la realización plena de la existencia humana; incentivar a la sociedad a vivir un encuentro de fe y a comprometerse a defender la vida y la dignidad de todas las personas, así como a cuidar nuestra casa común; fortalecer y acrecentar a la comunidad cristiana; valorar y vivenciar, a la luz del Evangelio, las culturas y la religiosidad popular, con sus símbolos y sus diversas expresiones; despertar el espíritu misionero, etc.

El contenido está configurado en cuatro partes. La primera parte ofrece una visión global de las SMP: historia, objetivos, contenidos, metodología; la segunda profundiza en la mística y la espiritualidad misionera; la tercera presenta reflexiones y sugerencias para un adecuado desarrollo de las SMP en todo su proceso; y, finalmente, la cuarta parte trata sobre la Semana Misionera, punto culminante de las SMP. También se encuentra un anexo con orientaciones para la participación activa de los niños y adolescentes.



Sus principales destinatarias son aquellas personas interesadas y/o comprometidas en la misión, así como los equipos diocesanos y parroquiales de pastoral con voluntad de llevar a cabo la experiencia de las Santas Misiones Populares de acuerdo a esta metodología.

En suma: el libro del P. Mosconi viene a ser como el “Manual de las Santas Misiones Populares”. Su contenido, fruto de la experiencia, podría ser una valiosa propuesta metodológica en el desarrollo de la Misión Continental y un medio eficaz para pasar de “una pastoral de mera conservación hacia una pastoral decididamente misionera” (DA 370).

**Pbro. Dr. Salvador Valadez Fuentes**



# Programa Académico ITEPAL 2009

El programa 2009, avalado académicamente por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín – UPB, pretende impulsar la formación y actualización de los discípulos misioneros del continente a la luz de las orientaciones del Magisterio Latinoamericano para que “respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo” (DA, 14); así nuestras Iglesias locales vivirán en misión permanente y nuestros pueblos, en Cristo, tendrán vida.

## I. DOCTORADO CANÓNICO

**Objetivo:** impulsar la formación de investigadores en el campo de la Sagrada Escritura, la Teología y la Pastoral para que sean capaces de promover procesos académicos de reflexión e investigación y ofrezcan a las Iglesias locales el análisis y el instrumental adecuados para el cumplimiento de su misión.

### **Programa Académico:**

Ciclo A: Para los de nuevo ingreso (26 may-26 junio de 2009)

Ciclo B: Para los ingresados en 2008 (01-26 de junio de 2009)

## II. LICENCIATURA CANÓNICA EN TEOLÓGIA (2009-2010)

**Objetivo:** ofrecer una fundamentación teológica de nivel superior, sólida y actualizada, desde la perspectiva latinoamericana y en armonía con la teología universal contemporánea, para impulsar procesos de reflexión, estudio y acompañamiento de las comunidades eclesiales de América Latina y el Caribe en la consolidación de su identidad discipular y misionera al servicio del Reino.

**Programa Académico:** la licenciatura se constituirá de 80 créditos (2 créditos = 24 horas presenciales por semana) y un trabajo de grado. El programa constará de tres bloques o núcleos de contenidos: Básico (40 créditos), Énfasis en Formación Presbiteral o Ministerio Pastoral (16 créditos) y Especialización (24 créditos - realizados de entre los diversos diplomados o cursos del Itepal). Para el segundo año, el alumno elaborará y sustentará su trabajo de grado (tesis).

### A. NÚCLEO BÁSICO (26 enero - 26 junio)

\* Para este núcleo y para los dos énfasis de la licenciatura solamente podrán se inscribir los candidatos con bachillerato o título equivalente.

#### Módulo I – PRESUPUESTOS BÁSICOS PARA LA LICENCIATURA (26 ene - 13 feb)

01. El contexto actual como lugar teológico (26-30 ene)
02. Estudio histórico-teológico del Vaticano II (02-06 feb)
03. Magisterio episcopal latinoamericano (09-13 feb)

#### Módulo II – SEMINARIOS PARA LA INVESTIGACIÓN (16 feb - 06 mar)

04. Método de investigación científica (16-20 feb)
05. El método teológico (23-27 feb)
06. Taller de expresión escrita (02-06 mar)

#### Módulo III – FUNDAMENTOS BÍBLICOS (09 mar-03 abr)

07. Claves para la lectura de la Biblia (09-13 mar)
08. Lectura genético-evolutiva del Antiguo Testamento (16-20 mar)
09. Lectura genético-evolutiva del Nuevo Testamento (24-27 mar)
10. Teología bíblica (30 mar -03 abr)

#### Módulo IV – TEOLOGÍA FUNDAMENTAL (20 abr-15 may)

11. Historia de la teología: corrientes teológicas (20-24 abr)
12. Teología fundamental (27-30 abr)
13. Antropología teológica (04-08 may)
14. Teología patristica (11-15 may)

#### Módulo V – TEOLOGÍA SISTEMÁTICA (18 may-26 jun)

15. Misterio de Dios/Pneumatología (18-22 may)
16. Cristología (26-29 may)
17. Soteriología (01-05 jun)
18. Eclesiología (08-12 jun)
19. Mariología (16-19 jun)
20. Escatología (23-26 jun)

### B1. ÉNFASIS: FORMACIÓN PRESBITERAL (03 agosto-25 septiembre)

#### Módulo I – PRESUPUESTOS DE LA FORMACIÓN PRESBITERAL (03 - 28 agosto)

01. Historia de la formación presbiteral (03-06 ago)
02. La formación presbiteral en el magisterio de la Iglesia (10-14 ago)
03. Pedagogía y medios para la formación presbiteral (18-21 ago)
04. El ministerio de la formación: formador y equipo de formación (24-28 ago)

Módulo II – EL SEMINARIO-COMUNIDAD EDUCATIVA (31 ago - 25 sep)

05. Comunidad educativa del Seminario (31 ago-04 sep)
06. Dimensión humana e intelectual de la formación (07-11 sep)
07. Dimensión espiritual y pastoral de la formación (14-18 sep)
08. Itinerario formativo (etapas): experiencia discipular-misionera (21-25 sep)

**B2.ÉNFASIS: MINISTERIO PASTORAL** (03 agosto - 25 septiembre)

Módulo I – FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS DE LA PASTORAL (03 - 28 agosto)

01. Historia e identidad de la teología pastoral (03-06 ago)
02. Dimensiones de la teología pastoral (10-14 ago)
03. Teol. de la Iglesia local y pastoral orgánica (18-21 ago)
04. Ministerio de la coordinación y planificación pastoral (24-28 ago)

Módulo II – ESTRUCTURAS Y SUJETOS DE LA PASTORAL (31 ago - 25 sep)

05. Historia de la parroquia y su renovación (31 ago-4 sep)
06. La parroquia en el contexto urbano (07-11 sep)
07. CEBs, movimientos y asociaciones laicales (14-18 sep)
08. La formación de agentes de pastoral (21-25 sep)

### III. DIPLOMADOS (ESPECIALIZACIÓN)

\* Los diplomados son un espacio para la reflexión teológico-pastoral-misionera en el contexto de la Iglesia latinoamericana. El interesado se puede inscribir para el diplomado completo o para uno de sus módulos.

#### 1. PASTORAL JUVENIL (02 febrero - 03 abril)

Módulo I – FUNDAMENTOS PARA LA PASTORAL JUVENIL DE A.L. (02 feb - 06 mar)

01. Realidad de A.L. y culturas juveniles (02-06 feb)
02. Antropología para una PJ y vocacional (09-13 feb)
03. Fundamentos bíblico-teológicos de la PJ y PV (16-20 feb)
04. PV y PJ en la pastoral de conjunto (23-27 feb)
05. Diagnóstico pastoral y elaboración de proyectos (02-06 mar)

Módulo II – IDENTIDAD Y PROCESOS DE LA PASTORAL JUVENIL (09 mar-03 abr)

06. PJ Latinoamericana y proyecto de vida (09-13 mar)
07. El encuentro con JC vivo en la PJ y el papel del asesor (16-20 mar)
08. Comunidad, movimientos, grupos apostólicos y pastorales específicas (24-27 mar)
09. Opción vocacional y compromiso misionero de los jóvenes (30 mar-03 abr)

#### 2. PASTORAL VOCACIONAL (02 feb - 03 abr)

Módulo I – FUNDAMENTOS PARA LA PASTORAL VOCACIONAL DE A.L. (02 feb - 06 mar)

01. Realidad de A. L. y culturas juveniles (02-06 feb)
02. Antropología para una PJ y vocacional (09-13 feb)
03. Fundamentos bíblico-teológicos de la PJ y PV (16-20 feb)
04. PV y PJ en la pastoral de conjunto (23-27 feb)
05. Diagnóstico pastoral y elaboración de proyectos (02-06 mar)

Módulo II – IDENTIDAD Y PROCESOS DE LA P. VOCACIONAL (09 mar - 03 abr)

06. Identidad de la pastoral vocacional (09-13 mar)
07. Papel del animador de la pastoral vocacional (16-20 mar)
08. El itinerario vocacional: discernimiento vocacional (24-27 mar)
09. Cultura vocacional y organización de la PV (30 mar-03 abr)

#### 3. TEOLOGÍA DEL DIACONADO PERMANENTE (Febrero 2009 y 2010)

CICLO A - Curso Cíclico/intensivo (02-13 febrero de 2009)

01. Vida y ministerio del diácono permanente (02-06 feb)
02. Itinerarios, características y dimensiones del DP: formación inicial (09-13 feb)

CICLO B - Curso Cíclico/intensivo (01-12 febrero de 2010)

01. Teología del diaconado permanente (01-05 feb)
02. Desafíos y perspectivas actuales del DP: formación permanente (08-12 feb)

**4. TEOLOGÍA EN PERSPECTIVA LATINOAMERICANA** (20 abril- 26 junio)

\* Ver módulos IV y V del Núcleo Básico de la Licenciatura.

**5. PASTORAL SOCIAL** (20 abril - 26 junio)

Módulo I – PRESUPUESTOS DE LA PASTORAL SOCIAL (20 abr - 15 may)

01. Contexto y desafíos a la pastoral social (20-24 abr)
02. Identidad de la pastoral social (27-30 abr)
03. Derechos y deberes humanos (04-08 may)
04. Fundamentos bíblicos y magisteriales (DSI) (11-15 may)

Módulo II – CONTEXTUALIZACIONES DE LA PASTORAL SOCIAL (18 may - 26 jun)

05. Pastoral de la salud (18-22 may)
06. Pastoral carcelaria (26-29 may)
07. Pastoral social de la infancia y adolescencia en riesgo (01-05 jun)
08. Pastoral de la tierra, ecología y medioambiente (08-12 jun)
09. Pastoral del mundo del trabajo (16-19 jun)
10. Laicos constructores de la sociedad (23-26 jun)

**6. PASTORAL CATEQUÉTICA** (julio 2009 y 2010)

CICLO A - Curso Cíclico – CATEQUÉTICA FUNDAMENTAL (06 - 31 julio de 2009)

01. Catequética fundamental (06-10 jul)
02. La catequesis en la pastoral orgánica (13-17 jul)
03. La Biblia al servicio de la catequesis (21-24 jul)
04. Procesos y contextualizaciones de la catequesis (27-31 jul)

CICLO B- Curso Cíclico – CATEQUÉTICA APLICADA (06 - 30 julio de 2010)

05. Pedagogía y didáctica de la catequesis (06-09 jul)
06. Formación y espiritualidad de los catequistas (12-16 jul)
07. Catequesis y educación religiosa escolar (DSI) (19-23 jul)
08. La planeación de la catequesis (26-30 jul)

**7. PASTORAL UNIVERSITARIA**

(06-31 julio de 2009)

01. Situación de la pastoral universitaria en AL (06-10 jul)

02. Fundamentos teológicos y magisteriales (13-17 jul)

03. Identidad y mística del agente de la PU (21-24 jul)

04. Perspectivas pastorales: proyecto latinoamericano de PU (27-31 jul)

**8. PASTORAL EDUCATIVA** (06-31 julio de 2009)

01. Situación de la educación y la pastoral educativa en AL (06-10 jul)

02. Fundamentos teológicos y magisteriales (13-17 jul)

03. Identidad y mística del agente de la PE (21-24 jul)

04. Perspectivas pastorales: proyecto latinoamericano de PE (27-31 jul)

**9. DIPLOMADO ADICIONAL** (la programación se enviará más adelante): PROYECTOS DIOCESANOS DE PASTORAL A LA LUZ DE APARECIDA (06-31 julio de 2009)

Destinatarios: vicarios (coordinadores) diocesanos de pastoral, profesores y encargados de pastoral de los seminarios; religiosas y religiosos encargados de la pastoral en sus institutos y directores nacionales de las comisiones de pastoral.

**10. FORMACIÓN PRESBITERAL**

(03 agosto-25 septiembre)

Ver programa del énfasis de la licenciatura. Requisito: tener bachillerato teológico o equivalente.

**11. MINISTERIO PASTORAL**

(03 agosto-25 septiembre)

Ver programa del énfasis de la licenciatura. Requisito: tener bachillerato teológico o equivalente.

**12. PASTORAL FAMILIAR** (01 agosto-21 noviembre)

\* Programa especial (Itepal / Univ. Javeriana) – Diplomado Sabatino (9:00 a 13:00 hrs)

**13. TEOLOGÍA Y PASTORAL PRESBITERAL**

(28 septiembre - 20 noviembre)

Módulo I – TEOLOGÍA DE LOS MINISTERIOS ORDENADOS (28 sep - 23 oct)

01. Fundamentos bíblicos de los ministerios (28 sep-02oct)

02. Teología del ministerio ordenado y del presbiterio (05-09 oct)

03. Espiritualidad del presbítero diocesano (13-16 oct)
04. Dimensión misionera del presbítero diocesano (19-23 oct)

#### Módulo II – PASTORAL PRESBITERAL

(26 oct - 20 nov)

05. Análisis fenomenológico del presbítero, hoy (26-30 oct)
06. Dimensiones y características de la formación permanente (03-06 nov)
07. Perfil del pastor para AL: perspectivas de renovación (09-13 nov)
08. Pastoral presbiteral: procesos y perspectivas (17-20 nov)

#### 14. PASTORAL DE COMUNICACIÓN SOCIAL

(28 septiembre - 20 noviembre)

#### Módulo I – FUNDAMENTOS TEÓRICOS Y PASTORALES DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL (28 sep-23 oct)

01. Historia y teorías de la comunicación (28 sep-02 oct)
02. Fundamentos antropológicos, éticos y teológicos de la CS (05-09 oct)
03. Pastoral de la comunicación social (13-16 oct)
04. Pastoral de la comunicación social (19-23 oct)

#### Módulo II – PRÁCTICA DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL (26 oct - 20 nov)

05. Medios de comunicación social al servicio de la evangelización (26-30 oct)
06. Medios de comunicación social al servicio de la evangelización (03-06 nov)
07. Géneros periodísticos y com. alternativa: educación para la comunicación (09-13 nov)
08. Nuevos lenguajes y tecnología en la comunicación social (17-20 nov)

#### 15. MISIONOLOGÍA

(28 septiembre-20 noviembre)

#### Módulo I – PASTORAL MISIONERA

(28 sep-23 oct)

01. Introducción a la misionología (28 sep-02 oct)
02. Teología y espiritualidad de la misión (05-09 oct)
03. Teología del pluralismo religioso e inculturación (13-16 oct)
04. Pastoral misionera (19-23 oct)

#### Módulo II – MISIÓN CONTINENTAL

(26 oct - 20 nov)

05. Misión en la historia de la Iglesia latinoamericana y caribeña (26-30 oct)
06. Aparecida y la misión continental (03-06 nov)
07. Ecumenismo, sectas y nuevos movimientos (09-13 nov)
08. Misiones populares: una propuesta para la misión (17-20 nov)

#### IV. CURSOS 2009

Observaciones: los cursos buscan la actualización en áreas específicas de la vida pastoral y de la misión de la Iglesia. En gran parte, se toman de los diplomados. Para los cursos señalados (\*) se requiere bachillerato teológico o equivalente.

- 1- Actualización bíblica (09 marzo-03 abril) \*
- 2- Actualización teológica (18 mayo-26 junio) \*
- 3- Teología pastoral (03-28 agosto)
- 4- Renovación parroquial (31 agosto-25 septiembre)
- 5- Pastoral de la movilidad humana (26 octubre-20 noviembre)

#### PASTORAL DE LA MOVILIDAD HUMANA:

(26 octubre-20 noviembre)

01. La comunicación intercultural (26-30 oct)
02. La movilidad humana en la Biblia (03-06 nov)
03. Fundamentos eclesiológicos de la pastoral de la Movilidad Humana (09-13 nov)
04. Derecho de los pueblos (17-20 nov)

#### Para informaciones e inscripciones:

Av. Boyacá N° 169D-75

Bogotá, D.C. - Colombia

Teléfonos: (57-1) 667-0050; 667-0110; 667-0120 (Ext. 203)

Fax: (57-1) 677-6521

Correo electrónico: [itepal@celam.org](mailto:itepal@celam.org)

Web-site: <http://www.celam.org/itepal>



# medellín

## FICHA DE SUSCRIPCIÓN O RENOVACIÓN

Nombre/Institución: \_\_\_\_\_

Dirección: \_\_\_\_\_

Tel.: \_\_\_\_\_ Apartado Postal: \_\_\_\_\_

Ciudad: \_\_\_\_\_ País: \_\_\_\_\_

Precios periodo enero a diciembre de 2009:

**FORMA DE PAGO PARA EL EXTERIOR:** Enviar en carta certificada cheque en dólares americanos sobre banco en los Estados Unidos a nombre de CELAM. América Latina: US\$: 60,00, Estados Unidos y Europa US\$: 75,00 Asia y África US\$: 65,00

**FORMA DE PAGO PARA COLOMBIA:** Enviar en carta certificada cheque a nombre de CELAM, o consignar en cualquiera de las cuentas a nivel nacional. Una vez realizada la consignación, se puede enviar por fax el comprobante de la consignación, con los datos del suscriptor, al fax No. 6776521, Colombia \$: 50.000,00

BANCO	No. de Cuenta
LAS VILLAS	01713043-6
BANCO SUDAMERIS COLOMBIA	0907486-5
COLMENA	26500138584
BBVA	0013-0019-91-0200374487

---

Avenida Boyacá No. 169D-75 • San José de Bavaria • A.A. 253353 • E-mail: [revistamedellin@celam.org](mailto:revistamedellin@celam.org) •  
Teléfonos: (57-1)667 0050 - 667 0110 - 687 0120 • Fax: (57-1) 677 6521 • Bogotá, D.C., COLOMBIA

